



MADRE TRINIDAD

CARRERAS HITOS

ESCRITOS 4

ESCLAVAS DE LA SANTISIMA EUCARISTIA

M. TRINIDAD DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
Fundadora del Instituto de las Esclavas de la
Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios

ESCRITOS

4

(Cuadernos 8, 9 y 13)

Edición preparada por Crescencio Palomo Iglesias, O.P.

Edita: Postulación de la Causa de
M. Trinidad del Purísimo Corazón de María
c/ Bueso Pineda, 21 - 28043 MADRID

NIHIL OBSTAT
P. Carlos Lledó, O.P.

IMPRIMATUR
Ilmo. Sr. D. Joaquín Iniesta
Provicario General
Madrid, 13 de febrero de 1995

Impreso en los talleres
de Orinoco Artes Gráficas, S.L.
Telfs.: 675 14 33 - 675 17 98



M. TRINIDAD DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA
Fundadora del Instituto de la Esclavas de la
Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios

INTRODUCCIÓN

En los primeros años de la década de los treinta se veían venir sobre España unos acontecimiento antirreligiosos, que, por desgracia, culminaron en la persecución religiosa de 1936-1939. Las religiosas de clausura vivían estos acontecimiento con gran inquietud, pero firmes en su fe religiosa; rezaban, hacían sacrificios y se ofrecían a Dios como víctimas para liberar a España de esta situación.

La madre Trinidad, aconsejada de buenos sacerdotes y puesta en manos de Dios, emprendió un viaje para fundar fuera del España. La finalidad inicial era buscar un refugio para sus religiosas de Chauchina y Berja. Su mira era París, donde tenía promesas de ayudas económicas. Pero los designios de Dios estaban en Portugal, a donde la mandó el Nuncio de Su Santidad en España, cuando la madre Trinidad acudió a pedirle permiso para pasar a París con esta finalidad. Ella vio en las palabras del señor Nuncio la voz de Dios y no dudó en abandonar el viaje a París y dirigirse a Portugal, aunque con este cambio perdiese las ayudas prometidas y se encaminase a un país donde no contaban nada más que con unas palabras de recomendación para los padres Jesuitas españoles allí establecidos (p. 30-31). Los sentimientos de aquellos momentos los manifiesta en estas palabras: «A mis amadas hijas me encomiendo muy de veras me alcancen del Señor la luz, el amor y la fortaleza para emprender un viaje lejos de la Patria, no a donde nos esperan con deseo de ayudarnos, sino a donde ni conocemos, ni me pasó por la mente el ir, a Portugal. Este es el consejo que hemos recibido del señor Nuncio, y allí vamos llenas de fe, que allí nos envía el Señor» (p. 32).

Este cuaderno está escrito en este viaje de fundación. Comienza en Granada el 15 de julio de 1933 y termina en Braga el 22 de diciembre de 1934. Lo hace en estilo epistolar y pretende sea una especie de crónica o datos para la crónica de las fundaciones: «Me pediais (todas) noticias de nuestro viaje, y no siéndome posible contestar a cada una, a vuestras cariñosas cartas, he pensado escribiros a todas en esta libreta, que compro en Granada, para anotar las cosas que merezcan llevar a la crónica de nuestras fundaciones. Así os lo diré todo aquí, y las encargadas de la crónica tomarán lo que convenga, y lo que no, deseo os dé algún aliento y ayuda para santificaros, que es el único deseo de mi alma» (p. 13).

Las diecisiete cartas, que madre Trinidad escribió en este cuaderno, van dirigidas a la madre abadesa de Chauchina y madres vicarias y religiosas de Chauchina y Berja, con la excepción de la última que solo se dirige a las de Berja. Esta última es una respuesta a las de Berja sobre la separación del convento de Chauchina. Esta fue una de las grandes cruces que sufrió la madre Trinidad. Ella había sido muy feliz en Chauchina (p. 57). Pero ante esta cruz la madre Trinidad reaccionó espiritualmente. Esta separación la vio como una prueba permitida por Dios y la aceptó como víctima ante el Calvario en unión con la Santísima Virgen al pie de la Cruz: «si el Señor me pide que aquellas primeras hijas que con vosotras me siguieron voluntariamente con promesas de seguirme hasta el fin se separan... ¿no será ese el cáliz que Jesús me pedía bebiere?... Si él así me lo pide, él cuidará de ellas y me concederá lo que tanto le he pedido que ninguna de cuantas abracen y observen la vida que os mostré desde el principio se aparte jamás del divino Maestro, ni salga de su escuela y que nuestra Madre dulcisona sea siempre vuestra madre Superiora y Maestra que las lleve a Jesús, abogue en mi juicio para que perdonados los pecados, como yo las perdono y amo con toda mi alma, les conceda el Reino de Cristo» (p. 65-66).

Crescencio Palomo Iglesias, O.P.

[A MODO DE RECORDATORIO]¹

[Debajo de una fotografía del Arzobispo de Granada, recortada de una revista y aquí pegada, que lleva el pie de imprenta: "ARZOBISPO DE GRANADA, EXCMO. SR. D. AGUSTÍN PARRADO Y GARCÍA", la madre Trinidad escribe:]

Por su autorización y permiso salimos de Berja para Portugal ocho Religiosas el día 20 de noviembre de 1934.

Este dignísimo y santo Arzobispo, en la elección y visita que nos hizo en noviembre del 1934, nos autorizó para la fundación de Braga, Portugal. Leyó decreto concedido por la Sagrada Congregación el año 33 y nos alentó a volver a esta bendita tierra.

Salimos de Berja a Granada el día de san Buenaventura, 14 de julio², por encargo del Vicario General, Sede vacante, de Granada, don Lino Rodrigo, obispo auxiliar de nuestro inolvidable señor Cardenal; esperamos en Madrid hasta el 24 que llegaría a pasar unos días en San Sebastián, y, en efecto, el Señor nos proporcionó con su visita al señor Nuncio de Su Santidad, una nueva prueba de sus amorosos designios... cambiando nuestra ida a París, a la que su excelencia reverendísima, el señor Nuncio, nos negó su permiso y aconsejó paternalmente fuésemos a Portugal, encargándonos de una manera providencial al cuidado de los padres Jesuitas españoles que encontraron allí tan buena acogida.

¹ Este apartado, que titulamos "a modo de recordatorio", está escrito con posterioridad al resto del cuaderno.

² de 1933.

Seguimos la voz del santo Prelado, y confiadas sólo en la divina Providencia, trocamos todo nuestro plan y preparamos nuestro viaje a Portugal. ¡Todo providencial!

El día del gran san Ignacio salimos de Madrid para Salamanca, y el 5 llegamos a Porto, y dejando allí a unas pocas³, nos fuimos tres a Braga a ver a los padres Jesuitas españoles y cumplir con el encargo del excelentísimo señor Nuncio.

Madre mía de las Nieves, en este día empecé mi postulantado en San Antón el año 1893. ¡Qué distintos fueron entonces mis caminos... buscaba con ansiedad la orden más austera y retirada para vivir muerta al mundo y a solas con Jesús Eucaristía, dar suelta a las ansias insaciables que sentía mi alma de Dios... y en el mundo sentía asfixiarme... Jesús dirigió mis pasos, aquel desierto de penitencia en donde me pareció entrar en el cielo en la tierra...

³ Parece que la M. Trinidad mezcla aquí su llegada a Portugal con dos religiosas en agosto de 1933, con la llegada de las otras religiosas, en noviembre de 1934, para establecer la vida conventual en el primer convento fundado en Portugal.

[VIAJE AL EXTRANJERO]

I

¡Paz y Bien!

Granada, 15 de julio de 1933.

A mis amadas hijas en Jesús Sacramentado, RR. MM. Abadesa y Vicarias, y todas mis hijas de Chauchina y de Berja. Les deseo paz, amor y caridad en nuestro divino Jesús Sacramentado.

Amadisimas en Jesús mis hijas del alma: Me pediais (todas) noticias de nuestro viaje, y no siéndome posible contestar a cada una, a vuestras cariñosas cartas, he pensado escribiros a todas en esta libreta, que compro en Granada, para anotar las cosas que merzcan llevar a la Crónica de nuestras fundaciones. Así os lo diré todo aquí, y las encargadas de la Crónica tomarán lo que convenga, y lo que no, deseo os dé algún aliento y ayuda para santificaros, que es el único deseo de mi alma, que todas mis capuchinas adoradoras beban en esas tres hermosas fuentes de la *adoración, oración y oficio divino*, la vida y fortaleza para seguir el camino, *hasta la cumbre... ¡hasta el cielo!*

Llegamos el viernes 14 a Granada, después de 8 horas de penoso viaje, pues madre Patrocinio y yo, todo el camino mareadas, madre Paz muy fuertecilla y doña Rosa tan cariñosa y amable como siempre para nosotras. ¡El Señor sea bendito que tanta misericordia y amor derrocha con sus capuchinas!

Al llegar a Granada con nuestras maletas, llegamos a casa de señorita Sofía, donde deseábamos descansar, y hacia dos días marchó a Madrid. Cargamos las maletas, llegamos a casa de Carmencita Arjona; su buena madre cariñosísima, no pudo recibirnos con más bondad, pero no era allí donde quería el Señor que descansáramos. Por último llegamos a casa de las señoras tías de don José López, y allí encontramos la casa abierta, llenas de caridad; nos hospedamos las tres, comimos y descansamos muy bien.

El mismo coche llevó a sor Adora a Chauchina, acompañada de doña Rosa, que tan cariñosa y complacida volvió de vuestras caridades. ¡El Señor sea bendito!

Al día siguiente comulgamos y oímos la santa misa en los Hospitalicos, y después de desayunar nos fuimos a las Esclavas para quedar allí los días que fuesen necesarios para ver al médico y visitar al señor Obispo, a quien deseábamos exponer nuestro plan y recibir sus santos consejos y bendición.

Ya ven, mis amadas hijas, cómo el Señor bendijo nuestros buenos deseos... y sigue acompañándonos como Padre amorosísimo que lleva en sus divinos brazos sus pequeñas hijas. Ya en otras os seguiré dando cuenta de todo.

Al reverendo padre Luis, de Adra, decirle cuánto sentimos no poder llegar a visitarle, ya lo haremos a nuestro regreso, si Dios quiere. Saluden al padre Capellán y a todos cuantos pregunten por nosotras, y piensen, hijas mías, que vamos todas confiadas en vuestras oraciones. Sólo deseo cumplir la voluntad de Dios que me empuja... sin la cual no podría mi corazón hacer ciertos sacrificios superiores a nuestras fuerzas. La última mirada a esos benditos santuarios de nuestra madre bendita de Gádor y de los Dolores... parecía sentir un aliento y fe que fortalecía mi debilidad, que fue *mucha*, *tuve momentos* horribles, hasta que Jesús se posesionó de mi corazón y me fortaleció... repitiendo con san Pablo: «Todo lo puedo en Dios» (Flp 4,13).

Que el Señor os conceda todo su amor y gracia para más amarle y servirle con entusiasmo y alegría, y el Seráfico padre os dé su santa bendición, como de corazón os envía vuestra menor hermana y amantísima madre en Jesús, humilde esclava de María Santísima, Sor Trinidad del Corazón de María, abadesa.

¡Paz y Bien!

Granada, 16 de julio de 1933.

A mis amadas MM. Abadesa, Vicarias y hijas, todas muy amadas en Jesús Hostia de Berja y Chauchina.

Muy amadas en Jesús Hostia, hijas mías de Chauchina y de Berja. Hoy hemos visitado al señor Obispo; tan amable y bondadoso como siempre nos recibió como verdadero padre, y su señora hermana señorita Apolo, estuvo extremosísima y graciosa, cogió una silla y sonriendo se puso a mi lado diciendo: "Voy a ponerme al lado de madre Trinidad a ver si me pega su santidad (¡pobrecita, qué engañados están!), sus cosas". Después de hablar largamente con Su Excelencia y de recibir con gratitud sus consejos, quedamos en irnos a Madrid a pedir al señor Nuncio nos conceda la fundación de Paris, si es voluntad de Dios, con carta de recomendación; y nos dijo que le esperemos en Madrid, que el 23 piensa pasar por allí de paso para San Sebastián, donde piensa pasar una temporadica de descanso en el colegio de padres Agustinos de aquella capital.

Ayer llegamos a las Esclavas las tres, donde nos atendieron mucho, y nos instalamos en unas habitaciones de las señoras que hacen ejercicios, nos dieron de todo y una hermana que nos servía la mesa, que era una sierva de Dios, ¡qué cariñosa y qué buena! ¡El Señor sea bendito... que tantas dilcciones tiene con nosotras!

Nos concedieron entrar en su capilla interior donde teníamos al Santísimo a un paso, y así tuvimos el consuelo de estar con él día y noche, aun durante la noche al primer despertar volábamos a pros-

ternarnos delante del sagrario... y en aquel silencioso altar qué bien oí a Jesús *pedirmelo todo*, que yo en su divina presencia le ofrecí con todo amor y entusiasmo de mi alma agradecida.

Me pareció tan contento el divino Prisionero cuando al ofrecerle vuestros corazones, que yo me esforzaba por cubrir las miserias del mio con las virtudes de mis hijas... todas; pero como me veía tan manchada y llena de pecados, quería que su misericordia me ocultara en sus llagas... y, ¡oh mi Jesús amor misericordiosísimo, que siempre dejas caer sobre el alma arrepentida las gotas de bálsamo y de dulzura, que convierte en amor suyo todos los pesares de la vida!... y cogiendo mi corazón como una pelotilla de barro le dije con un ímpetu de amor que él me dio. *¡Tómalo todo!*... y dame ahora una chispa de tu amor divino, para que jamás os desagrade... Y me parecía ver en su mano divina como una conchilla sucia y fea y al tocarla Jesús con su dedo divino, soltó todas sus miserias... y al acercarla a su Corazón amorosísimo y sentir el calor de aquella hoguera divina se *abrió*, y me pareció ver dentro el corazón de todas mis hijas de Chauchina y Berja que Jesús acariciaba con delicadezas divinas y guardó dentro de su amorosísimo Corazón.

Yo creo, hijas mías, que Jesús me ve tan niña, que cuando teme abandone su cruz y deje el camino que él me señaló, de *victima* en el calvario, me enseña estos dulcecillos para alentarme.

Hoy tarde, domingo 16.

Nos levantamos temprano, comulgamos y oímos misa en la iglesia de las mismas religiosas Esclavas, desayunamos y salimos a recoger las maletas y despedimos del padre don Juan, del señor Magistral, etc. y ya nos quedamos con doña Sofía, que nos llevó a Chauchina, donde almorzamos.

¡Qué recibimiento tan fraternal y cariñoso el de aquellas hijas tan amadas de Dios y del corazón de su pobre madre! ¡Cómo nos pedían entrásemos dentro! ¡Y qué sacrificio tener que comer con rejas de hierro, teniendo nuestros corazones tan estrechamente unidos! En Jesús Hostia el amor se identifica y se hace más grande y fuerte

nuestra unión. Nos despedimos ofreciéndoles volver con licencia para estar unos días dentro antes de nuestro regreso a Berja, y en la iglesia donde estuvimos a despedirnos de nuestra madre bendita de los Dolores y pedir la bendición a nuestro Amor sacramentado, sentíamos los suspiros y ansias de aquellas almas que ofrecían gustosas sus sacrificios a Jesús en unión de los nuestros, que al despedirse de aquel primer nido de palomas eucarísticas dejé mi corazón sobre el ara santa donde quería inmolarme totalmente con Jesús, mi única y verdadera vida de mi alma, como su *pequeña víctima*.

Volvimos a Granada, en donde nos esperaba la familia de don José López, para despedirnos de cuantos nos esperaban y salir a las 8 en el rápido para Madrid.

Al llegar a la casa encontré a su padre (mi hermano Carlos) y me dio una plática de las suyas... para convencerme no saliera de España, que era incomparablemente mejor que las demás naciones en paz... me anunció el martirio... y no sé cuántas razones para hacernos desistir de lo que creíamos nos pedía el Señor. Pronto lo convencí que sus razones me daban una decisión y alientos para seguir nuestro camino en pos de Jesús... y de las almas que él me manda conquistar para víctimas y adoradoras de su Amor sacramentado.

A las 6 llegó doña Sofía con el auto que nos había de conducir a la estación, llegamos a doña Jacoba a despedirnos... ¡Qué rato de tanta alegría!... Ella nos pagó el coche y nos dio 100 pts. para ayuda del viaje. Llegó nuestro buenísimo padre don Juan Cuenca y nos aconsejó tomásemos el tren de las 8 para Córdoba la mañana siguiente y pasásemos por Cabra unas horas a despedirnos de la señora Vizcondesa de Termens, y siguiendo sus santos consejos dejamos el viaje para el 18. Vamos avisar a don José Alonso que nos espera en la estación y quedaremos en casa de doña Sofía esta noche.

Adiós, hijas de mi alma. Encomendamos mucho a nuestro Señor en vuestras oraciones, una muy especial por mi intención. Escribiré desde Madrid, Dios mediante. Que el divino Amor sacramentado

encienda más su amor en nuestras almas. Vuestra madre y hermana sierva en Jesús Eucaristía,

Sor Trinidad del Corazón de María.

Sor Patrocinio de San José.

Madrid, 19 de julio de 1933.

Jesús Eucaristía reine en el corazón de todas mis amadísimas hijas. En su divino amor nos abraza para que me haga digna de ser su humilde sierva.

Amadísimas hijas en Jesús Sacramentado: Ayer no pude escribiros, llegamos muy cansadas. Hoy, después de oír la santa misa y comulgar con las buenas Esclavas de la Divina Infantita, donde nos hospedamos, gracias a Dios, voy a deciros algo de nuestro viaje.

Como os decía en mi última, el domingo hicimos noche [en] casa de doña Sofía, después de dejar en el sanatorio de la Inmaculada a madre Paz, la pobrecita muy resignada y triste, yo me traería esa espina en el corazón, me costó mucho dejarla, pero su enfermedad necesita estar allí siquiera un mes bajo el plan del médico.

Nos levantamos muy temprano el lunes, fuimos al Perpetuo Socorro a comulgar y oír la santa misa, desayunamos, y llegó don José Alonso con el auto, cogimos las maletas y al tren, en donde doña Sofía nos dejó recomendadas a unas buenas señoras que iban a Málaga, que estuvieron con nosotras muy cariñosas hasta que cambiamos de tren. Cuando tomamos el de Córdoba nos quedamos solas, porque el buenísimo de don José se salía al pasillo a hablar con otros caballeros, y así pudimos nosotras rezar el Oficio divino, el Rosario y hacer oración... ¡Cuántas cosas pensaba en el tren pasando por tantos pueblos! Buscando nuestros corazones ¡su nido!... Cada pueblo, nos parecía ver el sagrario en aquellas torres... y no

acabábamos una visita, en cada cual rezaba una estación y hacia ¡lo que él me dejaba hacer!

¡Qué lejos me parecía Cabra! Llegamos a Cabra a las 4,30. La señora Vizcondesa nos esperaba con Carmencita en la estación, tan cariñosa y buena como siempre lo fue con nosotras, nos llevó a su hotel, nos hizo tomar una cerveza y vimos aquella morada tan rica de todo, con muchos jardines y agua que elevaba el corazón a Dios... ¡Aquellas montañas en donde se divisaba la amada patrona Nuestra Señora de la Sierra!...

¡Madre mía Santísima, cómo atraes este pobre corazón a vuestros santuarios! ¡Bendita seas! En el mismo coche nos llevó a su hermosa casa, en donde vimos todas sus riquezas en tantas cosas preciosas, y sobre todo su oratorio, en donde tenía imágenes hermosísimas, rezamos en él al santo Cristo, hermoso de verdad.

Nos dio nuestra amadísima bienhechora una espléndida comida, y pasamos con ella un rato gratisimo bendiciendo al Señor que nos había dado en aquella excelentísima señora Vizcondesa el corazón de una madre para sus capuchinas... Estuvo Carmencita cariñosa y expresiva como una hermana de verdad, y sus tres niñas parecían tres angelitos preciosos y mimitos, muy cariñosas.

Tomamos el coche, que dentro de la misma casa de la señora Vizcondesa subimos, a las 8,30 de la noche (desde donde hablé con mis hijas de Berja en el teléfono, antes de salir de casa de la señora). Salí el coche hacia Aguilar del Campo donde tomamos el tren rápido para Madrid, que la señora nos pagó en primera, a los tres, y nos despedimos de la señora agradecidísimas. ¡El Señor se lo premie todo!

Entramos en el tren, que iba todo lleno, y quedamos en un vagón que iban dos caballeros (uno nos pareció sacerdote). Ellos iban casi durmiendo, nosotras nos pusimos en un rinconcillo con nuestro rosario muy apretado. El pobre de don José se encargó de las maletas, y a madre Patrocinio se le derramó en el asiento una botella de limonada y tuvimos que volver el asiento.

Allí sin movernos, porque el padre cura que iba con nosotras no nos decía nada, y nos daba susto de verlo como enojado de vernos allí. Nosotras no podíamos dormir nada, pero muy callandito, para no molestar aquellos señores. Don José no tenía paciencia y se salía a los pasillos. Antes de clarar el día nuestra pena era dónde podríamos comulgar... serían las 6. Despertó aquel buen sacerdote y se salió a los pasillos con don José; le preguntó quien eran aquellas dos benditas monjas que se le habían metido allí. ¡Qué sorpresa cuando nos vimos sin conocernos a los 12 años, que fue a San Antón a dar los Santos Sacramentos a mi querida hermana sor Pura! Era el señor Vicario de Melilla, don Sebastián Carrasco, que venía de pasar mala noche de vapor, y le sentó mal no estar solo para dormir toda la noche.

Nos quedamos nosotras dos rezando, y al rato volvió don José Alonso a presentarme aquel buen sacerdote que considerábamos desconocido.

Madre Patrocinio, que como enfermera de sor Pura le trató mucho, tuvimos una verdadera alegría, pues entonces tenía por San Antón fama de santo por las cosas extraordinarias que nos refería mi hermana, de su ardiente celo por las almas y por su amor a la Eucaristía.

Hablamos de todo en la media hora que faltaba para llegar a Madrid; se nos ofreció aun para arreglar todos nuestros asuntos con un padre paúl de mucha confianza suya, quien también lo era del señor Nuncio, y nos dijo si teníamos dónde hospedarnos.

Le dio tanta compasión de nuestra pobreza que tomó un coche, que él pagó, y nos recomendó con interés a las Esclavitas, y quedó en volver al día siguiente a decir la santa misa y comunión. A don José se lo llevó al mismo hotel, y nosotras quedamos dando muchas gracias al Señor que nos deparó esta ayuda. ¡Él sea bendito!

Pidan mucho mis dos comunidades por nuestra obra, que veamos la voluntad del Señor en la decisión del señor Nuncio y que en todo cumplamos la voluntad del Señor. ¡Adiós, hijas de mi alma! En otra

os seguiré dando cuenta de todo lo que Dios quiera. A vuestras oraciones confío mis cuidados. ¡Pedir por mí!... Lo necesito mucho... Soy cada vez más flaca y pobre, y, sin embargo, siento mayores deseos de amar y sufrir. Vuestra madre y sierva en Jesús Eucaristía,

Sor Trinidad del Corazón de María.

Madrid, 20 julio de 1933.

Jesús Eucaristía sea el único ideal y amor de nuestras almas, hijas mías muy amadas en su divino Corazón, madres e hijas de Chauchina y Berja.

Hijas mías:

Damos gracias a Dios, descansando mucho hemos encontrado en estas santas religiosas de la Divina Infantita algo del espíritu seráfico y sencillez franciscana, que se nos hacen muy simpáticas. ¡Son tan cariñosas y buenas con nosotras que parece vivíamos unidas!

En esta pequeña capillita, tan adornada y devota, oímos la santa misa y comulgamos, y pasamos muchos ratitos con el buen Jesús, pidiéndole encienda nuestros corazones en su santo amor, para que cumplamos nuestra misión en la tierra como los ángeles en el cielo, adorándole en la santa Eucaristía en espíritu y en verdad, y expiando cuando adoramos y nos sacrificamos por la conversión de los pecadores. ¡A cuánto nos obliga Jesús, hijas de mi alma! Si vieran qué loco está el mundo... y ¡qué pocos hay que sirvan a Dios! En cambio, cuántos esclavos del demonio se ven por las calles... en cafés y plazas. ¡Da horror salir por la calle... qué escándalos en el vestir!... Parece este Madrid otro Babilonia... y cómo el alma al entrar en alguna iglesia y acercarse al sagrario parece oír a Jesús aquello del salmo: "Busqué quién me consolase y no lo hallé" (Sal 69,21).

¡Qué ratitos de consuelo con el buen Jesús!... en la iglesia de padres Capuchinos nos bajaron la sagrada imagen para besarle el

pie... le besé por mis hijas y le recé por todas y cada una. El reverendo padre Antonio, guardián de Capuchinos, nos recibió muy cariñoso y lo mismo los hermanos que nos atendieron mucho, y el buen padre muy enterado de nuestras fundaciones y de Roma... me dio algunos consejos que le agradecí mucho.

De paso visitamos San Francisco el Grande que es una maravilla... Pasé unos ratitos junto aquel sagrario y vimos los cuadros de la vida del padre san Francisco. ¡Qué consuelo ver tan al vivo la vida de nuestro santo Padre en aquellos hermosos lienzos!

De paso para casa visitamos a la sobrina de doña Jacoba, que estuvieron muy atentos y cariñosos, nos encontramos a Jesús y a su señora que regresaban del viaje y se alegraron mucho.

Hoy no puedo continuar porque no me dejan la visita de algunas jóvenes que quieren venir con nosotras; yo pienso enviarlas ahí, pues conviene probar su vocación en el noviciado de una comunidad ya formada. Sobre esto ya les daré detalles, por hoy nada más.

Mañana pensamos ir a visitar al señor Nuncio, y os daré noticias de todo. Pidan mucho a Jesús por nosotras, que no nos separemos jamás de su divino querer, que es lo único que deseo cumplir y por él voy de paso por este destierro, estando mi espíritu aprisionado y feliz en esos benditos muros. Vuestra madre y sierva en Jesús,

Sor Trinidad del Corazón de María.

Nota: Se me olvidó decirles que el buenísimo de don José Alonso, una vez que esto va largo, me dijo se marchaba a Granada, no dejen de agradecerle lo muchísimo que nos ayuda *en todos sentidos*, yo cuando lo veo me parece el san Pedro Alcántara que el Señor puso a santa Teresa: ¡Qué buenísimo y desinteresadamente, en todos sentidos, con nosotras!

Os ruego, hijas mías, pidáis mucho a nuestro Señor por su salud, que buena falta nos hace para la obra que llevamos entre manos en la tercera fundación, en la que me hace sentir el Señor nos esperan grandes trabajos, y él nos ayudará por Jesús.

Que nuestro amor sea cada vez más generoso y fiel, que con su ayuda nada tenemos que temer, y los muchos trabajos y penas suelen encender el fuego del divino amor en este corazoncillo ruin de vuestra madre y sierva,

Sor Trinidad

Madrid, 22 de julio de 1933.

A mis amadísimas hijas en Jesús Sacramentado, M. Abadesa y Vicarias de Chauchina y Berja.

Muy amadas en el Corazón adorable de Jesús, mis buenísimas hijas:

Ayer no pudimos ir al señor Nuncio; a la hora de salir llegó la señora marquesa de Montefuerte, tan cariñosa y amable, que me dio confianza para manifestarle los motivos de nuestra venida a Madrid y, al mismo tiempo, mi deseo de buscar una fundación en el extranjero o en algún pueblo de la frontera, en prevención de que el Gobierno nos obligara a salir de los conventos, no tuviesen que volver a sus casas, de donde no vuelven como van.

A la señora le agradó mucho mi deseo y me ofreció ayudarme un poco, no tanto como ella querría, porque los hijos la dicen que primero es el sostenimiento de las escuelas católicas... y está muy gastada y sin rentas... ¡El Señor sea bendito... que tanto gusta vernos mendigar para su gloria! Toca al corazón de estas buenas almas... pero quiere que nosotras pordioseemos por su amor, sino ¿qué mérito tendrían nuestros trabajos?

La señora quiso llevarnos en su coche a San Ginés y me ofreció volver por la tarde con el auto a recogernos a las 8. Fuimos con ella y rezamos el santo Rosario delante de aquella hermosa imagen de nuestra amadísimas patrona de las Angustias, y si vieran, reverendas hijas de mi alma, ¡cuánto gocé en aquel rato! Parecía que la Virgen Santísima me ponía el cadáver de su Hijo divino en el corazón...

sentía mi alma todas las agonias del Corazón purísimo de nuestra madre dolorida, y todos los consuelos del Cuerpo y Sangre de Cristo... Parece quería preparar mi corazón, para *grandes trabajos...* y se *estremeció unos instantes* la humana naturaleza... Pero, fortaleciéndome la divina Madre, me ofrecí completamente a su divino querer... sea como él quiera, soy de él y deseo me acepte por su pequeña víctima.

Sali de la Iglesia transformada completamente, entré en ella *seca como un palo...* En aquel altar purísimo, de los brazos de la Virgen Santísima adoré la divina Víctima, suplicándole me aceptara y me uniera a ella, y sentí venir a mi alma, como un volcán de fuego que me consumía *toda*, un amor... que no es solo un ansia, un calor de fuego abrasador, de llamas infinitas, que no las sé expresar, dispuesta a seguir la empresa que me parece él me ha confiado, su divino amor. Aunque todos me abandonen... el amor quedará unido a la Víctima divina, que *ha recibido*, y continuará adelante, sola *con él, intrépida* ¡porque el amor que siento en mi alma, nunca está satisfecho! ¡Cuanto más contrariedades encuentro más fuerte e invencibles son la operaciones del divino amor en mi alma! ¡Oh, entonces el alma tira con todo y dice: me basta solo su amor! el amor desnudo, *despojado de todo*, como desnudo y despojado de todo murió sobre la Cruz la Víctima divina que ayer recibí de los brazos de nuestra madre querida de las Angustias. Bueno, ya se me fue la idea que llevo en estas cartas de daros cuenta por donde voy y encomendarme mucho a vuestras oraciones con todo el interés que saben tengo, que me ayuden mis hijas en todos mis pasos... La oración es invencible, todo lo puede, y con esta confianza he venido, segura que cumpliremos en todo con alegría la voluntad del Señor, aunque las cosas resultaran contrarias a los planes que tenemos. Sólo hacer su santísima voluntad, debe ser nuestro ideal.

Esta se va haciendo demasiado larga, en otra os daré cuenta de la visita que vamos en este momento a hacer al señor Nuncio, para pedirle el permiso para París, si nos lo concede será una prueba de

que quiere el buen Jesús un palomarcito de Capuchinas Eucarísticas en aquel país donde Jesús quiere bendecir.

Hasta mañana. Madre Patrocinio muy animadica la quieren mucho estas buenas religiosas y se pasa muy buenos ratos con ellas en la capillita, me encarga las salude, y que el Señor os bendiga a todas desea su madre y sierva,

Sor Trinidad del Corazón de María.

Madrid, 23 de julio de 1933.

Colegio de la Divina Infantita. Travesía de 1º, 3.

Reverendas madres e hijas muy amadas de Berja y Chauchina.
¡Jesús Eucaristía sea siempre en nuestros corazones!

Hijas mías:

Como os decía ayer, llegamos a la Nunciatura, y después de un rato, para que los guardias y porteros nos hicieran pasar al despacho de Su Excelencia Reverendísima, un capellán nos pasó a una sala de visitas mientras nos llegara la hora. Nosotras tres, pues nos acompañaba sor Ángeles, rezábamos con mucha devoción al Corazón de Jesús nos iluminara para no pedir más que lo que fuese de su agrado.

El excelentísimo señor Nuncio abrió la puerta de su despacho y nos hizo pasar bendiciéndonos y dándonos a besar el anillo: nos preguntaba amablemente quienes éramos y a qué veníamos, extrañándose fuésemos tan solas, sin que nadie nos diese carta ninguna de presentación. Le manifesté cómo deseábamos hacer una fundación en París, y antes de acabar nos dijo: «No, no hijas de mi alma, a París no, de ninguna manera, vayan a Portugal y allí la vida es más barata y el país muy tranquilo, estarán muy bien...». Yo le dije: no conocíamos a nadie, y en París unas señoras nos lo daban todo.

Y con carácter más enérgico repitió: «A París de ninguna manera, vayan a Portugal, y díganles a los padres Jesuitas que yo las envío, que cuiden de ellas». Después de casi una hora preguntando por las dos comunidades con muchos pormenores e interés, nos

bendijo, diciéndonos: «Tienen mi permiso y bendición para ir a Portugal, a Italia o América etc., donde Dios las lleve, menos a París». Nosotras muy rendidas y humildes le prometimos obedecer, le rogamos mirase por nosotras, etc., y salimos muy consoladísimas del paternal cariño con que fuimos acogidas... pero sin saber a qué padres Jesuitas acudir, porque aquí no conocimos a ninguno.

Al volver a casa, estaba allí don Sebastián Carrasco, a quien referimos las buenas impresiones que traíamos del señor Nuncio, y lo que nos había dicho, esperando su santo consejo.

¡Oh, hijas de mi alma, y cómo Jesús quería que empezara aquí mi calvario... y no podía consentir que la esposa le soltara de sus brazos... y clavó fuertemente en mi corazón su cruz!... Me reprendió fuertemente y me dijo don Sebastián: «Desde primera hora le dije a usted lo mal que hizo en venir sin carta ninguna de su Obispo, ni de presentación. Es que una cosa así ¿cree usted que le van atender nadie por su propia persona sin más ni más...? Yo si fuera su director la mandaría se volviera a Berja, y se dejara de fundaciones...»

Me despedí con un nudo de lágrimas que no podía hablar... y me retiré a la capillita donde hablé un largo rato con mi Jesús dueño de mi alma, que *cambió del todo mi corazón, me dio fortaleza y ánimos de seguirle*. Al salir de la capilla me entregan el correo con cartas vuestras, y una de nuestro buenísimo padre don Juan que me dice: «Viene aquí el señor Obispo y que el 24, dirá la santa misa en la parroquia de San Marcos a las 8, que no dejemos de ir a verle y ultimar los permisos».

Pidan mis hijas a Jesús que mañana veamos a nuestro amado Prelado y que por él veamos la voluntad del Señor, ya os escribiré dándoos cuenta de todo, si el Señor nos concede llegar allá.

Tengo una confianza grandísima en nuestro buen Jesús Sacramentado que siempre fue la luz y fortaleza de mi pobre alma. ¡Cuántas veces doy gracias al Señor que en mi noviciado me deparrara aquel director santo, el padre Ambrosio de Valencina, que con tanto interés me mostró este camino, que entonces no comprendía...:

Hija mía... -me decía- necesitas alimentarte diariamente de la Eucaristía (entonces no se comulgaba todos los días), vivir de la Hostia Santa... tu mirada fija en ese divino Sol del que has de recibir el aliento y fortaleza que necesitas para subir a la cumbre del Monte santo de Dios en donde el Señor quiere le adoréis en espíritu y en verdad... habrá en el camino tigres y leones que te acecharán para devorarte... pero no temas, aunque te veas sola... el Señor será tu fortaleza, y solo en él pon siempre tu confianza...»

¡Cuántas veces me alientan aquellos consejos, que sin duda eran inspirados por el Espíritu Santo, para estos momentos presentes que él me anunciaba entonces y yo no conocía!

A mis amadas hijas me encomiendo muy de veras me alcancen del Señor la luz, el amor y la fortaleza para emprender un viaje lejos de la Patria, no a donde nos esperan con deseo de ayudarnos, sino a donde ni conocemos, ni me pasó por la mente el ir, a Portugal. Este es el consejo que hemos recibido del señor Nuncio, y allí vamos llenas de fe, que allí nos envía el Señor. Ya en otra os daré más detalles. Que el divino Jesús nos bendiga a todas, su hermana, sierva y madre,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

7

Madrid, 30 de julio de 1933.

A mis amadas hijas de Berja y Chauchina. Jesús Sacramentado nos *una siempre* y nos encienda en su divino amor.

Hijas mías, ¡recibo vuestras cartas ansiosas de saber qué es de vuestra pobre madre en este Madrid!... en la casa de la Divina Infantita, que según nos dicen, fue la casa del hermano de santa Teresa, en donde la Santa se hospedó cuando venía a Madrid, y esto me ha servido de consuelo muy grande, pues ella vendrá también con nosotras a Portugal, ¡pues me encomiendo mucho a ella! El 24, como os decía, fuimos a oír la santa misa a San Marcos, saludamos al señor Obispo, que nos dijo fuésemos a las 7 de la tarde.

A esa hora llegamos y no estaba, tuvimos que esperarle un rato, que llegó y nos recibió con mucha bondad. Le referimos nuestra visita al señor Nuncio, y se *extrañó* que nos aconsejara ir a Portugal, y nos dijo volviésemos otra vez a verle, que había comido con Su Excelencia Reverendísima (convidado) y habían hablado de todo. Le manifesté que ya nos habíamos despedido y nos daba fatiga insistir en la licencia de París porque se molestaba... «A pesar de eso -nos dijo- vaya usted y haga usted un milagro como don Bosco, y le concederán lo que pida...» (¡Yo soy una gran pecadora para hacer milagros, pero el Señor los hará cuando convenga!). Después de un rato de mucho consuelo, en que nuestro Señor le hiciese ver a nuestro santo Prelado la ruindad y miseria de esta indignísima capuchina, nos despedimos, ofreciéndole volver al señor Nuncio, como nos aconsejaba. A pesar que sor Ángeles, su amiga, me rogó no

fuésemos, quise obedecer. El 25 volvimos al señor Nuncio y nos recibió un poco más serio; nos dijo que el señor Obispo le había hablado de lo que yo deseaba, y se mostró más opuesto, hasta el punto de decirnos: «Si van a la fundación buscando lugar de refugio tienen mi permiso, si es otra cosa, les retiro el permiso... estoy enterado de todo por el señor Obispo, que dice tiene usted pedido a Roma... y creo no se lo concederán, etc.».

Allí, a los pies del señor Nuncio, me sentí llena de consuelo, sus palabras me daban luz, aliento y deseos de seguir tan santos consejos... Muy agradecidas nos despedimos, manifestándole humildemente que solo deseábamos en todo y únicamente cumplir la voluntad de nuestro Señor... Nos bendijo a las tres y volvimos a nuestra casita a darle gracias a nuestro Señor, que más franco que en la primera visita me mostraba las disposiciones que deben animarnos para empezar sus obras... Nuestras miradas en Cristo Crucificado... y subir a él, sin mirar para nada la tierra, que tan fea es cuando miramos con fe las delicias y hermosuras del Cielo.

Al salir de la Nunciatura noté venían las compañeras tristes y asustadas de aquel cambio en el señor Nuncio... Yo las animé mucho, ¡que así son todas las obras de Dios en sus principios! y que como nosotras no queremos ni buscamos otra cosa que la gloria de Dios en la obediencia, que sujetándonos a ella, no debemos temer, que tengan fe y veamos una providencia del Señor en aquella represión.

Madre Patrocinio muy apurada y con lágrimas en los ojos, me dice: «Madre, vamos a Berja... ¿no ve lo que nos ha dicho el señor Nuncio?». Yo las dije: Si vuestras caridades quieren irse a Berja, *las envío enseguida* y yo me voy a Portugal, que creo haber entendido del señor Nuncio nos da permiso en las condiciones indicadas, que deseo cumplir en todo para gloria de Dios.

Las dos se animaron al verme decidida, y me prometieron seguirme a donde el Señor quiera llevarnos, sintiendo mucho el mal rato que creyeron había pasado, que fue todo lo contrario, mi cora-

zón no descansa de verdad hasta que se siente clavado con Cristo en la cruz.

No he podido escribir estos días preparando el viaje y despedidas. No tenemos dinero ninguno. Pedí al Señor si era su voluntad moviera el corazón de la señora marquesa de Montefuerte a darnos para el viaje, y ayer tarde vino tan cariñosa y amable, y me entregó *dos mil pesetas*, que yo no esperaba. Vi que nuestro Señor había tocado aquella buena señora para ayudarnos a realizar este viaje que [es] tan del agrado de su divino Corazón.

Mañana a las 8 salimos para Salamanca. Si nos detenemos allí algunos días os escribiré. Pidan mucho a Jesús Sacramentado para que nos acompañe en nuestro viaje y sea nuestra luz, fortaleza y aliento. ¡Adiós, mis amadas hijas, en vuestras oraciones confío, que hagan mucha oración, y vivir tan *unidas* a Jesús Eucaristía, que por vosotras el Señor ayude e ilumine a vuestra pobre madre, que solo desea servir y amar a quien me tiene tan obligada.

Sor Trinidad del Corazón de María.

Salamanca, 2 de agosto de 1933.

A mis amadas hijas, R. M. Abadesa y Vicarias, y todas mis Capuchinas de Berja y Chauchina, la paz amor y gracia de Jesús Sacramentado llene sus corazones de paz y alegría. Amén.

Hijas mías muy amadas: El día 31, día de san Ignacio, salimos de Madrid para Salamanca a las 8,30. Nos despedimos de aquellas buenas religiosas que nos atendieron con mucho cariño desde nuestra llegada a Madrid, prometiéndonos pedir mucho en sus fervorosas oraciones por nosotras, y una señorita muy piadosa que comia con nosotras, llamada Carmencita, vino al tren a despedirnos... ¡Era tan buena! que la animaba a venirse con nosotras...

Hicimos el viaje bastante bien y muy fervorosas las tres... nos encomendamos a santa Teresa, que parecía venir con nosotras, sentíamos de verdad su protección y amor. Me parece que, a pesar de la guerra tan feroz que el demonio me hizo en este viaje de Madrid a Salamanca, nunca sentí más al vivo la presencia real de Jesús Sacramentado en mi alma. La sagrada Comunión la sentía como acabada de recibir cuando entré en esta hermosa capilla de las Hijas de María Inmaculada. ¡Pedi a san Ignacio tantas cosas!

Me parece me voy apartando del fin de estas cartas, que es sólo anotar lo que convenga para seguir la historia de nuestras fundaciones. Perdonarme y borrar lo que no aproveche. ¡Estoy llena de fe!

Llegamos aquí cerca de las 11 y pedimos a estas buenas religiosas nos tuviesen allí unos días hasta recibir los pasaportes, que quedaron en arreglárnoslos las religiosas reparadoras de Madrid.

Aquí nos prepararon dos buenas habitaciones, donde fuimos muy cuidadas y atendidas de estas buenas madres que con tantas atenciones y cariño nos miran, que una señorita, Juanita Martínez de León, que se hospeda también en esta casa, nos ha mirado con tanta caridad, que se nos ha ofrecido a arreglarnos el visto bueno, en la cédula personal que traíamos, del Cónsul portugués, que es muy amigo suyo, y no tenemos que esperar los pasaportes de Madrid.

¡Cuántas pruebas del amor y misericordia del Corazón amorosísimo de Jesús Sacramentado recibimos!... ¡Y cuánta es su divina Providencia con nosotras desde que nos decidimos a emprender el viaje a Portugal, sin más ideal... que seguir a Jesús Hostia a donde él nos coloque!... pues humanamente hablando, vamos desorientadas de todo, y con poquísimos recursos, para instalarnos en un país extraño... pero llevamos dentro de nuestros corazones al Todopoderoso que nos sacó de ese bendito palomar, para que coloquemos otro nido de palomitas que le arrullen y adoren por el triunfo de nuestra Religión en España... y nos saca a pais extraño desde donde él quiere que ofrezcamos nuestros trabajos y sacrificios para conservar esos dos palomarcitos sin que le toquen las uñas sangrientas del infernal gavilán... ¡Oh hijas mías, y cómo Jesús dulcifica así a vuestra pobre madre las angustias inexplicables de vuestra separación!

¡El buen Jesús me unió tan estrechamente a vosotras desde el momento de salir de ahí!... que nunca fue mi amor más sólido y verdadero en Dios que cuando al salir de Granada iba mirando las montañas y pueblos que nos separaban, quizá para siempre... y al pensar y mirar mi Cristo os veía a todas dentro de sus llagas divinas y yo a la puerta, queriendo llevar en mi alma el fuego y amor que siente mi alma hacia la sagrada Eucaristía, vida de amor, de inmolation y de víctima; y como esto es lo que siente mi pobre corazón, eso ofrecía y pedía a Jesús por vosotras, que viváis todas unidas en caridad y amor, que debe ser la divisa y lema de las Capuchinas Eucarísticas... Si no hay amor verdadero que nos *una* y nos identifi-

que con el Corazón del Esposo divino de nuestras almas... pido al Señor no retenga entre vosotras ni una sola que no sienta ese fuego abrasador de la caridad de Cristo, que hizo del Cenáculo un solo amor y sentir con su Madre santísima y amados Discipulos cuando envió su divino Espíritu...

Esto pido a nuestro divino Maestro, que todas nuestras casitas scan un cenáculo, puesto que él nos lleva siempre a la casa de su Madre santísima.

Adiós, que me alargó demasiado, y no sé por qué se me va la idea. Que él os bendiga siempre y os de su paz, hijas de mi alma. No olvidéis de pedir mucho al Señor por nosotras, que en todo cumplamos su voluntad adorable, y tenga misericordia de mí, vuestra sierva y madre,

Sor Trinidad del Corazón de María.

Nota: Se me pasaba decirnos que esta mañana fuimos a ganar el jubileo de Porciúncula a la iglesia de nuestros padres Capuchinos, confesamos con el reverendo padre Guardián, reverendo padre Gaspar de Cebrones, que parecía un santo, conoció todo cuanto yo sentía... con gran facilidad le manifesté *todo*, y cómo veníamos a Portugal, él me alentó muchísimo, asegurándome *era obra de Dios*, que él nos ayudaría cuanto pudiera, que tendría mucho que sufrir... que no me acobardase, ¡que adelante!... con las miradas en Dios... ¡Oh qué ánimos y consuelos sentimos en aquella hermosa iglesia de nuestro seráfico padre san Francisco! ¡Delante de la divina Pastora, que parecía bajada del Cielo, rezábamos con un fervor...! ¡Sentí allí algo que no se sabe explicar! ¡Parecía que habíamos encontrado allí la casa de nuestro Padre!

Todo cuanto os diga de esta hora de cielo que pasamos hoy en la Porciúncula de Salamanca es poco... El reverendo padre Guardián quería tomásemos el café, pero la señora que nos acompañaba no podía detenerse, y esta tarde ha venido el reverendo padre a traernos unas cartas de recomendación y a despedirnos y bendecirnos con

mucha caridad. Adiós, hagan al Señor todos los días una visita de cinco minutos por mis intenciones y con vosotras está unida en el Corazón eucarístico de Jesús, su esclava y madre,

Sor Trinidad.

Braga, 6 de agosto de 1933.

RR. MM. Abadesa, Vicarias y hijas todas muy amadas en Jesús Sacramentado, de Chauchina y Berja, ¡salud y gracia del Señor os deseo!

Hijas mías muy amadas en Jesús: Ayer 5, festividad de Nuestra Señora de las Nieves, llegamos a esta piadosa capital, a las 7 de la tarde, y en estas buenas Hijas de María Inmaculada, fuimos recibidas con mucha caridad y cariño. ¡El Señor sea bendito!

Como son españolas, y con la recomendación que traíamos de la Superiora de Salamanca, nos atienden y animan mucho, a que en esta ciudad fundemos, pues es lo más piadoso de Portugal, pues la llaman la "Roma portuguesa".

Hoy la madre Superiora nos acompañó a la visita del señor Arzobispo, que estuvo muy cariñoso y con gusto dice nos acepta por "filias". Ahora haremos las preces, que Su Excelencia Reverendísima nos ha ofrecido informar favorablemente. De palacio fuimos a visitar a los padres Jesuitas portugueses, que les entregamos las cartas de recomendación que traíamos, nos atendió mucho un hermano que es muy ilustrado y piadoso, y se ofreció ayudarnos en todo cuanto pudiesen, y me dio unos consejos que me servirán mucho.

Después nos vinimos a casa a descansar, y mañana seguiremos nuestras gestiones para buscar una casita pobre, pero en condiciones de colocar nuestro nido de adoración.

Hoy sólo os diré, hijas de mi alma, cómo llegamos a Porto con intención de fundar allí, pero me pareció una capital muy poco piadosa, y las madres del Servicio Doméstico me dijeron que quizá ni el señor Obispo nos admitiría, porque no conocen a las monjas de clausura; y me parecía otro Madrid ¡qué mundo tan loco en estas capitales sin Dios! ¡Es muy bonita y vistosa, pero, Dios mío, qué loco es el mundo! ¡Cuántas gracias tenemos que dar las que fuimos llamadas a vivir encerradas en nuestros claustros... salir de ellos y pasar por el mundo, *es cruel martirio para el alma* que vive en el claustro viendo los buenos ejemplos y virtudes de nuestras hermanas, que estimulan y animan a la santidad! ¡No así en el mundo, hijas de mi alma... que si los sentidos no se esconden en Cristo, nos arrastran el escándalo de tanto mal! ¡Gracias que hay tantas iglesias y al entrar percibe el espíritu ese oxígeno divino de la santa Eucaristía que preserva el alma del contagio! ¡Bendito sea Jesús Eucaristía!

Desde que dejamos España el corazón latía fuertemente... y estrechando mi Cristo sobre mi pecho, pediale fortaleza para que las compañeras no notaran mi debilidad, tuve momentos de quererme volver a España, todo lo veía oscuro y la naturaleza luchaba atrozmente, era el 4 de agosto, hicimos noche en las Hijas de María Inmaculada de Porto. ¡Qué noche de desalientos y penas! Llegamos muy tarde y no quisimos pedir de cenar, sólo un refresco. Así hicimos la meditación y nos acostamos en unas camas de paja que aquí se usan. ¡Qué noche de tentaciones! sin comunicarnos nada se nos escapaba a las dos ¡vámonos a España!

Comulgamos, oímos la santa misa, y salimos a entregar las cartas de recomendación que traíamos a los padres Jesuitas, y a recibir un consejo para marcharnos.

Allí nos recibió un hermano que nos hizo entrar en la capilla mientras el único padre que había despachaba una visita, ¡que fue larga! ¡Qué consuelo recibimos en aquella piadosa capilla!... Allí nos dio Jesús fortaleza y alientos... y una señorita piadosa, que ha-

bía orando en el comulgatorio, me animó mucho a que quedásemos en Portugal, aunque sufriría muchísimo, «pues cuanto mayores penas sufriríamos, la obra sería más accepta al Señor, en quien únicamente debíamos poner nuestra confianza... que no nos abandonaría...».

Nos avisan que pasáramos al recibidor, cuando más contenta y feliz me encontraba al pie de aquel sagrario y junto aquella señorita, ¡que tantos alientos me daba!

Pasamos, y entregué mi carta y la recomendación del señor Nuncio de España que nos confiaba a los padres Jesuitas... No era el padre Superior porque éste estaba fuera y sólo quedaba allí este padre que nos dijo le parecía una locura que viniésemos a fundar aquí cuando todos estaban en el aire, que era un país muy pobre, que no conocían las monjas de clausura y que aun ni el Obispo nos admitiría, que en Porto en manera ninguna, que lo mejor que él veía para religiosas era Braga, donde él nos aconsejaba de quedarnos, residir allí, que viésemos al señor Arzobispo y él nos diría lo que teníamos que hacer. En todo coincidió con la señorita.

Sentimos tal desaliento con el padre, que casi pensé no sería voluntad de Dios, y antes de gastar el poco dinero que traíamos volvernó a España... Llegamos a la casa y dijimos a la madre Superiora lo que nos había dicho el padre, y ella nos alentó a venir a Braga dándonos una cartica para la Superiora de aquí que nos recibió con igual cariño. Preguntamos la hora del tren, y salimos de Porto para Braga a las 2,30 de la tarde, llegando aquí a las 7,30.

Ya en otra les diré, hijas mías, cuanto vaya ocurriendo. Pidan mucho a Jesús Sacramentado en todas las horas de adoración, que nos ilumine y fortalezca para conocer y cumplir en todo su adorable voluntad, sin apartarnos nunca de su divino querer.

Que el Señor nos bendiga a todas y nos tenga unidas en su Corazón adorable, le pide vuestra pobre madre y sierva,
Sor Trinidad del Corazón de María.

Capuchinas Eucarísticas de Braga, 12 de agosto de 1933.

R. M. Abadesa y Vicarias de Chauchina y Berja, y a todas mis hijas en Jesús Hostia ¡salud y paz! unidas en el Corazón amorosísimo de nuestro divino Jesús. Amén.

Hijas mías muy amadas: Hoy, día de nuestra madre santa Clara, quiero dedicaros estas pobres letras, animándoos a amar y servir a nuestro Señor con el espíritu de amor, humildad y sencillez de nuestros seráficos santos padres Francisco y Clara que nos dejaron en la santa Regla que profesamos con tanta fe y cariños.

Hoy han salido para Roma las Preces informadas por el señor Arzobispo para fundar aquí un convento de Capuchinas Eucarísticas. ¡El [Señor] haga que cumplamos su adorable voluntad y que si no ha de ser un nido de almas enamoradas de Cristo, no nos aprueben lo que pedimos!

Seguimos buscando casa, sin haber visto todavía ninguna que reúna condiciones de clausura, tal vez nos quedemos con una demasiado vistosa en la plaza de Santa Cruz, que la llaman "Casa do Coimbras en S. João de Souto".

Ya en otra os diré si nos mudamos, para la dirección de las cartas, mientras no escriba, dirijan las cartas aquí, a las "Hijas de María Inmaculada", Rua do Raio, Casa das Preladas, Braga.

Gracias al cariño y bondad de estas buenas madres que nos recuerdan mis hijas de Berja y Chauchina, cuando de noche estamos en la capilla delante de Jesús Hostia y entran al examen, me da un vuelco el corazón, me parece estoy con vosotras, y este sacrificio

me da ocasión para ofrecer a Jesús nuestros sacrificios y pedirle con más fervor... ¡Qué bueno es el Señor con nosotras concediéndonos vivir en casas religiosas donde tenemos el Santísimo Sacramento a todas horas! ¡Qué vida y fortaleza da a nuestras almas la sagrada Eucaristía! ¡Bendita sea la hora que fue instituida!

Un ruego quiero haceros, hijas mías. Desde hoy día de nuestra madre santa Clara conceder la noche de todos los jueves al viernes de adoración por turno; consulten al señor Capellán si podría manifestar a las 11 y dejar después expuesto el Santísimo hasta la hora de la santa misa, y si os lo concede pedirlo al señor Vicario, y hacer todas las horas, "*la Hora Santa*", a las que les toque de vela; ofrecerlo por mi intención, que son tres: el reinado de Cristo en España; la aprobación de las sagradas Constituciones, si es voluntad de Dios, y la fundación de Braga, si es del agrado de nuestro Señor que pronto formemos aquí otro nidico de palomicas adoradoras. Sí, hijas mías, anímense a pedir, para que vuestra pobre madre cumpla *siempre* y en todo la voluntad del Señor, que es el único ideal de mis aspiraciones de toda mi vida.

Y por hoy no puedo más, todas hagan por consolar al buen Jesús y darle lo que nos pide: reparación, amor y adoración. Que el Señor os bendiga y os dé su paz. Vuestra madre,

Sor Trinidad del Corazón de María.

Capuchinas Eucarísticas en Braga, 15 agosto 1933.

A mis hijas de Chauchina y Berja, que la Madre santísima de Jesús nuestra dulcísima madre nos lleve al cielo con ella a cantar sus glorias cuando salgamos de este destierro. Amén.

Hijas mías muy amadas en el Corazón amorosísimo de Jesús Sacramentado:

Sin nada de particular, no puedo pasar estas hermosas fiestas de nuestra Madre santísima sin enviaros un saludo y pedir os algo... En la sagrada Comunión os tenía a todas presentes y le pedía con toda mi alma al Corazón de Jesús nos hiciera alguna gracia en obsequio de su Madre santísima en su Asunción y Coronación... ¡Oh si pudiese hablaros mejor que escribiros, cuántas cosas querría deciros! En el camino del Calvario, Jesús se encontró con su santísima Madre y al mirarse aquellos dos corazones ¡cuánto se dirían! El Hijo divino a su Madre santísima... y esta a su adorado Hijo... ¡Madre mía, en este calvario que seguimos por vuestra gloria... encontremos también la mirada de tu Jesús, que nos fortalezca y aliente... y la vuestra, Madre mía santísima, que nos enseñe el camino seguro para llegar con tu Jesús y con vos al Calvario y hasta el Cielo... ¡Que así sea Madre mía!

Bueno, mis hijas amadísimas del alma, al fin mañana nos mudamos a la casa de Coimbras y aunque no reúne condiciones para el recogimiento y retiro que conviene a las religiosas de clausura, pero estaremos aquí hasta esperar las Preces de Roma. Si nos conceden la fundación, ya veremos si el Señor nos depara una como conviene,

aunque sea más pobre y pequeña. Ya os avisaré cuando venga el permiso. Pídanle no tarde mucho, pues no nos acostumbramos a vivir las dos tan solas sin vida de comunidad, pues sor Ángeles se volverá a su casa, no es esta vocación para nosotras. En fin, ya irá el Señor mostrándonos su santísima voluntad que tanto deseo.

Estas buenas madres antes de separarnos nos animaron a visitar el santuario del Bom Jesus, y al fin fuimos con ellas, pues teníamos que ver a los padres Jesuitas que están en la montaña cerca de Nuestra Señora de Sameiro.

¡Verdaderamente este santuario es estupendo! Tiene una escala inmensa, y en ella, a los dos lados, hay unas preciosas ermitas con la *via sacra* en tamaño natural, algunos pasos imponen, verdaderamente parecen vivos los personajes... En la de la noche que nuestro Señor pasó en el calabozo con los ojos vendados y en algunas otras me impresioné tanto que me saltaban las lágrimas, parecía que las miradas de Jesús... se fijaban en mí como si le viese vivo... Ya se pueden perdonar las fatigas del camino por el consuelo de ver a Jesús... ¡Oh! que cuando Magdalena le pregunta al hortelano dónde le han puesto... ¡es emocionante! parece viva y llena de fuego... y la de partir el pan con los discípulos de Emaús... ¡Ay, mis hijas! que hay cosas como estas que no son para decirlas, ¡sí sentirlas!... y darle gracias al Señor que con tanta fe y amor estos portugueses conservan este santuario con tanto esmero y devoción.

A todas mis hijas las presentaba al buen Jesús y pedía por ellas y lo mismo haré, si no tenemos la clausura, el día 27 que nos ha convidado el buenísimo señor Abad de San João de Souto para llevarnos en auto al santuario de la Patrona, Nuestra Señora de Sameiro, que es la Inmaculada Concepción, creo que hacen una peregrinación de todas las aldeas y capitales más próximas el último domingo de agosto.

Más me gustaría ir en día cualquiera que no en la peregrinación, que habrá mucha gente, pero como nos pagan el auto, porque está más lejos que el de Buen Jesús, en un monte más alto que se ve

desde toda Braga. De noche da gusto ver los dos santuarios iluminados, verdaderamente que se ve en estos santuarios la gran fe de los pueblos, pues a pesar de las revoluciones y guerras de tantos siglos, ¡con qué amor y fe conservan estos santuarios!

Y por hoy ya va demasiado larga esta carta con noticias que no son del caso, pero el Señor hace que las amarguras de tantas contrariedades y pruebas se nos dulcifiquen viendo que aun hay fe en Israel.

Me daba tanto consuelo cuando nos decía un padre pasionista, que aunque había mucha gente de todas clases, masones, protestantes, espiritistas, etc., pero que en los tres años que lleva aquí, no han oído una blasfemia, ni en mayores ni en niños en ninguna parte, ¡en cambio en España...!

Las iglesias diariamente llenas de fieles y muchos hombres en la santa misa. ¡Bendito sea el Señor que atrae a su Tabernáculo las muchedumbres, aun sin apenas conocerle, y se sienten atraídos por aquel imán divino que adoramos en la sagrada Eucaristía ¡Bendito sea el amor de aquel Corazón divino que vino a prender fuego en los corazones de los hombres!

Adiós, hijas de mi alma, que os acerquéis a Jesús siempre con corazón humilde y lleno de fe, que él lo llenará del fuego del amor y os dará fortaleza y alientos para haceros santas. Pedir por vuestra pobre madre y humilde sierva que os desea la bendición de nuestra madre santa Clara y padre san Francisco: «El Señor os dé su bendición y *os guarde*, muéstreos su rostro y tenga misericordia de vosotras, y convierta su rostro a vosotras y déos su paz a vosotras, hermanas e hijas mías, y a todas las que han de venir y permanecer en nuestro colegio y a todas las otras, así presentes como futuras, que [perseveren] hasta el fin en todos los monasterios (de pobres Capuchinas Eucarísticas) de las dueñas pobres, etc.»

Es cuanto pide y os desea vuestra esclava e indigna madre en Jesús,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

Braga, 20 de agosto de 1933

Reverendas madres e hijas muy amadas en Jesús Sacramentado de Chauchina y Berja. La paz y gracia, amor de nuestro Jesús Sacramentado sea la vida de nuestras almas.

Hijas mías: al fin vinimos a esta casa el jueves; tiene la parroquia junto a la huerta o compás de la casa, se ven las luces por las ventanas de la iglesia y se oye los cánticos como si estuviésemos en la iglesia.

La noche del jueves tenían la Adoración Nocturna, y se oían los cánticos, y por un cristal de la vidriera veíamos la custodia, ¡estábamos encantadas! toda la noche, pues en la plaza hay otras religiosas e iglesias donde hacían la Hora Santa y nosotras nos uníamos en espíritu y toda la noche la pasamos arrodilladas mirando a Jesús y pidiéndole gracias... Y por vosotras ¡cuánto pedí de amor y de gracias... ¡Oh, cómo el amor de Jesús nos hace cada vez más suyas!

Aquí no podremos estar mucho tiempo; además de ser muy cara, está muy dominada y vistosa, y yo querría una casita escondida y retirada donde podamos dedicarnos por completo a nuestra vida de adoración y recogimiento. Confío que si el Señor nos quiere aquí nos dará los medios. Veremos cuando lleguen las Preces de Roma dónde ponemos el nido.

En mi anterior se me pasó deciros nuestra visita a los padres Franciscanos en el Monteoriol. Teníamos que ver una casa que nos aconsejaban tomásemos junto al cementerio, que desde allí se veía

muy bien la casa de los padres, y en medio camino ¿quién no sube aquella montaña?

Era el día de nuestra madre santa Clara. Después de almorzar subimos al Monteoriol, llegamos rendidísimas... ¡Qué hermosa iglesia en aquellas alturas!... Madre Patrocinio, sor Ángeles, con la madre Desamparados, del Servicio Doméstico, pasaron al recibidor a ver al padre Guardián de padres Franciscanos, y yo sola quedé en la iglesia con mi amor escondido en el sagrario. Sólo con él necesitaba hablar y descansar... Una hora larga pasé junto aquel sagrario. Se oía ensayar una misa en el coro alto, en órgano algún padre, mientras me parecía estar en mis primeros años de religiosa en el convento de San Antón. ¡Se parecía tanto la iglesia y el coro!... sin retablos y muy limpia. Entró un niño pobrísimo como de 12 años a pedirme limosna, y salí a darle lo que llevaba, un escudo, y él llamó a la portería diciendo que yo esperaba.

¡Allí mis compañeras en sus glorias!... con el padre Guardián tan cariñoso; nos enseñó todo el colegio, soberbio y espléndido como para 200 niños y haciendo obra. ¡Qué cansada me sentía! ¡No sé cómo pude bajar! Agradecidísima a las atenciones de aquellos buenos padres nos despedimos tomando la cuesta abajo y llegamos al colegio de María Inmaculada para cenar, y después del examen y un ratico con Jesús nos recogimos a descansar. Cuando nos mudemos a la nueva casa os avisaré y seguiré dándoos más detalles de todo, mientras tanto, rogar por mí a Jesús, le ame mucho y le sea siempre fiel. ¡Adiós mis hijas del alma! No os canséis de amaros mucho, disimulando mutuamente vuestros defectos hasta el punto de no fijaros más que en las virtudes que se practican, y los defectos encomendarlos a la Madre bendita que nos aceptó por sus hijas, y si tomamos de ella ejemplo, que es modelo perfectísimo de las Capuchinas Eucarísticas, se harán santas muy pronto, que es lo que más anhelo, pide a Jesús Sacramentado para todas sus hijas, vuestra p. madre afma. en Jesús,

Sor Trinidad.

28 de agosto de 1933, Braga (Portugal)

Amadísimas hijas en Jesús Sacramentado: Ayer bajamos muy tarde de Nuestra Señora de Saneiro. ¡Qué hermosa resultó la peregrinación, qué concurrencia y qué fe se veía en aquel hermoso santuario tan concurrido de todas partes! Yo pasé casi el día en el coche, tenía un dolor de reuma en la cadera, que no estaba para nada, y hoy al salir a misa me quedé sin movimiento y no sé cómo pude llegar a la casa, y cada día peor, se trata de una ciática y no sé los días que estaré en cama y sin saber si estaré para mudarnos a la casa nueva. Parece ser un regalico de Jesús, que me quiere toda suya, y con gusto le he ofrecido cuanto quiera enviarme, para que bendiga esta fundación que no estaba en nuestros planes, pero sí en los de Dios. Él sea bendito que tanto nos favorece.

Al fin viene Ducinda, la buena criadita que nos dieron en el Servicio Doméstico, que aunque de mucho genio, tiene gran caridad para con mis dolencias. ¡Dios acude a la mayor necesidad, y aunque tan sola de criaturas él suple con paternal providencia! Y tomo una casa por 300 escudos, bastante buena, en la Rua do Alcaide, muy cerca de los padres Pasionistas españoles, que me ofrecen traerme todos los días la sagrada Comunión. ¡Dios sea bendito! que es el mayor y único consuelo en el destierro.

Esta mañana vino el señor cura párroco de S. João de Souto a darme la sagrada Comunión. Sin duda conoció que la noche había sido dolorosa. No recuerdo las horas de agonías que sufrí, pero él me escogió para víctima y quiere le siga en su pasión santísima... Procuero refugiarme en su divino Corazón. Allí me da a beber su

sangre preciosísima que fortalece mi miseria y debilidad... y al mostrarme el camino espantoso que me prepara, a sufrir abandonos de aquellas almas que preparé para su gloria con toda la ternura de mi corazón... Parecía decirme Jesús: «quiero hacerte sentir el mayor dolor que yo sufrí, cuando Judas me vendió y los demás huyeron en los momentos que mi corazón buscaba algún consuelo, no lo encontré... Yo haré este favor a tu alma, que sientas la soledad y abandonos que yo sentí... para que me acerques almas penitentes y sacrificadas que calmen la sed de amores que mi corazón siente en el sagrario tantos siglos abandonado y ultrajado de aquellos amigos que escogí para mi gloria y consuelo».

Al despedirse el señor Cura me preguntó: Madre ¿sufre mucho? ¡coladita doente!... ¡Oh Jesús!... había entrado en mi corazón en el momento *más decisivo*, de muerte o vida; no encontré enfermera que limpiara mis sudores, ni oía aquellos pasos, que en las enfermedades sentía venir a darme algún consuelo... Lo buscaba y sólo mi Jesús me mostraba su rostro divino, y su mirada dulcísima me alentaba a beber el cáliz... ¡Qué dolores venían a mi alma!... ¡Qué pocos amigos tienes Jesús mío! Y comprendía perfectamente que Jesús cogía de su Corazón adorable un rayito de fuego, acercándolo a mi corazón, sentía quemarlo cauterizando sus llagas... porque quería posesionarse de él para siempre... y no dejaría ni rastro de tierra, para formar en él su pequeño cielo como trono para descansar en la tormenta que *se acerca*, ¡que los españoles preparan para echarlo de su nación predilecta! y quiere buscar un número de almas escogidas donde descargue su Eterno Padre el brazo de su ira vengadora, ofendida por los malos cristianos y ministros suyos...

¡Oh! qué espanto siente mi espíritu al ver los acontecimientos horribles que les espera a muchas almas, entre ellas muchas de vosotras padeceréis persecución hambres y trabajos... pero confiar mucho en el Señor y no temáis, la Santísima Virgen, nuestra dulce madre, ha pedido para vosotras indulto, y no moriréis ninguna, velar

mucho y orar para que os hagáis dignas de las misericordias del Señor.

Y basta por hoy, encomendarme mucho al Señor y ofrecer por mis intenciones unos minutos de adoración, rogar al Señor me guarde en su divino Corazón, en donde quiero viváis todas unidas amándole, y amándoos como él desea de nosotras. Escribirme a la nueva casa, Rua do Alcaide, nº 21. Braga; decirme cómo van de todo, lo mismo en Chauchina que ahí, mientras el Señor me conceda volvernos a reunir,

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María.

Septiembre, 22 de 1933, Braga (Portugal)

RR. MM. Superioras de Chauchina y Berja.

Muy amadas madrecitas y hijas carísimas en el Señor y su santísima Madre y nuestra.

He recibido vuestras cartas, que me llenan de consuelo vuestro fervor y buenos deseos. ¡El Señor os haga suyas!

Hoy vino el médico, y no pudiendo encontrar la causa de esta ciática, quiere quemarme la oreja y ponerme botones, que creen me levantarán ya de la cama, más de un mes. ¡Bendito sea nuestro Señor, que tan pegadica me deja a su Corazón adorable! Como lo esperamos hoy, tal vez después de esta operación os escriba mejor. Es tan fervoroso y tan bueno el médico del colegio de las religiosas del Corazón de María, don Jacinto Torres, es muy cariñoso y no cobra nada. ¡Dios se lo pague!

Adiós, os ruego con el mayor interés permanezcáis unidas a Jesús y María como lo estuvieron los discípulos en el Cenáculo, como dice el santo Evangelio: «Perseveraban unánimes en oración» (Act 1,14). Este es, hermanas carísimas, el espíritu de nuestra transformación de Capuchinas solamente, en Capuchinas Eucarísticas, pues Jesús dulcísimo y su Madre santísima y nuestra, exige de nosotras la *imitación* de su Escuela, su Cenáculo, y que encuentre en cada comunidad un Cenáculo donde el divino Espíritu nos visite amorosamente, y nos cubrirá de sus *dones* y *frutos* dulcísimos.

No olvidéis que el amorosísimo Corazón de Jesús en la Eucaristía tiene sed de almas que con sus adoraciones y penitencias obli-

guen al Padre Eterno a enviar al mundo su Santo Espíritu como lluvia de fuego que purifique los enormes crímenes y pecados de que está cubierto, porque el fuego de la verdadera caridad se ha convertido en heladas de odios y rencores... y la caridad, aun de sus mejores amigos, entibiada por los egoísmos y soberbia. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo quiere de nosotras una nueva misión en la tierra, quiere formemos un apostolado de oración, adoración y penitencia alrededor de sus tabernáculos... No quiere las riquezas ni nobleza de los grandes del mundo que se consagran a él sin dejar el señorío y alteza con que vivieron en el mundo. Quiere que, a su imitación, dejemos las glorias y comodidades del mundo, por la cruz *del sacrificio*, de la pobreza voluntaria, por la obediencia sincera y entregada y por la pureza angélica, para que viviendo fijas en su vida eucarística de *humildad y silencio*, hagamos de cada comunidad un Nazaret bajo la dirección y gobierno de las divinas personas, Jesús, María y José, y formadas en esa escuela sigamos cada una los ejemplos de Jesús, Maestro divino, y de María santísima nuestra dulcísima madre, y todas nuestras comunidades unidas con *esta vocación y este espíritu* formemos *ese* cenáculo eucarístico en el cual se pueda decir con toda verdad de nosotras lo que dice san Lucas: «Todos estos perseveraban unánimes en oración» (Act 1,14).

Esta es, hijas del alma, *nuestra vocación*, no lo olvidéis nunca, y dejar con vuestros ejemplos de *caridad y amor, humilde* y sincero, a las presentes y futuras, lo que tantas veces habéis oído de vuestra sierva e indignísima madre que desde esta cruz... me uno en espíritu a vosotras, esperando que por vuestras oraciones me alcancéis el perdón y misericordia, que merezca reunirme con todas vosotras en el Cielo, y aquí en la llaga del Corazón abierto y traspasado de amor. ¡Oh Amor insaciable de las almas! no permitáis nunca que ninguna de estas almas llamadas por vos a esta vida eucarística, formada por vos y vuestra santísima Madre, se separe de vos... ni tuerza la senda marcada por vos en el santo Evangelio, «el que tenga sed, venga a mí y beba» (Jn 7,37), «porque mi yugo es suave y

mi carga ligera» (Mt 11,30). Que ningún sacrificio les repugne, que por vuestro amor, Jesús mío, conservéis nuestros corazones de toda ingratitud y te seamos siempre fieles y amantes a nuestra vocación de Capuchinas Eucarísticas, ¡que tenemos que ser víctimas con él!, y así termino con san Pablo: "Os ruego, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos a Dios en hostia viva» (Rom 12,1), continuamente inmolado por la mortificación y el sacrificio nos haremos semejantes a él, que con él nos ofrecemos para expiación, desagravio y reparación al Eterno Padre que nos concede el reinado de amor y de paz del Corazón adorable de Jesús.

Adiós, hijas mías. Confío en vuestras oraciones para poder morir de amor en su cruz santísima,

Sor Trinidad.

Octubre, 4 de 1933, Braga, Rua do Alcaide

¡Fiesta de N. P. San Francisco!

R. M. Abadesa y Vicarias de Chauchina y de Berja.

Muy amadas en el Señor: A pesar de vuestras cartas tan deseosas que vuelva por ahí, ¡mucho lo deseo si esta fuese la voluntad de Dios, pero hasta la presente veo me quiere con él crucificada en su Cruz! ¡Dios sea bendito!

Mucho siento haber interrumpido mis cartas tanto tiempo, pero a pesar de la operación de quemarme la oreja y botones de fuego sigo lo mismo, confío que cuando convenga, él me curará; no siento que Jesús me pide el morir tan lejos de mis amadísimas hijas... aunque quiero *lo que él quiera*; y si me da este cáliz a beber, me dará las fuerzas necesarias para aceptar la muerte como él quiera. ¡Soy suya! y como me entregué totalmente a él para que corte y queme y haga de mí lo que quiera, siempre le espero con amor y confío cuenta conmigo incondicionalmente. Pues cuando no estaba tanto, y quería conservarme algún derecho, queriéndome quedar en San Antón, cuando con lágrimas me pedían aquellas santas religiosas *no las dejase*... quise darle al Señor las almas para la adoración que me pedía, y desde allí formar las nuevas que le adorasen... pero él cortó mi voluntad *de un golpe*... y el señor Cardenal, que para todo sintió con entusiasmo conmigo, no me dejó hacer, y con toda autoridad contestó a la comunidad y a mí: «Usted marche delante de ellas a mostrarles el camino a seguir. ¡La que recibió la vocación de Dios debe ir delante de ellas en todo!... Dios pide el sacrificio que ustedes

todas ofrecerán gustosas al Señor, ya que él las honró en sacar de este convento una fundación de la cual espero será de grande gloria de Dios». Y bendiciéndonos a todas se despidió. (Día de Viernes Santo, 10 de abril del 1925).

Me parece que el salir de aquella comunidad, después de 33 años recibiendo ejemplos y espíritu de aquellas venerables religiosas que me amaban como santas y yo las quería como madres mías muy amadas, me costó más que salir de la casa de mis padres. Conocí entonces como nunca que Jesús me quería víctima; en Chauchina todavía gocé dulzuras inefables del amor misericordiosísimo de Jesús, que me hizo dulcísimos los trabajos, ingratitudes, calumnias y persecuciones, que con nuestra salida se valió el demonio para levantar el infierno, y ver si podía derrumbar aquella primera casita *cuna* de las Capuchinas Eucarísticas de la Madre de Dios y nuestra al pie de la Cruz. ¡Oh madre mía, cuánto me costó dejaros a los 6 años! cuando aún todavía estaban en principios... y mi alma engolosinada con las dulzuras de los regalos divinos que recibía en tanta abundancia, no me daba cuenta del calvario que me reservaba Jesús.

La primera vez que el eminentísimo señor Cardenal me anunció que quería enviarnos al santuario de Nuestra Señora de Gádor, de Berja, hecha un mar de lágrimas le pedía a la Santísima Virgen de los Dolores, nuestra dulce madre, como san Pedro dijo al Señor: «Buenos estamos aquí, Señor...» (Mt 17,4; Mc 9,5; Lc 9,33).

¡Chauchina! había sido para mi espíritu *un Tabor* de dulcísimos consuelos, no tuve allí ocasión de desagradar al Señor (me parece), le decía un día a un santo padre que predicaba la Cuaresma en la parroquia, y nos dio alguna plática (me parece el reverendo padre Guerrero, jesuita) y diciéndome cómo llevaba aquellas tempestades levantadas en Granada con motivo de nuestra salida de San Antón, le contesté: no las siento o no llegan aquí, pues el demonio me parecía que no se había enterado todavía, estábamos en Chauchina, pues sentía una paz y consolación mayor, que hasta entonces venían las penas y trabajos... pues ninguno de ellos aunque algunos fueron

fuertes por parte del Vicario que me aseguró varias veces, que si él le coge en Granada de ninguna manera me hubiese dejado salir de San Antón nunca. A pesar de cuantas cosas me decía, me parecía todo *nada*, ¡fueron tantas las gracias y consolaciones del Señor aquellos pocos años!... que no vi nunca las tinieblas del pecado ni las angustias y temores que pone al alma en dudas si hice o no la voluntad de Dios. El tiempo que estuve en Chauchina fue un día claro sin nubes, le llamaba ¡*mi Tabor!*... No así en Berja, que desde el viaje, más suave y con mayores medios humanamente, fue tempestuoso, y empezó mi calvario... Tres años llevamos de pruebas y amarguras en el alma... Allí la misma señora Vizcondesa, que tanto debemos y *nos ayuda*, es tormento para el espíritu, hay que hacer dispensas, conceder más visitas de las que nos permite la santa Regla... Son dispensas con permisos del señor Cardenal; pero aun así, no es ya aquella libertad de espíritu en donde, como en Chauchina, se marcó el primer día el camino a seguir, y terminados los 15 días de dispensas y asuetos, que no nos acomodamos, que nos concedió el señor Cardenal, no se quebrantó un punto de Regla; y con aquella paz y alegría de espíritu nada nos faltaba, a pesar de nuestra gran pobreza que no teníamos ni plato en donde comer de nada, ¡la divina Providencia llovía el maná y todo nos sabía a Cielo!... *Vi allí obrarse milagros...* que aumentó grandemente mi fe, mi amor y confianza en Dios y en la Virgen Santísima, que cuidaba de nosotras como de su amada familia, cumpliéndose a la letra las promesas del Señor a los que buscan el reino de Dios y su justicia, porque las demás cosas las recibíamos como añadidura (cf. Mt 6,33), el Reino de los Cielos.

Salí por mandato de obediencia de aquel nido de amores, dejando aquellas palomitas sin plumas apenas, como me dice sor Ana en su carta con muchísima razón. Pero confío que teniendo el nido tan cerca de Jesús, *su calor divino fortalecerá vuestras almas* y seguiréis fieles al Señor y firmes hasta la fin. Así lo espero del Corazón amantísimo de Jesús y de su Madre santísima.

Hijas mías; ahora en Berja, más pequeñas que en Chauchina todavía, pues sólo llevamos ahí tres años, parece por los trabajos y penas sufridas más viejo que el de Chauchina; pues esa fundación lleva el sello de *la cruz desde su principio* y ahora más amenazado que ninguno a ser derrumbado por las furias del comunismo feroz que ya quiso barrer esa morada de paz y de amor, pues no hay amor más grande y verdadero que el probado en la lima del calvario.

¡Dios sea bendito! que hoy ha sido más larga mi carta de lo que pensaba. Me llegan unas cartas avisándome que debéis salir de ahí, que estáis en peligro por lo lejos... A Jesús os confío y espero nos dejará morir junto a su sagrario. Adiós a v. o. confío,

Sor Trinidad del C., abadesa.

Noviembre, 21 de 1933. Capuchinas Eucarísticas de Braga.

RR. MM. Superiores, Vicarias y todas mis hijas de Chauchina y Berja.

Muy amadas en Jesús Sacramentado madres y hermanas carísimas. El Señor os bendiga y os dé su paz y amor.

He recibido todas vuestras cartas de felicitación por mi toma de hábito y profesión, y cuando recibí la sagrada Comunión conocí que hubo alguna de vosotras que pedía por mí con más fuerza y obligaban mucho al Señor a concederme más gracias, lo he sentido tan Padre nuestro, se ha disipado el temor que me hacía sufrir horriblemente de que no os volvería a ver, me decían aquí, que quedaría baldada en una silla, etc. y a veces me daba tristeza quedar fuera del convento, pues aquí sólo tres... (La sor Ángeles la tendré que despedir, no le veo espíritu, está disipada y desobediente y a madre Patrocinio no le hace provecho; gracias a Ducinda, la criada, que tanta caridad tiene conmigo).

Bueno, hija mía, he dicho más, que quería solo deciros las grandes consolaciones del Señor en el día de hoy, que me siento muy mejorcita y hemos empezado una novena a la Santísima Virgen pidiendo ir el día 8 de diciembre a comulgar a su santuario de Saneiro, que se celebra la gran fiesta de la Virgen Santísima. Me han hecho unas muletas, y he probado, y no me duele tanto, aunque estoy completamente encorvada, no puedo sentar el pie en el suelo. Confiamos en nuestra madre dulcísima, me pondré buena y si quiere, si no podemos hacer la fundación, que vuelva a vuestro lado, ya

que recibo un telegrama de don José López diciéndome que aunque reciba de Roma la aprobación, que el señor Obispo me manda ir a Granada. ¡Veremos lo que Dios quiere!

He recibido también, entre otras muchas, la de la señora Vizcondesa diciéndome vendrá por mí en su coche, por Dios le quitéis esto de la cabeza, es mucho gasto, y yo no me encuentro en días para dar un paso, ya le escribiré agradecérselo mucho; pero no penséis que estoy para un viaje tan largo, pues me dio un dolor fuertísimo hasta la cadera, cinco minutos que estuve levantada, el frío es atroz y me hace mucha impresión. Sigán pidiendo a la Santísima Virgen que venga aprobada la fundación y creo podrían venirse algunas para Pascua, que pongamos la clausura, que es lo que más deseo, y el reservado que sería para nosotras la mayor consolación y ayuda, pues así como estamos, sufro muchísimo más que por mi enfermedad. Los padres Pasionistas me traen al Señor y tengo un consuelo grande en que viene a mi alma diariamente sin merecerlo. ¡Le veo tan contento de verme en la cruz con él! Qué bueno es, su bondad no tiene límites. ¡Bendito sea su Corazón adorable!

Sigán pidiendo mucho para que España no sea víctima de la terrible tragedia que se ve venir... Ofrezco mis dolores y oraciones para que no permita tengamos que abandonar nuestras moradas de paz, y los conventos los libre de las furias del infierno.

Por aquí aparecen cada día nuevas fundaciones de españolas en busca de refugio, por lo que veo anda la cosa mal, parece vienen buscando casa las Concepcionistas, Esclavas y Carmelitas, etc. Veremos si hacemos violencia al Corazón de Jesús y barre de España tanto mal. Pero presiento que Jesús nos quiere castigar con misericordia y no sabemos si nos tocará algo. *Orar mucho*, no canséis de pedir al Señor tenga misericordia de nosotras, el mundo anda lejos, muy lejos de Dios y merecemos el castigo que nos amenaza su justicia. Que Jesús nos reciba en su Corazón misericordiosísimo, c. af.,

Sor Trinidad.

Hoy 21-XII-33. No dejéis de encargar al padrecito que pida alguna vez por nosotras que solo queremos cumplir la voluntad de Dios.

Hoy 22, 1933. Llega una carta cariñosísima del eminentísimo señor cardenal Segura enviándonos el *Rescripto* de la Sagrada Congregación de Religiosos *concediéndonos la fundación en Braga*. ¡Qué misericordia tan grande del Señor, hacer una octava al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen de acciones de gracia!... y dé luz para ver lo que más conviene, pues desearía viniesen y dejar terminada esta fundación; *decirlo al padre* y si les parece bien vayan al señor Obispo y le pidan os deje venir siquiera 6, para que la señora Vizcondesa os trajera en su coche y se economizarán gastos.

Espero que el Señor nos bendiga e ilumine, confiarlo todo al Corazón Eucarístico de Jesús y a su Madre Santísima en donde encontraréis a vuestra pobre esclava,

Sor Trinidad.

Braga, monasterio de Capuchinas Eucarísticas de Madre de Dios, diciembre, 22 de 1934.

M.R.M. Vicaria y religiosas todas de Berja (Almería).

Mis buenísimas madres y hermanas:

Hoy he pedido mucho a Jesús en los momentos de la elevación en la santa misa que os llene de amor y mansedumbre como él la dio a sus Apóstoles que merecieron vivir en un mismo espíritu de amor y caridad. Comprendo la razón con que os quejáis del comportamiento de nuestras hermanas de Chauchina. Si ellas siguen el camino señalado y adoran al Señor en espíritu y en verdad, no temáis se equivoquen, están confiadas a la amorosa protección de nuestra madre dulcísima de los Dolores. Vosotras seguir fieles al Señor y amaas las unas a las otras, si no ya en el trato, que quieren cortar, en vuestras oraciones pedir siempre por ellas como hermanas nuestras tan queridas, las que esperamos ver en el Cielo alabando al Señor.

Leídas vuestras cartas, que son muchas, con vuestros sentimientos y quejas, se me ocurre contestaros a todas juntas, porque después de la meditación que cada día hacemos en la pasión de nuestro dulcísimo Salvador que tan hermosos ejemplos nos dio en su vida santísima... ¿cómo no aprovecharnos ahora de tan hermosa ocasión para aceptar esta prueba amarguísima de vernos despojadas de la *Casa-Madre* en donde la Santísima Virgen en sus Dolores santísimos nos llevó a ofrecernos en la adoración a la divina Víctima con ella en reparación y desagravio de las muchísimas ofensas que recibe en el Santísimo Sacramento?

Decirme, hijas del alma tan amadas todas en el oración Eucarístico de Jesús, ¿qué podríamos ofrecer más gratis? Jesús dulcísimo... que aquello que siente el alma como si le arrancasen del cuerpo? pues un cuerpo y un espíritu y un alma siempre que Jesús me pedía desde el principio de mi vocación de esta nueva familia eucarística y seráfica y cuando con lágrimas desahogaba mi corazón junto al sagrario sin aceptar a decirle a Jesús más que ese fiat forzado por el amor y la fe de que no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios... con el corazón en la más extrema agonía... acordándome de aquellas hijas que tanto amé y colmé de beneficios, y guardaba en aquella Casa-Madre como un relicario para que formándose en el sacrificio y privación de la que llaman su madre y la siguieron con tanta fe... que cuando creí darles la mayor prueba de cariño viniendo aquí por inspiración divina a buscaros lugar de refugio para colocaros un nido eucarístico donde os refugiaseis el día no muy lejano que caerá sobre España el castigo, que el 24 de octubre del año 30, en el coro de Berja, de 10 a 11 de la mañana, que hacía la adoración al Santísimo Sacramento, me apareció el Señor me mostraba de una manera tan clara, sin tener duda, que la persecución será infernal contra la santa Iglesia y seguidores de Cristo... y derribados los nidos... el gavilán infernal se cebaría en las palomas... y él me mostró el camino... mandándome salir a país extraño, donde el señor Nuncio nos enviase... y a esquivar a los pies del excelentísimo señor Nuncio que nos envió a Portugal, y como del divino Salvador recibí aquel sapientísimo consejo que llevo grabado en mi alma: «No, hijas mías, a París no, vayan a Portugal si y diganles a los Jesuitas españoles de mi parte que se cuiden de ellas, y tiene mi permiso para marchar y mi bendición. España está en gravísimo peligro de ser deshecha si la mano divina no le tiene el azote sobre ella, es terrible...».

Al salir de allí, como os dije entonces, empecé a sufrir luchas y oposición con las mismas compañeras, que ofreciendo al Señor aquel dolor me previno con otros mayores... y estrecida, acogida

al manto de nuestra madre santísima de las Angustias, en la Iglesia de San Ginés, en Madrid, me pareció que Jesús santísimo, al recibirlo sacramentado en mi pecho me decía como a los hijos del Zebedeo: «¿Podrás beber el cáliz que yo bebí?...» (Mt 20,22; Mc 10,38) y acogiéndome a su divino Corazón Sacramentado, que latía con el mío, acepté por su amor cuanto él quisiera enviarme, confiada sería confortada y asistida de su amor y gracia. Amen.

¡Hijas mías!... Pues si acepté el cáliz cuando él me preguntó y me ofrecí a unirme con él y morir con él si necesario fuese... no me extrañaría que todas me abandonasen, pues mis pecados son muchos y la deuda con que he de pagar y la voluntad con que me ofrecí víctima siempre que le miraba crucificado... espontáneamente le pedía: Señor, bájate de la cruz y déjame morir en ella. Claro que entonces no conocía la muerte que Jesús me preparaba, sólo sentía el corazón como un volcán que le amaba y no podía sufrir verlo en la cruz... y así me decía el P. Ambrosio cuando le manifestaba mis ansias de padecer: «No es el padecer que pides, verlo como sufrirlo... ¡Jesús te ha cogido la palabra, prepárate a ser su víctima y acuérdate entonces cuando te veas en Getsemaní y en los tribunales, en la calle de la Amargura y en el Calvario... Acuérdate siempre que te ofreciste víctima... cómo le amabas y te consagraste a él para siempre, y no temas, ni huyas nunca de la cruz por erizada y ensangrentada que la veas, mira a tu Jesús dulcísimo... no olvides los dones que recibes... y las gracias "gratis data..." y serle fiel hasta la muerte, que encontrarás la vida verdadera y la plenitud de la felicidad eterna». ¡Así aquel santo director, padre Valencina!

Bueno, hijas carísimas y hermanas del alma en Jesucristo, vida nuestra, si el Señor me pide que aquellas primeras hijas que con vosotras me siguieron voluntariamente con promesas de seguirme hasta el fin se separan... ¿no será ese el cáliz que Jesús me pedía bebiese?... Si él así me lo pide, él cuidará de ellas y me concederá lo que tanto le he pedido que ninguna de cuantas abracen y observen la vida que os mostré desde el principio se aparte jamás del divino

INTRODUCCIÓN

Es normal que en torno a la petición de la aprobación del Instituto, que fue aprobado "ad experimentum", el 31 de octubre de 1942, bajo el nombre de Clarisas Capuchinas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios, la madre Trinidad tratase de explicar a sus religiosas el sentido de las Constituciones del nuevo Instituto. Esto lo hace en varias ocasiones y en los escritos ahora publicados, que la madre Trinidad titula: Las bienaventuranzas aplicadas al espíritu de las religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios, para mejor comprensión y observancia de las nuevas Constituciones (p. 75-146; 169-187) y el Espíritu y Vida de las Capuchinas Clarisas de la Santísima Eucaristía y de la Madre de Dios (p. 159-168).

Estos dos escritos vienen a ser una especie de directorio. Por contienen normas operativas para el mejor cumplimiento y observancia de las Constituciones. Estas normas, por tratarse de una especie de directorio, son de más fácil cambio o adaptaciones según las necesidades del momento y siempre que no contradigan las Constituciones aprobadas. De aquí que la lectura de estos escritos haya que hacerla dentro de un contexto histórico, pues la vida religiosa desde entonces ha evolucionado mucho. La propia madre Trinidad fue cambiando o dando nuevo sentido a las normas vertidas aquí.

Pero la madre Trinidad no se limita a dar meras normas. Con facilidad, y esto es lo corriente, se adentra en lo espiritual y, bajo este punto de vista, da unas directrices para la vida espiritual y religiosas de los miembros de su Instituto. Esto, que fue siempre su gran preocupación, lo deja aquí al comentar o aplicar las ocho bienaventuranzas a la vida religiosa que desea para sus hijas.

CÓDIGO PARA LAS CAPUCHINAS CLARISAS DE LA SAGRADA EUCARISTÍA Y MADRE DE DIOS

Adoremus a Dios en espíritu y verdad

Enero de 1943, Berja

Que estos pobres y desaliñados consejos lleven a todas mis amadas madres y hermanas el conocimiento claro y verdadero del espíritu de sumisión y obediencia a la santa Iglesia Católica Apostólica Romana, a la que nos sujetamos gustosísimas a recibir de ella la aprobación de nuestras nuevas Constituciones que nos da marcado el camino que hemos de seguir bajo la primera Regla de nuestra seráfica madre santa Clara, dada por el seráfico padre san Francisco, empezando a cumplir nuestra misión de esclavas o víctimas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios, nuestra madre María Santísima.

Aunque con el nombre de Capuchinas Clarisas todavía... Jesús nos ha escogido con especial predilección para formar una nueva familia eucarística mariana. El Corazón eucarístico de Jesús en la Natividad última del año 1899 quedamos todas rodeando el pesebre dulcísimo de aquel desierto de penitencia, y Jesús tiernecito en el corazón de una novicia que alcanzó de la Virgen Santísima la admitiese por *su esclavita*, la dijo Jesús: «Yo te daré un rebaño pequeñito que será muy combatido del demonio porque será el aprisco donde iré a recrearme en los días de mayores persecuciones... cuando me quieran arrancar del corazón de los niños, vosotras me cogeréis las almitas de los pequeñuelos y las atraeréis con el fuego eucarístico a mi Corazón que desea derramar sobre esas almas los tesoros infinitos de mi amor... y a vosotras se os dará la regalada distinción de

mis esclavas eucarísticas siervas fidelísimas del Corazón Inmaculado de mi Madre, que *con ella* seréis corredentoras *conmigo* en atraerme las almas de los pequeños a mi Corazón, que tiene sed de reinar en todos los corazones del mundo». ¡Nos confió desde "ab eterno" esta misión!

Desde entonces esperábamos la promesa que vemos ya empezada a cumplir. Amen. Así sea¹.

**LAS BIENAVENTURANZAS APLICADAS
AL ESPÍRITU DE LAS RELIGIOSAS
CAPUCHINAS CLARISAS DE LA SAGRADA
EUCARISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS,
PARA MEJOR
COMPRENSIÓN Y OBSERVANCIA
DE LAS NUEVAS CONSTITUCIONES**

*Señor, ¿a quien iremos? Tú tienes
palabras de vida eterna (Jn 6,68)*

¹ Aquí termina la letra de la madre Trinidad. Sigue la letra de de sor Aurora. No obstante, el contenido o la autoría de todo este escrito es de la madre Trinidad, quien dicta u ofrece un escrito o borrador para que se lo copie con buena letra, y después de copiado vuelve al escrito y hace correcciones de propia mano.

(Véase otra redacción de este apartado en las pp. 169-187)

CAPÍTULO I

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

Artículo 1

POBREZA

No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra (Mt 6,19)

Para hacernos dignas de la promesa concedida por nuestro divino Maestro a los verdaderos pobres de espíritu, las religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios, que profesan la primera Regla de nuestra madre santa Clara, están obligadas a la observancia de la más estrecha pobreza.

Nuestro seráfico padre san Francisco la llama su esposa, y quería que sus hijos la amaran como a una madre.

Siempre nos aconsejó y amonestó con la palabra y el ejemplo a que perseverásemos en esta santa pobreza, y no contento con esto, nos escribió muchas cartas para que después de su muerte en ninguna manera nos apartásemos de ella.

«Por tanto, con las rodillas en tierra y el cuerpo inclinado, encomiando a todas mis hermanas presentes y futuras a la santa madre Iglesia romana, al Sumo Pontífice y particularmente al señor cardinal protector que nos fuere dado para que por amor de aquel Señor que pobre fue puesto en el pesebre, pobre vivió en el mundo y quedó

desnudo y colgado en la cruz, siempre aliente, favorezca y haga perseverar en la santa pobreza que al Señor prometimos a esta pequeña grey que el Padre Eterno engendró en su santa Iglesia» (Testamento de santa Clara, 7).

En nuestra santa Regla y Testamento de la seráfica Madre, tenemos las más perfectas normas de la santa pobreza, según el espíritu del santo Evangelio².

Ningún elogio más digno se puede tributar a esta virtud que el ejemplo del Hijo de Dios, que bajó del cielo a desposarse con ella, que cual hermosa doncella, según la bellísima parábola de nuestro seráfico padre san Francisco, estaba en el desierto abandonada, desconocida y despreciada de los hombres.

Las reglas del mundo son diametralmente opuestas a las reglas de Dios; en concepto del mundo las riquezas son el fundamento de la grandeza, y a los ojos de Dios la pobreza es el fundamento de la santidad.

No debemos contentarnos con cumplir el voto de pobreza, que consiste en la renuncia de los bienes temporales por amor de Dios, sino aspirar a la perfección de la virtud alegrándonos de carecer aun de lo necesario a imitación de nuestro divino Esposo.

¡Qué ejemplos tan sublimes nos ha dado el Señor en todas las cosas que son materia de pobreza! Escogió pobre Madre, pobre Patria, un pobrísimo portal para nacer, siendo reclinado en un pesebre; ejerció pobre y despreciable oficio, ganando el sustento con el trabajo de sus manos; su alimento era pobre y no tenía casa propia, ni donde reclinarse su cabeza.

Jesús escogió discípulos pobres, amó los desprecios, huyó las honras, desapropiarse de su voluntad y de sí mismo con excelentísima pobreza interior, murió desnudo en una cruz y recibió de limosna la mortaja y sepultura.

Pone la pobreza por base y fundamento de la perfección y como condición necesaria para ser su discípulo y para animar y alentar

² Tachado: *sin necesidad de recurrir a fuentes extrañas.*

nuestra corrompida naturaleza, nos promete el reino de los cielos que vale incomparablemente más que todos los reinos y riquezas de este despreciable mundo.

Y ¿cómo no abrazamos la pobreza de espíritu, pues la abrazó nuestro divino Maestro y tales premios se alcanzan con ella?

Arrojémonos confiadamente en sus manos, que no nos faltará su providencia ni dejará de cumplir su palabra: Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt 6,33).

Procuren las religiosas ser fieles a Dios, a su Regla y Constituciones, y despreocupadas del día de mañana; pensar solo en servirle y amarle con perfección, que el Señor si hace falta hará milagros; si no los hace sea entonces su gozo completo, al sentir los efectos de la santa pobreza y tendrán la dicha y el honor de asemejarse a su divino Esposo.

El tesoro de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios debe estar en el cielo y usar de las cosas de la tierra por estricta necesidad, buscando y pidiendo para su uso las cosas más viles y despreciables.

Si son fieles al Señor, él les hará sentir ese amor a la santa pobreza y desprendimiento de las cosas de la tierra, haciéndolas comprender el fin más elevado y noble para que fueron criadas, porque si Dios es nuestra única posesión, miraremos con desprecio y desdén lo que los mundanos llaman riquezas y comodidades, que el Apóstol compara muy acertadamente al estiércol y a la basura.

No seamos tan mezquinas y apocadas que queramos comparar y elegir un manjar delicado, un hábito, un libro, una pluma y mil y una niñerías a que miserablemente pegamos nuestro corazón que ha sido creado para Dios, no queramos comparar esas nada al Rey del cielo y tierra, que es eso hacerle una injuria. Aunque sean cosas chicas e insignificantes son siempre un impedimento para unirnos perfectamente al Esposo divino de nuestras almas.

Cuiden de las cosas que para su uso les conceda la santa obediencia, pero con desprendimiento y libertad de espíritu, pues ya que

dejamos lo mucho no nos atemos ahora con hilillos que nos hacen esclavas de pequeñas aficiones, que son el mayor impedimento del rápido vuelo a la santidad.

Si le niegan alguna cosa no se ofendan como quien realmente no tiene derecho a nada, antes bien, gócense de carecer de ella; si se la conceden recíbanla con gratitud como el pobre recibe una limosna. Las cosas de su uso mírenlas como propiedad de Dios y objetos consagrados a su servicio.

No retengan en las celdas cosas fútiles o inútiles, sino solamente aquello necesario que no desdiga de la pobreza y siempre bajo la dependencia de su superiora.

No se quejen ni murmuren de sus superiores sino les conceden lo que piden para su uso, porque se exponen a que la superiora, para condescender con su debilidad y poca virtud, les conceda lo que en conciencia debía negarles y entonces dichas súbditas no pueden excusarse en la presencia de Dios que cuentan con permiso y pecan contra la virtud de la pobreza.

Repasen con frecuencia revista a sus celdas y demás cosas de su uso, y si encuentran algo superfluo o a que siente alguna afición, entréguenlo sin demora a la superiora y guárdense de ocultarle algo por cualquier razón o motivo de las cosas que le han sido concedidas para su simple uso.

Debiera la religiosa portarse de tal manera respecto al uso de las cosas aún necesarias, que su superiora, sin darle cuenta, pudiera quitárselas y disponer de ellas sin que la súbdita se turbara o molestara por eso.

¿Tiene el pobre derecho a quejarse porque su bienhechor le despojó de un traje que caritativamente le había prestado? ¿Se quejó o resistió Jesús cuando injustamente le despojaron los soldados de sus vestidos y los repartieron entre sí?

No se apropien nada, y tengan en cuenta que cuanto más chica y de menos valor es la cosa a que nos aficionamos más indignas y mezquinas nos mostramos.

Con cosas pequeñas nos vamos atando y el demonio se da por

contento con vernos entretenidas con esas niñerías, porque más daño le hace un alma generosa que camina con pasos agigantados a la santidad libre de todo impedimento, que mil almas de una virtud común que se contenta con evitar lo que es pecado.

La Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios debe vivir desligada de todo lo terreno sin prenderse a su patria o familia, a un convento, celda u oficina, a un hábito, un libro, un velo, etc., mas portarse como peregrina y extranjera en este mundo donde no tenemos patria fija, ni posesión segura y estable.

Las Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios deben procurar que en todo resplandezca en ellas la santa pobreza; el comer, vestir y dormir será como cosa de pobre y cada una se persuada que lo peor de casa ha de ser para ella.

Decía nuestro seráfico padre san Francisco que el desear cosas curiosas y no necesarias era señal de espíritu muerto, porque el espíritu tibio y resfriado del calor de la gracia ¿con qué -dice- se ha de cubrir y entretener sino con estas cosilla? Como no halla consuelo en las cosas espirituales, búscalos en estos entretenimientos exteriores.

Para merecer las divinas promesas que Jesús, maestro divino, hace a los pobres de espíritu, no tener nada, ni desear nada, cuanto más de veras deseemos imitar el modelo, Jesús pobre, menos cosas debes apetecer, ni hallar en ti, alma víctima, que merecistes oír el llamamiento y promesa de Jesús.

Artículo 2

DESPRENDIMIENTO DE LOS PARIENTES

He venido a separar al hijo de su padre y a la hija de su madre... (Mt 10,35)

La herencia del verdadero pobre de espíritu está en el cielo, donde Dios es nuestro Padre, María nuestra madre y los bienaventurados nuestros hermanos y familiares.

Si el apego a los parientes no acarree grave daño no nos hubiera amonestado con tanto ahínco Jesucristo a desasirnos de ellos. Nos dice terminantemente que quien no le antepone a sus padres no merece ser su discípulo.

En otro lugar dice: A nadie llaméis padre en la tierra; uno solo es vuestro Padre que está en los cielos (Mt 23,9).

En este mundo la patria de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía es la santa Iglesia romana; su pueblo natal la Congregación, donde ha renacido a una vida más perfecta por la vocación religiosa; sus padres, sus superiores; sus hermanas las religiosas miembros de esta familia eucarística, y todas las almas redimidas con la preciosísima Sangre de Jesús, que debemos amar más que mediando la carne y la sangre.

Una grande obra de misericordia es enterrar a los muertos y, sin embargo, cuando aquel joven del evangelio pidió al Señor le dejara ir antes [a] enterrar a su padre, sabida es la contestación del divino Maestro: Dejad a los muertos que entierren a sus muertos (Mt 8,22).

Es muy difícil, a no mediar una virtud muy sólida y arraigada, que cuando se trata de remediar a los parientes nos mueva un amor sobrenatural, como nos recomienda el Salvador.

No puede ser feliz, ni santificarse una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que tiene repartido su corazón entre Dios y su

familia.

Era muy conveniente, para su mejor formación, que, por lo menos los primeros 20 años, las religiosas vivan lejos de su tierra natal y familia, para evitar distracciones y abusos, a no ser que el consejo lo vea muy conveniente y después que la religiosa haya dado pruebas de sólida y arraigada virtud.

Cuando la santa obediencia las llame de un convento a otro, con espíritu libre y magnánimo no se entretengan a dar cuenta de ello a sus familiares y mucho menos en despedidas que nada aprovecharán al espíritu.

Las superiores pueden disponer de una religiosa, tanto de votos temporales como perpetuos, sin dar ninguna razón a sus familias; la Congregación tiene absoluto derecho sobre las religiosas desde el momento de su consagración a Dios por la profesión.

Desde el instante que pronuncian sus votos, y según frase del apóstol, dan muerte al hombre viejo, las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía, víctimas de Jesús Sacramentado, empiezan a vivir una nueva vida y hacen parte de los miembros de una nueva familia según el espíritu del Instituto.

Imaginémonos que hemos nacido en medio de esta familia eucarística, donde Jesús por solo su amor y misericordia nos ha traído, y hagamos desentendidas de cuanto pasa fuera de la Congregación, como de cosas extrañas y desconocidas.

Amen [a] todas las almas y encomiéndelas al Señor para que todos se sometan a su santa ley y triunfe nuestra santa madre Iglesia en todos los pueblos y naciones, pero con amor espiritual sin mezcla de carne y sangre.

Dentro del vastísimo campo de nuestra santa madre Iglesia amen con particularidad el Instituto a que el Señor nos ha llamado, porque aunque todos son buenos y excelentísimos el mejor para nosotras es el de las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios.

Este aprecio, amor y estima a nuestro Instituto debe ser muy recomendado a nuestras religiosas porque amándolo se cumplen con

fidelidad los deberes que él impone y se aleja la peligrosa tentación de disgusto o arrepentimiento.

En él debemos encontrar nuestro lleno y buscar todo el cariño y afecto de la familia.

Procuren, para eso, conservarse íntimamente unidas con sus superiores y entre sí, sin distinción de caracteres, nacionalidad o condición; somos hermanas, tenemos un mismo fin, profesamos una misma Regla y Constituciones, vestimos un mismo hábito, debemos ser todas un solo corazón y una sola alma.

Así se conservará el Instituto en unión y caridad sin que echemos de menos a nuestra familia de la que está expresamente prohibido aún hablar entre sí. No refieran nada sobre su nacimiento, nobleza o condición de sus familias, origen siempre de turbaciones e intranquilidades.

Es igualmente conveniente que no vivan en la misma casa dos hermanas o parientas. Pueden verse cuando convenga, bien sea por traslados, en el capítulo, cuando se reúnan a hacer ejercicios espirituales, etc., pero nunca habitualmente.

Dice san Basilio que nos importa mucho huir el trato y comunicación con los parientes, porque al fin lo que ojos no ven corazón no quiebra, y añade el mismo santo: Gardáos de dejar vuestro puesto y vuestro sosiego y recogimiento por vuestros parientes, porque no dejéis con eso el espíritu y las buenas costumbres que es cosa que suele acontecer.

Dice también san Bernardo: ¿Cómo te hallaré, oh buen Jesús, entre mis parientes, pues entre los tuyos no se pudo hallar tu Santísima Madre?

No se halla nunca a Jesús entre los parientes.

Artículo 3

OBEDIENCIA

El reino de los cielos padece violencia y solo los esforzados la arrebatarán (Mt 11,12)³

Y porque la perfección de la pobreza de espíritu exige el desprendimiento de nuestra propia voluntad, las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía debemos esmerarnos en llegar a la perfección de la virtud de la obediencia, pues por ella damos a Dios lo mejor que tenemos y más apreciamos, que es nuestro libre albedrío.

Tengamos siempre presente el ejemplo de nuestro divino Maestro, obediente hasta la muerte. La obediencia es la que nos une más con el fin de nuestro Instituto, ella es la que nos dice y manda que nos ejercitemos en las cosas que se ordenan para conseguir su fin.

De nada le servirá a una religiosa hacer mucha oración y penitencia y ejercitarse en todas las demás virtudes, sino renuncia su propia voluntad y sigue la voluntad de Dios manifestada claramente sin temor de engaño por sus legítimas superiores.

La perfecta obediencia es el camino más breve y más seguro para conseguir la perfección.

Si cada una no procura con ahínco conservar el espíritu de obediencia, sumisión y perfecta unión con sus superiores, no podrá conservarse ni durar mucho tiempo en el Instituto, pues según el mismo Evangelio, todo reino dividido será destruido (Mt 12,25).

No miren la persona de la superiora, sino a Dios a quien representa, y obedezcan con sencillez y docilidad, teniendo un mismo querer y no querer con ella. No juzguen sus mandatos, aunque le

³ La madre Trinidad tacha: *Obedeced con simplicidad de corazón como obedeceriais a Cristo (Ef 6,5)*, y escribe: *El reino de los cielos padece violencia y solo los esforzados la arrebatarán (Mt 11,12)*.

parezcan desatinados y mucho menos guárdense de murmurar de sus disposiciones, pues el Señor suele castigar estas faltas muy severamente aún en esta vida.

El perfecto obediente no espera la orden, mas procura adivinar el deseo de su superiora para ponerlo inmediatamente por obra sin dilaciones ni tardanzas, con alegría y docilidad.

Las súbditas que están siempre dispuestas y contentas con todo lo que manda la superiora, ya sea agradable o desagradable, fácil o dificultoso, honroso o humillante, hacen a Dios el más grato y sublime sacrificio que puede ofrecerle el hombre sobre la tierra y forman aquí las delicias del Señor.

¡Con qué complacencia y amor mirará Jesús a una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que en nada obra según sus gustos y caprichos! Nosotras, almas adoradoras y víctimas, aprendamos de Jesús Eucaristía los ejemplos de obediencia que allí nos da.

Baja desde el cielo a las palabras de la consagración con la misma prontitud a un sacerdote santo o a un tibio e indiferente. Si le exponen en un trono magníficamente adornado no resiste y si le encierran en un sagrario no se queja ni respira. Le llevan y le traen, le sacan y le encierra, se deja recibir de un corazón en pecado mortal, le consumen y le privan de las delicias de vivir en un sagrario más, etc., etc. ¿Qué dice Jesús? ¿Qué hace?

No se queja, no murmura, no da señales de vida, parece un cuerpo muerto o un ser inanimado.

¡Que otro modelo quiere una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía para practicar perfectamente la obediencia que exige su dulcísimo Esposo desde el sagrario, siendo ella la víctima de adoración que él nos pide!

Sean muy puntuales a todos los actos de comunidad, haciéndose cargo que el sonido de la campana es la voz de Dios que las llama. A no estar impedidas por legítima causa, acudan con presteza, dejando la letra comenzada, pues estas primicias las aprecia el Señor como los capullos de la flor.

Con la misma indiferencia deben dejar una ocupación por otra, si lo ordena o dispone su superiora, convencidas que no han venido a la religión a hacer esto o lo otro, sino a servir al Señor según su voluntad santísima.

Nos dice la santa Madre en su testamento: Las hermanas que son súbditas acuérdense que por amor de Dios negarán sus propias voluntades y así quiero que obedezcan a su madre como libre y voluntariamente prometieron al Señor (Testamento de santa Clara, 10).

Nuestra Congregación debe distinguirse por un espíritu de total renuncia de su propia voluntad y juicio y por la unión y caridad de unas con otras.

Esta es la verdadera adoración en espíritu y en verdad que nos pide Dios, la que más le agrada y le honra, la renuncia de nuestra propia voluntad y juicio en que le reconocemos como a nuestro dueño real y absoluto.

Nuestro divino Salvador se desapropió de su propia voluntad de tal manera que dijo que vino a hacer su voluntad y que no quería hacer nada sino lo que viese hacer a su Eterno Padre, con tal perfección y desnudez de espíritu, que tomó por precepto y mandamiento el morir por los hombres al ver que aquella era la voluntad y complacencia de su Eterno Padre.

La verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe dejar con presteza todo lo que tenga entre manos a la menor insinuación de su superiora como quien tiene más en cuenta la obediencia que todo lo demás.

Y para que esta obediencia les sea más suave y no carga pesada e insoportable, amen a su superiora como a una madre, mirando en ella a Dios a quien representa, un Dios suavísimo y amabilísimo, cuyo yugo es suave, para que obedezcan con amor y alegría, sin los cuales no hay perfecta obediencia.

Respeten y veneren sus superioras como representantes de Dios y si alguna se rebela contra sus órdenes y les falta al respeto con desedificación de las demás, sea severamente reprendida y castigada

para evitar relajación en un punto tan delicado de nuestras Constituciones.

Guárdense de mostrar enfado o tristeza por lo que se ordena, de manera que dé motivo a que la superiora deje de mandar.

Si les repugna y es contra su naturaleza, no es falta sentirlo, al contrario, si lo disimulan interior y exteriormente puede ser causa de un vencimiento grande y de un acto de virtud heroica.

Aunque la obediencia sea dificultosa, si una alma tiene fe ¡qué paz! ¡qué satisfacción! ¡qué consuelo poder decir al Señor!: Señor yo no vine aquí por mi gusto, no hago en esto mi voluntad propia, tú me trajiste aquí, tú me lo has mandado. De tu cuenta corre, ayudarme, defenderme y cumplir en mí tu palabra de hacer cantar victoria al obediente.

Un santo padre de la Iglesia dice: La obediencia es una excusa delante de Dios, navegación segura y camino que durmiendo se pasa. Así como el que va en un navío sentado y durmiendo va caminando y no tiene que tener cuidado de su camino, porque el piloto lo tiene; así el religioso que vive bajo la obediencia sin trabajo ni cuidado, va caminando al cielo y a la perfección, porque velan por él sus superiores. No es poco, sino mucho, pasar el golfo de este mundo en brazos y hombros ajenos, pues esa es la merced que hace Dios al alma religiosa que vive bajo la obediencia, que toda la carga la echa a cuestras del superior y ella va descansada y descuida de si sería mejor esto o lo otro.

Artículo 4

LA VIDA COMÚN

No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra (Mt 6,19)

Una Comunidad de Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía, llamadas a imitar la vida de Jesús y de su santísima Madre, debe ser una casita de Nazaret o un Cenáculo donde los Apóstoles dejando sus casas y todo lo que poseían por seguir al divino Maestro participaban comúnmente de las limosnas y producto de sus trabajos.

Siempre seguían a su divino Maestro y con él participaban de los convites y de la necesidad, hasta llegar a coger unas pocas espigas para socorrerse.

Si hospedaban a su divino Maestro allí se recogían y si pasaba las noches en el desierto allí estaban con él, teniendo sus casas y pudiendo cada uno socorrerse por medio de sus familias.

Después de la Ascensión se recogieron al Cenáculo con la divina Madre y allí formaban con ella un solo corazón y una sola alma, en una unión completa de voluntades y sentimientos.

Es cierto que esto se hace muy difícil a nuestro amor propio, que es el enemigo capital de la vida común como el mismo nombre indica.

La vida común es un excelente medio de conservar la caridad fraterna por la que debe distinguirse una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía.

Un santo padre de la Iglesia dice: Donde hay mío y tuyo luego hay pleitos y ocasiones de contiendas y discordias. Así vemos que en la primitiva Iglesia había grande unión y concordia entre los fieles, porque tenían un solo corazón y una sola alma, porque no había entre ellos mío ni tuyo sino que todas las cosas eran comunes.

Por lo tanto ya que la renuncia de todo lo bueno es un medio altísimo para alcanzar la perfección, fomentar el vivo amor de Dios y mantener la caridad, de tal suerte que disfrutando en la tierra la paz de los bienaventurados, merezcamos más fácilmente el reino de los cielos que ordena: que según lo establecido por nuestra santa madre Iglesias, en todas nuestras comunidades, todas las hermanas, tanto superiores como súbditas, observen santa y perfectamente la vida común.

La perfecta observancia de la pobreza evangélica, ese vivir *sin propio* que manda las Reglas y nuestras sagradas Constituciones y prometimos en la fórmula de nuestros votos, sería un imposible en esta vida mortal, sujeta a tantas necesidades, sin una perfecta y acabada vida común, que consiste en que todas las religiosas tengan el mismo régimen en la comida, vestido, habitación, muebles, etc., todas conformes y sujetas a una mesa común, sin la menor dispensa o privilegio en favor de nadie a no ser que una enfermedad u otra cosa razonable lo exija.

Esta vida común es la personificación del espíritu de pobreza, por eso las superiores estén firmemente obligadas a mantenerla con solicitud y todas las religiosas a observarla con puntualidad, huyendo toda singularidad sin una necesidad manifiesta, participando en común bajo la dependencia de su superiora de todos los trabajos y regalos de cada religiosa en particular.

En el hábito guarden completa uniformidad, para lo cual se ordena que en cada casa haya una habitación espaciosa y bien ventilada para ropería con cajones acomodados para guardar la ropa de todas las Religiosas.

Esta oficina debe estar cerrada a llave y cuidar de ella una religiosa de las mayores, de buen espíritu y amante de la santa pobreza.

Esta religiosa, que debe ser nombrada por el consejo para cada casa, llevará la dirección de dicha oficina, teniendo a su cargo dos o tres religiosas jóvenes que turnarán por semanas en el lavado, planchado y demás cuidado de la ropa, para que las religiosas se puedan entregar libremente al cumplimiento de sus oficios.

Ella dará cuenta a la superiora de las necesidades de cada religiosa y dirigirá el corte de hábitos, tocas, esclavinas y cuanto hayan de ponerse las religiosas para perfecta uniformidad, sometiéndose fielmente a los detalles y pormenores del hábito común.

A ninguna religiosa sea permitido cortar o hacerse alguna prenda nueva bajo ningún motivo, más que a la ropera nombrada y a las ayudantas bajo su dirección.

Procuren guardar igualmente completa uniformidad en el dormitorio, ropa de la cama, utensilios de las celdas, etc.

Ninguna se queje si no le agrada o no le gusta lo establecido, lo mismo que el corte y la costura, y si alguna se atreve a hacerlo, sea amonestada y corregida como la superiora vea conveniente.

Sólo a la ropera con la superiora compete renovar o cambiar alguna prenda de las religiosas que vean necesario.

Lo mismo en la sacristía, refectorio y cocina, las oficiales mayores o encargadas deben cuidar de sus respectivas ropas en la misma forma que la directora de la ropería.

Y porque la pobreza voluntaria nada posee, y en todas las cosas es rica y feliz, nada teme, nada desea y nada puede perder por haber puesto su tesoro en lugar segurísimo. Para quitar de hecho y verdad toda ocasión de propiedad se ordena: que ninguna religiosa tenga llave de celda, caja u otra cosa, excepto la superiora y las oficiales que guardan las cosas de comunidad con especial licencia de la superiora.

Sea severamente castigada la religiosa que no quiera sujetarse a la perfecta vida común, pretendiendo tener derecho a las limosnas de parientes o bienhechores, a las que ya renunció por el voto de pobreza.

CAPÍTULO II

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA

Artículo 1

HUMILDAD

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas (Mt 11,29)

La vida de nuestro divino Esposo desde el pesebre hasta nuestros días en el Santísimo Sacramento, es un dechado de perfecta humildad y mansedumbre que no ha cesado de predicarnos con la palabra y el ejemplo.

El ejemplo de Jesús debe movernos más que la esperanza en sus divinas promesas.

¡Qué alma amante no se sentirá movida a humillarse, al ver a Jesús, Hijo de Dios reclinado en un pesebre, envuelto en pobres pañales, desconocido y desechado de los hombres!

La Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía contemple frecuentemente a Jesús, su divino Esposo, toda dulzura y amabilidad en la casita de Nazaret sujeto a José y a María y empleado en un vil oficio de carpintero.

Entre allí con fe y humildad y mírelo todo con los ojos del alma. ¿Qué ve?... Jesús, Sabiduría infinita, dejarse enseñar de un pobre y

humilde oficial en una carpintería, que le dice con amor cuando a su orgullo le duele que la enseñen y corrijan: ¿sabes tú más que yo?...

Quizás reciba una instrucción de otra hermana con menos talento y aptitudes, pero si mira a Jesús, ¿sabía él menos que san José y la Virgen Santísima?

Nos duele porque nos anteponen una más joven, quizás recién profesa, llevando nosotras muchos años de religión, una de menos talento y capacidad, deseamos cargos, dignidades, etc. Entremos entonces en aquella santa casita, morada de paz y felicidad. ¿Quién gobierna y manda allí? ¿Quién obedece?

Según el dictamen humano, Jesús, siendo Dios Eterno, Sapientísimo, Poderosísimo, debía ser la cabeza, pero son muy distintos los juicios de Dios de los nuestros.

Allí el primero es el último. Y Jesús no se queja, no murmura, ni lo califica de injusticia.

Es esa la voluntad de su Padre celestial, hace falta para nuestro ejemplo y Jesús como un mansísimo Cordero, todo dulzura, humildad y afabilidad vive allí a las órdenes de José y María.

¡Y nuestra dulcísima Madre, Santísima, Sapientísima, con qué humildad y rendimiento se sometía a san José!

No le hirió ni se disgustó, porque el ángel avisó a san José huyeran a Egipto, sin darle a ella razones y con entero rendimiento de juicio que es hijo de una perfecta humildad, deja su descanso, su casa, su patria y se pone en camino.

Allí no hay ambiciones, rencillas ni puntillas de honor, ninguno desea ser, todos están contentos en el puesto que el Padre celestial les ha destinado en perfecta armonía; allí reina la paz, la unión, la caridad...

No nos creamos nunca con capacidad o derecho de algo. ¿Tenía Jesús derecho a morir en una cruz? ¿Era eso lo que Jesús merecía?

Pero una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe particularmente meditar el ejemplo de Jesús en el Sacramento de amor, que perfectamente adoramos y es el modelo que nos debemos proponer imitar.

¡Qué humildad y pequeñez la de Jesús, escondido, oculto bajo las apariencias de un poco de pan en un estrecho sagrario, sin aparatos ni esplendores, con una humilde y sencilla lámpara por compañera!

La verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, fiel a su promesa de adoración, si se acerca con fe a Jesús en el Sacramento de su amor, él le hará sentir y comprender esa vida de humildad práctica que nos manda aprender de su divino Corazón.

¿Qué somos nosotros si no la nada y el pecado? ¿Por qué entonces nos ensoberbecemos y creemos algo? ¿Qué merecemos más que el infierno si no contamos con los méritos de Jesús? ¿Entonces por qué pretendemos puestos elevados, dignidades etc.?

Si merecemos el infierno y estamos compenetradas de ello, nos parecerá una delicia el último lugar de la casa del Señor que no se puede comparar a ninguna dignidad mundana.

¿Qué mayor dignidad podemos aspirar que la de ser esposas del Rey del cielo, adoradoras y reparadoras de Jesús Sacramentado, de recibirle diariamente en nuestros corazones y comunicar con él íntimamente?

Según común opinión de los santos, la humildad es la base y fundamento de las virtudes.

Para ensalzarla y recomendarla a los hombres descendió del cielo el Hijo de Dios, anonadándose a si mismo y tomando la forma de siervo.

Decía san Agustín refiriéndose a los ejemplos de Jesús: Si esta medicina no ataja nuestra soberbia, ignoro qué medio puede haber más eficaz para curarla. Y añade: Cuando tú te humillas el Señor descende hasta unirse contigo; si te ensoberbeces huye de ti.

Si quieres ser santo sé humilde; si quieres ser muy santo sé muy humilde.

Dios se complace en las almas humildes y en ellas obra sus maravillas. Ya lo dijo la divina Madre: Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava... ha hecho en mi cosas grandes el que es poderoso (Lc 1,48-49).

La humildad por grande que sea no puede causar temor de menoscabo alguno, mas por el contrario, mucho da que recelar la más ligera altivez de ánimo porque puede precipitarnos en un abismo de males.

Las Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, víctimas de Jesús Sacramentado, no debe permitirse más ambición que la de ser empleada en los más viles oficios del convento y ofrecerse espontáneamente a su superiora para ser empleada en las faenas más pesadas y repugnantes a la naturaleza.

Recibamos con humildad y alegría la corrección o amonestación que caritativamente nos hace nuestra superiora, pues dice el Espíritu Santo: el aborrecer la corrección es indicio manifiesto de hombre pecador.

Recibámosla con humildad interior y exterior y aunque alguna se juzgue inocente no se disculpe y pida humildemente perdón. Más inocente era Jesús y aunque hubiera podido con sus palabras librarse de la muerte, ¿qué dijo? Muy sencillamente nos lo declara el santo Evangelio: Jesús callaba.

La religiosa imperfecta no ama, sino antes aborrece a quien la avisa de sus defectos y le dice la verdad.

Algunas suelen decir claramente cuando las andan corrigiendo y avisando, que las andan persiguiendo y tienen ojeriza de ellas y se desconfían. Tales religiosas no podrán progresar jamás en la virtud.

Dice san Gregorio: estamos tan llenos de soberbia y la tenemos tan arraigada que no podemos oír nuestras faltas ni recibir la reprehensión, porque nos parece que aquello es desestima nuestra y caso de menos valer; y como nos toca en lo vivo que es nuestra honra, luego saltamos y en lugar de agradecerlo lo tomamos por agravio, por injuria y por persecución.

Artículo 2

LA MANSEDUMBRE Y MODESTIA

Eis aquí el Cordero de Dios (Jn 1,29)

Las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios que adoramos perpetuamente al dulcísimo Jesús en el Sacramento de su amor, el mansísimo y divino Cordero que con su dulzura y encantos atrae y cultiva las almas, debemos resplandecer por una dulce modestia que nos hace amadas de Dios y sirve de mucha edificación al prójimo.

Tengamos presente las palabras de nuestras sagradas Constituciones: Procuren que todo su porte sea humildad y modestia. Eviten mover los ojos y la cabeza ligeramente y sin necesidad. Que su modo de hablar sea dulce y modesto (Art. 230 y 233).

Debemos guardarnos mucho de palabras picantes, que son muy perjudiciales a la dulzura y benignidad. Algunas suelen decir las por gracia, pero si a cualquier gracia en boca de la religiosa la llama san Bernardo blasfemia y sacrilegio, ¿a las que son contra la caridad, cómo las llamará?

Estas gracias son muy indignas de las religiosas y deben estar muy lejos de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía.

Nuestra boca, que todos los días es posada del dulce y amabilísimo Jesús, debiera al abrirse no destilar más que perlas preciosas, palabras dulces y divinas, encendidas en amor divino y bien de las almas. Dice el Señor que las palabras dulces y afectuosas son panal de miel y dulzura del alma.

Guárdense de hablar de apodos o referir coplas que toquen a falta o descuido de alguna. Dice muy bien san Bernardo: Si de las palabras viciosas tenemos que dar cuenta a Dios, ¿qué será de las que tocan a nuestros hermanos?, ¿qué será de las perniciosas?

Debemos guardarnos también de porfiar y contradecir. Al siervo de Dios no le conviene porfiar sino ser manso y dulce con todos, dice el Apóstol. La que porfia, fuera de la desedificación que en eso da causa, pierde la paz y se siguen de ahí muchos inconvenientes.

A imitación de nuestro divino Maestro, seamos más dulces y afables con las más débiles e imperfectas, haciéndonos todas a todas por ganarlas todas a Cristo.

Algunas veces una palabra dulce y afable dicha con oportunidad y espíritu de caridad, puede ser causa de llamar al interior a una hermana, quizá poco edificante, y moverla a cambiar de vida.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía modesta en su porte, afable en su trato, servicial con todas, es un estímulo para sus hermanas y puede hacerles más provecho que los sermones más elocuentes.

Cuando nos ejercitemos en algún servicio de caridad debemos hacerlo con buen modo, con blandura y suavidad en nuestras palabras, para que las demás entiendan que hacemos aquello con caridad y les sea grato nuestro servicio. Esta es la sal que dice san Pablo que ha de hacer gustoso y sabroso cuanto hacemos.

No demos nunca respuestas sacudidas y ásperas a nuestras hermanas, aunque estemos muy ocupadas y tengamos mucho que hacer.

Por el contrario, si nos pide alguna algún favor que por muchas ocupaciones no podamos atender, sea nuestra respuesta tan buena, dulce y agradable que ella se vaya tan contenta como si la atendiésemos. Si no podemos por carecer de permiso, digámosle amablemente: ahora mismo voy a pedir permiso.

Si nos ofendemos de alguna, devolvámosle dulzura y cariño. ¿Qué mansedumbre la de Jesús cuando recibió aquella bofetada del criado del Pontífice: Si he hablado mal, dime en qué y si bien, ¿por qué me hieres? (Jn 18,23).

No hablen nunca a voces y desde lejos y como dicen nuestras sagradas Constituciones, art. 233, cuando ríen, háganlo modesta-

mente y no se dejen llevar de la naturaleza por una risa excesiva o desmesurada.

En el art. 233 dice: Absténganse de tocar unas a otras, ni por juego, ni por señal de amistad.

Todo nuestro porte y modales deben respirar modestia y mansedumbre.

Cierto que esto es difícil a nuestra naturaleza y exige un sacrificio heroico de mortificación.

Nuestro andar sea moderado, ni ligero ni demasiado largo, evitando todo ruido y particularmente el pisar fuerte que es propio de personas ordinarias y de poca educación.

En el convento y siempre que la necesidad no lo obliga, conservemos nuestros ojos modestamente bajos, evitando toda curiosidad de querer verlo y oírlo todo.

Cuando se sienten no se recuesten cómodamente en la silla, ni se apoyen en nada si están de pie a no ser que una enfermedad o edad avanzada lo exijan. No crucen los pies ni los tengan muy separados uno del otro, evitando todo movimiento ligero y poco modesto.

Pregúntese cada una así misma ¿qué posición tomaría en mi lugar la Virgen Santísima?

¿Con qué modestia, recogimiento y comportamiento cuidaría, se sentaría, sin reír nunca a carcajadas, ni levantar la voz?

Aunque en nada se hacía singular y aparentemente parecía una mujer como otras, sin embargo su modestia y su dulzura la denunciaban de tal manera que cambiaba los corazones y era la alegría y admiración de la gente de Nazaret.

Dice un piadoso autor: Cuando hay allá dentro virtud sólida y maciza, luego hay gravedad y peso en los ojos y en la lengua y mucha madurez en el andar y en todos nuestros movimientos.

La gravedad y peso interior pone peso y madurez en lo interior.

Esta es la modestia que debe tener una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, que nazca de la paz y verdadera humildad del alma, no modestia compuesta y fingida, que esa repugna y no dura,

sino una modestia nacida de un corazón compuesto, mortificado y humilde.

Sabéis, dice san Jerónimo, que un religioso con esta modestia y composición exterior, es una reprensión muy fuerte para el que anda con poca modestia y recogimiento. Todos son los que pueblan las casas de religión y los que las sustentan y conservan en virtud y santidad, porque con su ejemplo atraen y mueven a devoción a los demás y los despiertan a deseos del cielo.

CAPITULO III

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN, PORQUE ELLOS SERÁN CONSOLIDADOS

Artículo 1

LA MORTIFICACIÓN

El que quiere venir en pos de mi niéguese a si mismo tome su cruz y sígame (Lc 9,23)

El llorar que a los ojos del mundo es señal de miseria, a los ojos del Cristo lo es de bienaventuranza, prometiendo a los que lloran que serán consolados. ¡Oh dichas lágrimas que tantos consuelos nos proporciona aún es esta vida!

La Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía encuentra en el sagrario el consuelo de su alma a medida que se entrega a una vida de continua mortificación interior y exterior, procurando particularmente sujetar y mortificar sus pasiones.

Con esta mortificación deben suplir las antiguas austeridades, mitigadas por las nuevas Constituciones según las necesidades de los tiempos actuales.

Nuestra vida está destinada a ser un combate continuo. La vida del hombre sobre la tierra es una continua lucha. Nuestras pasiones son una planta malvada que por más que las cortemos retoñan otra vez.

Nuestro corazón viene a ser como un huerto donde de continuo nacen hierbas silvestres y nocivas; por tanto es menester tener siempre a la mano la hoz de la santa mortificación para cortarlas y arrojarlas de sí.

San Ignacio de Loyola hacía más caso de un acto de mortificación interior que de muchas horas de oración, y cuando oía alabar alguna persona porque hacía mucha oración decía: Es señal que será persona de mucha mortificación. Decía más: Que un alma mortificada más se une a Dios en un cuarto de hora de oración que una no mortificada en muchas horas.

Tanto la mortificación interior como exterior son necesarias para la perfección, con la diferencia que la exterior debemos ejercitarla con discreción y la interior con mucho fervor y ningún miramiento.

Las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía debemos, antes de todo, procurar mortificar nuestro amor propio y nuestras malas inclinaciones, que es la mejor penitencia para hacernos santas sin peligro de perder la salud o de ensoberbecernos, porque Dios solo es testigo de los actos interiores.

Al superar en su nacimiento un deseo, una afición, una curiosidad, etc., ¡qué bella mies recogemos de méritos y virtudes!

Uná alma que no sepa mortificar su curiosidad no adelantará nunca en la perfección.

¡Qué nos importa lo que va o lo que viene! ¿No venimos a santificarnos?

Atiende a ti mismo, escribió San Pablo a su amado amigo Timoteo. Así debemos decirnos a sí misma (1Tim 4,16).

El querer mezclarse en los asuntos de los otros, indicio es de un ánimo muy soberbio o por lo menos muy imprudente, cuando ni la caridad ni la necesidad lo requieren.

Es muy indigno de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía aquel prurito de curiosidad en querer saber todo lo que ocurre en el convento y fuera.

¿A qué ha venido a la religión, entonces, si no es atender a su santificación y salvación de las almas? Atendamos a servir a Dios, que es nuestro oficio, y lo demás, *quid ad te?*

A ti ¿qué te importa?... Tú sígueme y procura amarme, nos dice Jesús como a San Pedro corrigiendo su curiosidad (Jn 21,21).

Qué manera miserable de perder el tiempo y hacerse daño la de una religiosa que está siempre atenta para saber cuanto se pasa, y que quiere enterarse, no sólo de cuanto se dice, sino aún, si posible fuera, de cuanto se piensa en la comunidad, que se entromete en el gobierno y disposiciones de sus superiores.

Pero, *quid ad te?* ¿A mí qué me importa lo que dicen, lo que piensan y lo que hacen?

¿Hago yo lo que me mandan? ¿Sé cuanto debo para santificarme y cumplir perfectamente mis obligaciones de una verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía?

Entonces ¡*Atende tibi!* Atiende a ti misma, santificate y encontrarás a Dios y un manantial de paz y felicidad, incomprensibles a las religiosas curiosas y entrometidas en todo.

Decía san José de Calasanz: El día que pasamos sin mortificarnos es un día perdido.

Para darnos Jesús a entender cuán necesaria nos es la mortificación, como en todas las virtudes, fue adelante con el ejemplo.

Podía nuestro divino Salvador redimir al mundo rodeado de honores y delicias y prefirió redimirlo entre dolores y desprecios. Habiéndosele ofrecido el gozo renunció a él y se abrazó con la cruz para darnos ejemplo.

Aunque no fuera necesario para nuestra salvación y santificación propias mortificarnos, hemos de mirar a nuestro ejemplar que es Cristo crucificado y deberíamos avergonzarnos de no enmendar nuestro corazón con las espinas del suyo, de no coronarle con su cruz de no herirle con su lanza, de no abrazarle con el cauterio de su divino dolor y de su divino amor.

Sería ignominioso que una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía no entendiese la filosofía de la cruz. Y lo más lamentable

que por nuestra culpa el número de los justos fijados por el Señor en sus altos designios, fuese encontrado como el de Sodoma, falto de las precisas unidades para aplacar el justo enojo de Dios.

La mortificación es la custodia de todas las virtudes. El alma mortificada es grave, modesta, callada, caritativa, obediente, pura, humilde, etc., pues todos nuestros defectos dependen de no sabernos mortificar nuestros apetitos desordenados.

Lugar tenemos en el cielo para gozar y descansar, aquí trabajemos, mortifiquémonos y lloremos nuestros pecados y los del mundo entero.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía no debería nunca entregarse a unos inmoderados y vanos placeres, como los que no consideran la gravedad y seriedad de la vida que pasa velozmente y por ligereza y vana alegría no nos fijamos en ello, ni lo meditamos profundamente en nuestro corazón.

Pensemos en el cielo que nos espera y que esta vida es lugar de llanto y de penitencia.

No se cansen ni se desanimen si el cuerpo o el espíritu desfallecen; una eternidad tenemos para descansar.

Es propio de los siervos de Dio el sufrir y llorar. Vosotros, dijo el Señor, lloraréis y plañiréis mientras el mundo gozará... (Jn 16,20).

No se refiere en el santo Evangelio que Jesús haya reído nunca y sin embargo sabemos que lloró varias veces.

¡Qué ejemplo! ¡Jesús llorando!... El que es la alegría del cielo, la delicia de los ángeles y el gozo de los bienaventurados.

Las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía debemos conservarnos siempre modestas y recogidas, con una sonrisa dulce y afable en nuestros labios que demuestre la paz y tranquilidad de conciencia.

Nuestra carne es demasiado delicada y si damos al cuerpo cuanto nos pide alimentaremos nuestras pasiones y nunca le tendremos satisfecho. A medida que debilitemos nuestra carne, se fortalece a nuestro espíritu.

Mas porque en las penitencias exteriores puede introducirse fácilmente el amor propio y engaños del demonio, huyan cuanto posible la singularidad.

Si cumplimos fiel y exactamente nuestras sagradas Constituciones, buena materia tenemos de mortificación y penitencia.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que desde la primera señal de la campana que la llama a despertar, hasta que la sagrada obediencia la manda recogerse a descansar, es fiel a las más pequeñas prácticas y observancias, sin mirar salud ni comodidad, dispuesta a todo trabajo y servicial con todas, encontrará un vastísimo campo de mortificación.

No miren por su salud corporal con demasiada solicitud, no hemos venido a la religión a vivir muchos años sino a morir por Cristo.

¡Somos víctimas! Y como velas que a los pies de Jesús Sacramentado se van consumiendo hasta reducirse a nada, debemos consumirnos y gastarnos en el servicio y adoración de Jesús Sacramentado.

Feliz mil veces feliz la religiosa que se acortara la vida en la fiel observancia de su santa Regla y Constituciones, en el ara de la santa obediencia.

Algunas religiosas no acaban de alabar las ventajas de la obediencia, camino seguro y fácil para llegar a la santidad, pero cuando ella pide un sacrificio, un trabajo pesado, la privación del sueño etc., no tienen bastante mortificación y lo excusan de mil maneras.

La obediencia fácil y agradable es siempre una flor hermosa cuando se hace con espíritu, pero le falta el perfume del sacrificio y vencimiento que hacen las delicias de Jesús.

Tengamos en cuenta que poco o nada aprovecha una disciplina o unas horas de cilio, aunque contemos con la debida licencia, si cuando la santa obediencia pide un sacrificio, contrario a nuestros gustos e inclinaciones naturales, no sabemos vencernos ni mortificarnos.

Tengamos siempre muy presentes las palabras de nuestras sagradas Constituciones, art. 211: Deben revestirse del espíritu de penitencia para espiar sus propios pecados y unir sus reparaciones y sacrificios a los de nuestro dulcísimo y adorable Señor en el Santísimo Sacramento por ellas mismas y por todos los pecadores.

Deben además aceptar los ayunos y austeridades de la vida religiosa y el ejercicio de las virtudes interiores, estimarlas y practicarlas en la medida de sus fuerzas cuando lo permita la obediencia.

El tiempo de nuestra morada aquí en la tierra es cortísimo. Nuestra habitación está en la eternidad, que ofrecerá mayores gozes al que mayores mortificaciones haya pasado en esta vida.

Procuremos pues cada día hacernos nuevo caudal de mortificaciones, vedándonos, cuando menos, ciertas satisfacciones de nuestro amor propio y no desperdiciando ninguna ocasión que se nos ofrezca para podernos decir con el apóstol: Llevo en mis miembros la mortificación de Jesucristo (Gal 6,17).

Artículo 2

AYUNO Y ABSTINENCIA

El que ama su alma la perderá mas el que aborrece su alma la conserva para la vida eterna (Jn 12,25)

Quien no sabe mortificar el gusto no puede conservar la inocencia, puesto que Adán la perdió por dar satisfacción a la gula.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe tomar su alimento porque es la voluntad de Dios que por este medio conservemos la vida corporal a fin de emplearla en su servicio por todo el tiempo que nos tenga destinadas para habitar en este mundo.

El ayuno discreto y moderado predispone el alma a la contemplación de Dios y de los bienes eternos.

Los que atienden a mortificar el gusto progresan de continuo en la perfección del espíritu, pues por medio del ayuno el Señor robustece el alma para supeditar los vicios y practicar las virtudes.

Pero la mayor mortificación que debe practicar en la mesa una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía es seguir en todo la vida común.

Esquiven toda singularidad que es de ordinario origen de orgullo espiritual.

El que vive en comunidad dice san Bernardo, quizás halla más complacencia en hacer un ayuno a vista de los demás hermanos que están comiendo, que no en siete ayunos practicados en comunidad.

Nuestras sagradas Constituciones, en el art. 210, imponen el ayuno diciendo: Además de los días prescritos a todos los fieles que carecen de privilegio, ayunarán desde el 2 de noviembre hasta la fiesta de Navidad de nuestro Señor Jesucristo, los miércoles, viernes y sábados del año, la víspera del Corpus, del padre san Francisco y de la madre santa Clara.

Sin embargo, atendiendo a las circunstancias del tiempo, el ayuno del miércoles practicándose durante el año apenas el viernes y el sábado.

En los mencionados ayunos, las religiosas pueden atenerse cuanto a la calidad y cantidad de los alimentos, a las leyes de la Iglesia y a los especiales indultos concedidos por la Santa Sede para las regiones donde moran y legítimas costumbres de los mismos países.

Sin embargo hay que hacer notar que las religiosas que se dedican a la vida activa, están dispensadas de todo ayuno, lo mismo que las delicadas y jovencitas, si lo ve conveniente la superiora.

Para fomentar el espíritu de mortificación en la mesa, sírvase tan solo la comida adecuada y suficiente a nuestro pobre estado. No se dé nada especial, sino a las enfermas y débiles y piensen las religio-

sas que la necesidad se remedia con poco, pero nada es suficiente para dejar satisfecho el apetito.

No se quejen de la comida, acuérdense que para mantener este hermano asno, según esa expresión [de] nuestro padre san Francisco, cualquier cosa sirve, y a no mediar una enfermedad o estado de salud delicado, es muy impropio de una religiosa la delicadeza en los manjares.

Dice san Alfonso María Ligorio: La buena religiosa acepta sin poner condiciones ni prorrumpir en quejas cuanto para su sustento le fuera dado, admitiendo cuanto le presentan como limosna de Dios.

Artículo 3

OFICIO DIVINO, ORACIÓN Y DEMÁS ACTOS DE PIEDAD

«Vosotros al presente a la verdad padecéis tristeza, pero yo volveré a visitaros y vuestro corazón se bañará de gozo... Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea completo» (Jn 16,22 y 24)

Todo el gozo y consuelo de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía en esta vida debe estar en Dios y en él solo deben buscarlo ardientemente, pues solo Dios puede darnos felicidad completa.

¿Y cómo encontraremos a Dios, sino por una continua oración y unión con él? Pedid y recibiréis para que vuestro gozo sea completo, dice el Señor (Jn 16,24).

La principal oración a que una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía está obligada, en virtud de las normas de las nuevas Constituciones, cap. 17, es el Oficio divino.

Las religiosas Capuchinas Clarisas deben rezar el Oficio divino tanto de día como de noche según el horario establecido (Art. 191).

Se ordena que todas las hermanas no dispensadas por la superiora, en cuanto oigan el toque acudan al coro prontamente para preparar el corazón y la mente a fin de que el Oficio divino se recite de un modo agradable a su divina Majestad. El rezo se haga con devoción, atención, íntegramente y con perfecta unión de voces y de espíritu (Art. 192).

Sean muy amantes del Oficio divino que es el oficio de los ángeles en el cielo, alabar y glorificar a Dios y tengan en cuenta que cien oraciones privadas no igualan en valor a una sola hecha en el Oficio divino.

Cuando oigan el primer toque de la campana dejarlo todo y corran presurosas al coro, pensando que a imitación de los ángeles van a alabar a Dios y a pedirle gracias para su santa Iglesia, nuestra madre.

Procuremos rezar con atención y reverencia, porque la oración que se hace con atención y afecto es un humo oloroso muy agradable a Dios y que nos proporciona tesoros de gracias.

Sea nuestra oración siempre tan devota y fervorosa que merezcamos que nuestro ángel la escriba siempre con letras de oro. No nos hagamos dignas por nuestra negligencia y distracciones que el Señor se queje de nosotras como de su pueblo escogido: Este pueblo me honra con la boca pero su corazón está lejos de mí (Mt 15,8).

La religiosa de votos perpetuos que no pueda asistir al coro, debe rezar las horas en particular, pero no falten nunca sin una necesidad manifiesta y con permiso de la superiora.

La que en esto faltara sea severamente reprendida y castigada según la gravedad de la culpa.

El coro tengan los bancos formando dos coros, colocados de maneja que todas las religiosas miren al altar.

En los bancos de atrás se colocarán empezando desde el centro, a la derecha la superiora, a la izquierda la hebdomadaria; le siguen las religiosas de votos perpetuos por orden de mayoría, las religiosas de

votos temporales, y en los bancos de delante las novicias y postulantes.

Para que se conserven mientras el rezo, más devotas y recogidas evitarán toda ceremonia que retenga la atención. Las cantoras entonarán los salmos y los versículos desde su sitio y solo irán al facistol para decir las lecciones en maitines, fratres en completas y leer el martirologio en prima.

En las comunidades donde no hay vida activa, recen las horas según indique la cartilla; los maitines deben rezarse a media noche.

Mas en las comunidades donde haya menos de diez, récenlos por la tarde con manifiesto para ganar la indulgencia plenaria, o por la noche después de la cena, en las casas donde no hay vida activa y no sea posibles rezarlos a la hora indicada.

Y, como dicen las sagradas Constituciones, porque la oración es necesaria particularmente a quien hace vida contemplativa y viva de la adoración al Santísimo Sacramento, para unirse de corazón con Dios y para progresar en el camino de la perfección, muchas religiosas se dedicarán a la oración en todo tiempo y se esforzarán por tener siempre la mente elevada y fija en Dios.

Por lo cual se ordena que diariamente, además de la hora de adoración que cada religiosa particularmente debe hacer a Jesús Sacramentado, mañana y noche se tenga una hora de oración mental o meditación (Art. 195).

Sean muy amantes de la oración pues no será nunca buena religiosa la que no haga buena oración.

No piensen que sólo pueden orar en el coro o en el retiro, pues el trabajo hecho por Dios y bendecido por la santa obediencia es una sublime oración.

Pero ora el que ora solamente cuando esta arrodillado dice un piadoso autor.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe procurar tener siempre el alma íntimamente unida a Dios que es la mejor oración.

Para conseguir esto necesita mucha oración, mucho recogimiento y presencia de Dios en la que debe ejercitarse frecuentemente.

Esta es la adoración en espíritu y en verdad que prometimos al Señor, que debe llenar todos los momentos de nuestra existencia y no reducirse sólo a aquella hora pasada ante Jesús Sacramentado.

La adoración al Santísimo Sacramento es nuestra principal misión, la característica de nuestro Instituto y el fin peculiar de esta reforma.

Téngase en cuenta lo que sobre este particular ordenan muy detalladamente nuestras sagradas Constituciones en el capítulo II.

Cuando el número de casas y el personal lo permitan, procuren tener adoración perpetua con exposición mayor día y noche, alternando las noches por las diferentes casas en días no seguidos.

Así por ejemplo, una casa tenga las noches del 1, 8, 16, 25, etc., más o menos, para no cansar demasiado a las religiosas.

Las religiosas que se dedican a vida activa, aunque por sus ocupaciones están dispensadas de la adoración, procuren, sin embargo, hacer media hora cuando el tiempo se lo permita.

Procuren en esto ser muy fieles y fervorosas, pues a medida que se enamoren del espíritu de adoración serán más verdaderas Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía.

Nómbrensen dos o más religiosas que vigilen el turno de adoración, esclava y víctima, y estén obligadas a suplir las religiosas que por cualquier razón, contando con el debido permiso no la puedan hacer.

Era muy conveniente que en todas nuestras comunidades se guardase uniformidad en cuanto a los rezos y devociones comunes.

Y no nos engañe el demonio como a algunas almas que se creen llamadas a la contemplación y desprecian la oración vocal tan recomendadas por los santos y por la santa Iglesia.

Ojalá no nos moviera a decir esto el amor a nuestra comodidad y descanso de que el demonio se sirve para tentarnos de sueño y no hacemos una cosa ni otra.

Las dos maneras de oración son buenas y útiles y es menester saber unirlas para que no consista todo en palabras ni tampoco en comodidad y descanso.

Por la mañana, según el horario de cada comunidad, se hará una hora de oración empezando con las preces "veni Sancti Spiritu", el ángelus, la letanía de los santos y el ofrecimiento de obras.

Después de la meditación se rezarán las horas menores, todas en las casas donde hay vida activa o según indique la cartilla del rezo.

Y como nuestra Congregación está consagrada de una manera particular a la Virgen Santísima, nuestra dulcísima madre, procurar en todas nuestras comunidades rezar diariamente las tres partes del Rosario, incluyendo la corona seráfica que se suplirá los viernes por la corona de dolores.

La primera parte, o sea, la corona seráfica, se rezará por la mañana antes de misa; en el examen de mediodía la segunda, y la tercera por la tarde antes de ocultar.

Recen además, a la hora más conveniente, el Trisagio de la Santísima Trinidad, con tres gozos los días de semana y completo los domingos, la letanía de desagravio al Santísimo Sacramento y la oración por los sacerdotes.

Y porque la devoción a los Sagrados Corazones es prenda segura de eterna salvación y de nuestra santificación, hagan todos los meses como preparación a los primeros viernes y primeros sábados las novenas de confianza al Sagrado Corazón de Jesús y al Corazón Inmaculado de María.

Las vísperas se rezarán a las tres y en las comunidades de vida activa a la hora más conveniente.

Por la noche después de maitines hagan media hora de oración que terminará con la oración de despedida al Santísimo Sacramento: "Oh Padre amorosísimo".

Todos los días después del refectorio y antes del recreo irán todas al coro rezando al mediodía el "Miserere", como indica el breviario, y por la noche, después de dar gracias, el Magnificat y los domingos el Tedeum. Allí rezarán en comunidad la estación al San-

tísimo Sacramento siguiendo media hora de recreo, a excepción de algún día de festividad que pueden alargarlo a juicio de la superiora, pero no más de una hora como indican las sagradas Constituciones.

Al terminar vísperas recen la antífona del Buen Pastor y consagración al Sagrado Corazón y después de maitines, antes de la oración, la conmemoración de la Virgen santísima de los Dolores del padre san Francisco y de la madre santa Clara.

Y porque nuestra vida está consagrada a Jesús Eucaristía para que todas nuestras devociones se hagan en espíritu de adoración se rezará la conmemoración del Santísimo Sacramento "O sacrum convivium" con la oración "Deus qui nobis" al empezar todos los actos de comunidad.

En memoria de la Pasión del Señor se hará el Vía crucis en Cuaresma y Adviento todos los días y los viernes durante el año.

Y a fin de que la carne no se revele contra el espíritu, en memoria de la flagelación de nuestro Señor Jesucristo haga la disciplina los lunes, miércoles y viernes en Cuaresma y Adviento y los viernes durante el año.

Procuren, finalmente, hacerlo todo con espíritu de fe, fervor y confianza, acordándonos de lo que dice el Apóstol: Teniendo un Pontífice y un medianero tan grande como a Jesucristo Hijo de Dios, que penetró los cielos y está a la diestra de Dios Padre, y es igual con él, acudamos al trono de su gracia con grande confianza que alcanzaremos misericordia y favor en todas nuestras necesidades (cf. Heb 4,14-16).

CAPÍTULO IV

BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED DE JUSTICIA, PORQUE ELLOS SERÁN HARTOS

Artículo 1

OBSERVANCIA DE LA SAGRADAS REGLA Y SAGRADAS CONSTITUCIONES

Alégrate siervo bueno y fiel; porque has sido fiel en lo poco te pondré y levantaré sobre lo mucho (Mt. 25,23)

Por hambre y sed de justicia se entiende desear cumplir todas las cosas que son de justicia y obligación. Para una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía está muy claramente manifiesta en sus sagradas Constituciones, en cuya exacta y fiel observancia se estriba su perfección.

Si guardamos las reglas y disciplina religiosa eso nos guardará a nosotras y nos conservará en virtud y perfección.

No seamos negligentes y descuidadas diciendo que nuestras Constituciones no obligan a pecado.

Ciertamente las mismas Constituciones lo declaran: Las Constituciones no obligan a pecado, excepto en lo que es materia de votos o se refiere a los Mandamientos de Dios y de la santa madre Iglesia (Art. 429).

Antes empero advierte: Todas y cada una de las religiosas deben no solo guardar fiel e íntegramente los votos que han emitido, sino conformar su vida a la Regla y Constituciones y de este modo tender a la perfección (Art. 428).

Para evitar sólomente lo que obliga bajo pecado, no haber venido a la religión que con esos propósitos muy buenas cristianas seríamos en el mundo, sin abrazar una vida tan perfecta como exige nuestra vocación de víctimas adoradoras.

Al que ama, bástale saber la voluntad del amado; al buen hijo bástale conocer los deseos de su padre sin otros miedos ni temores. Y la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, que quebranta sus Constituciones porque no obligan a pecado, no es buena hija ni aún buena sierva del Señor.

¿Qué tal sería del siervo que no hiciere sino lo que su Señor le mandase, desenvainada la espada y so pena de muerte? Pues tal hacen las religiosas que quebrantan su Regla y Constituciones porque no obligan a pecado.

Eso es propio de esclavos que solo sirven por temor del azote y del castigo; y nosotras que le adoramos en el Sacramento de su amor, que vivimos con él bajo el mismo techo, que participamos de sus goces y consuelos, no somos ya siervas, sino amigas y esposas predilectas de su divino Corazón.

No desdigamos de la sublimidad y nobleza de nuestra vocación, que si no somos generosas con el Señor, tampoco él lo será con nosotras, pues: Por la misma medida que midiérades seréis medidos, dice el Señor (Mt 7,2).

Y si Jesús no es generoso con nosotras ¿qué haremos?, ¿qué diremos de nuestra cosecha si Jesús no derrama a raudales sus gracias sobre nuestras almas? Ay, ¡horror da pensarlo!...

Por eso, hay que temer mucho de aquellas religiosas negligentes y ligeras que descuidan sus obligaciones y los puntos de nuestras sagradas Constituciones porque no obligan a pecado.

Bastante tenemos con las innumerables faltas que diariamente cometemos por debilidad humana; no queramos añadir otras volun-

tarias que en este caso ya podrían llegar a pecado, pues, como nota santo Tomás de Aquino, aunque la regla de suyo no obligue a pecado, puede uno pecar cuando la quebranta por mezclarse allí alguna negligencia, pereza, desprecio o desestima de la Regla si otras cosas semejantes, como lo declaran de igual manera nuestras sagradas constituciones (Art. 429).

Y aunque no llegue sino a pecado venial, es este un mal tan grande que por no cometer uno deliberadamente deberíamos aceptar mil veces la muerte.

Además que por sí solo es una ofensa de Dios, y esto debería bastarnos para aborrecerle y detestarle con toda el alma, por el pecado venial va el alma poco a poco disponiéndose para caer en el mortal, porque el que desprecia las cosas pequeñas, tarde o temprano cae en las grandes, según sentencia del Espíritu Santo.

Dice san Buenaventura que faltar en las cosas pequeñas, tanto más nos condenan, cuanto más fácil fue evitarlas. La que no puede vencerse y cumplir las cosas pequeñas mucho menos lo podrá en las grandes. El que es fiel en lo poco, también lo será en lo mucho; y el que es infiel en lo poco, de igual manera lo será en lo mucho, dice el Señor (Lc 16,10).

Procuremos tener una delicadeza exquisita en la observancia de nuestras sagradas Constituciones.

Si el Oficio divino no obliga ya bajo pecado, la religiosa que sea fiel en rezarlo sin omitir un ápice, por amor de Jesús, por alabarle y darle gusto, ¿no le agradará mucho más que la que por estar obligada bajo pecado lo reza corriendo y sin devoción, por salir del paso y quitarse esa obligación que para ella es un peso?

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, que fuera de los casos en que la obediencia o la caridad lo exigen, huye de ver y ser vista, de tratar con los seglares, de evitar su entrada en la casa observando la clausura establecida por las sagradas Constituciones (Capítulo XV), solo por recrear a su divino Esposo y conservar su corazón y la comunidad de adoradoras, como huerto cerrado donde sólo Jesús penetre y encuentre sus delicias, para que se conserven

mejor los frutos y flores aromáticas de este hermoso jardín plantado en su Iglesia, solo porque le ama, porque quiere ser una esposa delicada y fiel, ¿no agrada más a Jesús esa alma que otra que por evitar un sacrilegio no saca la mitad del cuerpo fuera del recinto sujeto a la ley de la clausura y que vive sin embargo con el espíritu más en el mundo que en el convento? A las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía no nos ata la ley del temor, sino los lazos dulcísimos del amor a nuestro dulcísimo Esposo Sacramentado.

Seamos, pues, tan fieles y observantes de nuestras más pequeñas reglas que merezcamos en aquel día dichoso de nuestro tránsito a la Patria celestial, ver a Jesús que complacido y amoroso nos abre sus divinos brazos para estrecharnos en un abrazo de eterno amor y nos diga: Ven esposa mía fidelísima y recibe la corona, que pues has sido fiel en lo poco, yo te levantaré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Dueño y Señor (Mt 25,23).

Artículo 2

LA SAGRADAS COMUNIÓN

Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá más hambre, y el que cree en mí, no tendrá más sed (Jn 6,35)

Una verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, víctima de Jesús Sacramentado, no debe tener más hambre y deseo que recibir a Jesús diariamente como aconsejan nuestras sagradas Constituciones: Procuren todas las religiosas vivir con tal fuerza de mente y corazón que cuanto esté de su parte lleguen a hacerse dignas de recibir cada día la sagrada Comunión según los deseos de la Iglesia.

Mas para que la sagrada Comunión sea provechosa a sus almas y sea pan que las harte y alimente, deben comerle con hambre, con deseos vivísimos de unirse a su divino Esposo, aunque se hallen indignas, ya que ese es el deseo de Jesús y hasta tanto llegó su amor a nosotras.

Este pan, dice san Agustín, requiere hambre del hombre interior.

Si nos acercamos a esta divina mesa con hambre, ansiosas de unirnos a nuestro Dios, nos hará grande provecho, pues como dice nuestra sacratísima Madre y Reina: A los hambrientos colmó de bienes (Lc 1,53). Y el Señor los llama bienaventurados porque serán hartos (Mt 5,6).

Procuren prepararse debidamente y con fervor, pues solo las almas que a Jesús se llegan con fe serán curadas y llenas de gracias. Como en su vida pública, del cuerpo sacrosanto de Jesús sale una virtud que sana y santifica todas las almas que le reciben con fe y amor.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe sacar de la sagrada Comunión la fuerza y energía para luchar, trabajar y sufrir por Dios, así que después de su acción de gracias debe decirse asimismo lo que Jesús, acabando de comulgar dijo a sus discípulos: Levantaos, vámonos de aquí (Jn 14,31).

Sí, alma mía, vámonos de aquí, que esta vida no es para gozar de Dios, mas para padecer y trabajar por Dios. Para gozar nos queda una eternidad. Una vez alimentada, vámonos a luchar con energía y valor, vámonos a luchar y trabajar por la causa de Dios y salvación de las almas, siempre con Jesús y unidas a Jesús, que si Dios está con nosotras, ¿quién contra nosotras?

La vida de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, víctima de Jesús Sacramentado, debe ser una comunión continua, una unión perfecta con Jesús, unión de corazones, de voluntades, de espíritu, hasta conformar de tal manera su vida con la de Jesús, que pueda decir con el Apóstol: Vivo yo pero ya no yo, Cristo es el que vive en mí (Gal 2,20).

Artículo 3

CELO POR LA SALVACIÓN DE LAS ALMAS

Yo tengo para alimentarme un alimento que vosotros no sabéis (Jn 4,32)

Otra hambre que debe consumir una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía es la salvación de las almas.

¡Las almas! Las ama tanto Dios que no perdonó a su Unigénito Hijo y le entregó a la muerte por su salvación. Cada alma vale un precio infinito, cual es la sangre preciosísima de un Dios.

Este celo por la salvación de las almas en una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe ser tan ardiente y encendido que desee que todos amen, vivan y honren a Dios y pegar a todos el fuego de su divino amor, procurándolo en cuanto esté de su parte.

Podemos salvar almas orando, cosiendo, cavando en la huerta, cuidando animales, barriendo y guisando, cuidando enfermos, etc., y en todo lo que hagamos con espíritu de obediencia y amor de Dios.

En nuestro Instituto los trabajos más bajos y humildes son salvar almas, de manera que como miembros que somos de este cuerpo y de esta religión, haciendo cada una su oficio con humildad y sumisión, con espíritu de amor y solo por dar gusto a Jesús, seremos las salvaguardias del mundo, las conquistadoras de las almas y los apóstoles de nuestra santa madre Iglesia.

Así, cada una ha de estar muy contenta y satisfecha en su oficio, teniendo por grande merced del Señor ser miembro de esta santa religión cuyo fin es llevar las almas a Jesús eucaristía, y convertir almas es aquí tan fácil que lo mismo lo puede conseguir la cocinera, la enfermera, la sacristana, la superiora o las religiosas hablando con las niñas en las escuelas.

Estas, fácilmente deben abrasarse en celo por la salvación de las almas, trabajando sin desanimarse, no olvidando su santificación

que está antes de todo y no debemos descuidar por atender a los prójimos.

La vida contemplativa es muy cómoda si no hay un verdadero espíritu de sacrificio y mortificación.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, cuando la destinan a hablar con niñas, no resista, antes bien, procure entonces esparcir a su derredor ese fuego que debe consumirla y la anima en las horas de adoración, para que las almas se reanimen y emprendan una reforma de vida y costumbres en las familias de mañana, formando esas madres que han de ser los apóstoles de su hogar.

Y no teman exponer su alma por tener que dedicarse al apostolado, diciendo lo que algunas: no me quiero exponer a peligros, sino cuidar solamente de mi provecho y santificación y no es razón que por ganar a otros me exponga en peligro de perderme.

Teman esas hacerse dignas de la reprensión del Señor al siervo malo que enterró su talento por temer perderlo todo: Siervo malo y perezoso por tu boca te condeno (Mt 25,26).

Dice san Bernardo que mejor es y de más provecho y estima delante de Dios el procurar juntamente ayudar a otros, que tratar solamente de nuestro propio aprovechamiento y recogimiento.

Dice un piadoso autor: Aunque la vida contemplativa es más perfecta que la vida activa, si a esta vida contemplativa se le añade la vida activa de enseñar y ayudar a las almas, es mucho más perfecta que la vida contemplativa.

Sobre aquello del Apóstol: Deseaba ser anatema de Cristo por mis hermanos (Rom 9,3), dice san Crisóstomo: Era tan grande el celo que tenía por la salvación de las almas que deseaba algunos ratos apartarse de conversación y compañía de Cristo por atender al provecho del prójimo, y éste es el acto supremo de caridad.

No se crea ninguna que esto es pérdida, sino ganancia, y así es menester que nos persuadamos que por atender al provecho de las almas no perderemos nosotras nunca de nuestro propio aprovechamiento. El fuego por quemar y encender no pierde, sino antes gana y aumenta más.

No se desanimen si su trabajo no produce fruto, si no recogen más que indiferencia e ingratitud, que si hacemos lo que está de nuestra parte, el Señor no nos pide más.

En la escuela y compañía del divino Salvador prevaricó Judas y se condenó.

Las almas son libres, y aunque nuestro trato es con niñas inocentes, esa tierra que se deja amoldar, es muy fácil que más tarde sus pasiones, el mundo y el demonio ahoguen la buena semilla que recibieran con nosotras, se ahogue, aunque la primera impresión siempre queda grabada en sus almas y hay esperanzas de reconducirlas al buen camino.

En nuestros colegios no se admitirán más que niñas chicas y mientras las religiosas permanezcan con ellas no penetrará en el recinto destinado a su educación y enseñanzas, persona alguna seglar.

Las religiosas evitarán el ver y ser vistas y sea su principal interés formar sus almas en el santo temor y amor de Dios, inculcarles amor y sumisión a nuestra santa madre Iglesia y al Papa y que salgan bien instruidas en el catecismo, sin lo cual no pueden ser buenas cristianas.

Las sagradas Constituciones dicen en el art. 3: Como fin especial toman a su cargo las religiosas designadas por la superiora General, el oficio de enseñar la doctrina cristiana y social, mediante la formación de las niñas que debe darse gratis.

Por indicación del Ordinario diocesano y según la necesidad de las regiones pueden encargarse de catequesis, asilos y otras obras de misericordia ya espirituales ya temporales, aún en las misiones extranjerías.

Debemos tener mucho en cuenta que el fin de nuestro Instituto en la parte activa es la enseñanza gratis, educar y enseñar a las niñas pobres.

Sería impropio de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía tener miras humanas, atenciones o intereses materiales. Tengamos en cuenta que muchas veces y casi siempre las almas más

nobles e inocentes se encuentran bajo pobres y despreciables vestidos.

Cuántas almas nobles por cultivar, cuántos talentos por desarrollar, porque le falta al pobre medios materiales para educar a sus hijos.

La niña más noble, más santa y más hermosa, que no hubo ni habrá jamás en el mundo, era pobre y despreciable a los ojos materialistas de los grandes de la tierra.

¿Quién diría al ver aquella niña tan sencilla y tan humilde que era la llena de gracia y bendita entre todas las niñas aún las más ricas y nobles del mundo?

¿Y quién nos dice a nosotras que esa niña pobre e ignorante, que una madre aún más pobre nos trae para que la eduquemos y formemos, no será el día de mañana una santa, la gloria de Dios y de nuestra santa madre la Iglesia?

No consta en las historias que la Virgen Santísima haya aparecido nunca a niños ricos y nobles, sino siempre a sencillos y humildes pastorcitos ignorantes en la ciencia humana y Divina. Ahí tenemos una santa Bernardita, los pastorcitos de Fátima, de la Salette, etc.

Si la clase pobre hasta ahora no ha dado satisfacción y hay de los pobres santa queja, la culpa es nuestra, porque ¿qué puede dar de sí un terreno aunque muy fértil si no es labrado y cultivado?

¡Qué hermosa es nuestra misión!, ¡qué bella y sublime!, que adorando a Jesús Sacramentado y sin salir de nuestro convento, podamos formar hogares cristianos, seamos cooperadoras quizás en la formación de santos Sacerdotes y Misioneros.

Viene a nosotras una niña que a no tener educación hubiera sido una infeliz y hubiera hecho infelices a muchas almas y porque una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, alma abnegada, ferviente y eucarística, ha sabido cultivar sus buenas cualidades, inculcarle amor a Dios y sumisión y amor a nuestra santa madre Iglesia, sale esa niña una joven piadosa y ejemplar, forma un hogar cristianísimo, educa piadosamente a sus hijos y merece que Jesús escoja en su jardín uno o más sacerdotes o misioneros. Ahora bien ese

sacerdote y misionero que no contando con la buena educación de su madre hubieran sido hombres depravados y perversos, ¿a quién deben su vocación? y aquellas innumerables almas que por su medio se convierten, ¿a quién deben su salvación?... ¿a quién? Oh, a una humilde Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, que quizá no viva ya en este mundo y por Dios y por las almas supo negar su gusto e inclinación natural de vivir encerrada atendiendo solo a su santificación.

La vida contemplativa es muy cómoda y tranquila y cuántas veces el amor propio disfrazado en celo de mayor perfección y seguridad nos engaña miserablemente.

Dice san Gregorio que no hay sacrificio que tanto agrade a Dios como el de trabajar por la salvación de las almas.

Artículo 2

DE LAS OBRAS DE MISERICORDIA

En verdad os digo que cuanto hicisteis con el más pequeño de los míos, conmigo lo hicisteis (Mt 25,40)

De todas las obras de misericordia, las espirituales son más excelentes y meritorias por exigimos más sacrificio y renuncia de nosotros mismos. Ellas son como el complemento de la perfección de la caridad. Puede un alma muy perfecta y aún en pecado ejercitar las obras de misericordia temporales, pero no así las espirituales.

Aunque todas deben estimar y practicar, una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe, sin embargo, procurar elevarse sobre todo lo material y con nobleza y magnanimidad de alma y corazón transportarse a las regiones elevadas del espíritu, donde no alcanzan

las almas materialista o de mediana virtud, distinguiéndose en saber perdonar, soportar y consolar a sus hermanas.

Sufrir y hacer bien a todos son cosas muy importantes para conservar la unión y caridad de unas con otras, pues como creaturas todas tenemos harto que nos sufran; y por otra parte, como somos tan flacas y menesterosas, tenemos necesidad de que nos ayuden y nos hagan bien.

Este sufrirse, disimularse y ayudarse mutuamente es la obra de misericordia por excelencia y que Jesús pide y exige de sus víctimas adoradoras.

Sed misericordiosas y alcanzaréis misericordia; perdonar y se os perdonará; con la misma medida que midieredes seréis medidos.

¡Cómo anhelamos nosotras que el Señor nos perdone, disimule y olvide nuestras faltas, y a la hora de la muerte no mire nuestros pecados y nos reciba en sus divinos brazos!

Pues si lo queremos, cosa fácil es el conseguirlo; lo que hagamos con nuestros prójimos se hará en esa hora con nosotras.

Sabido es que por las obras de misericordia seremos juzgados y no temeremos que en esa hora nos diga el Señor: ¡Apártate de mí!... que si no has tenido entrañas de misericordia con tu hermana, tampoco las puedo tener contigo; si no has perdonado una pequeña injuria, no puedo yo perdonar los innumerables pecados.

Sin embargo, es conveniente saber discernir la verdadera de la falsa misericordia. Cuando una hermana está triste porque ha sido reprendida o castigada, podemos sí consolarla, pero con prudencia y discreción, no vayamos, que por tener misericordia y compasión del brazo, hiram la cabeza que sería más peligroso e injurioso.

El ponerse en estas ocasiones del lado de la hermana ofendida no es agradable al Señor. Hay tantas maneras de consolar uniendo a la superiora, haciéndole comprender que lo hizo para su bien y justamente porque la quiere, recordándole cuánto más sufrió Jesús y que todo lo permite él para nuestra santificación, etc.

No hagamos con nuestros prójimos lo que no quisiéramos que hicieran con nosotras; y sólo lo que no hicieran con nosotras, sino

que hagamos con nuestras hermanas lo que queremos que el Señor haga con nosotras. La misericordia de Dios tanto mayor será con nosotras, cuanto mayor fuere las que usemos con nuestro prójimo; y pues tenemos tantas miserias de las cuales Dios puede librarnos, ¿qué cosa más acertada podemos hacer que ser misericordiosas con nuestras hermanas para que el Señor lo sea con nosotras?

Si después que el Señor perdonó la deuda de nuestros pecados y pagó por ella con precio tan caro como fue dar su vida entre acerbísimos dolores, si nosotras no perdonamos a nuestra hermana de alma y corazón y no solo aparentemente un pequeño agravio, merecemos que el Señor nos diga lo que al siervo infiel: Toda la deuda te perdoné porque me lo suplicaste, siervo malvado ¿por qué no hiciste lo mismo con tu conservo? (Mt 18,32-33).

Ninguna virtud más noble y sublime que esta misericordia y compasión con nuestros prójimos, llorando con los que lloran y sufriendo con los que sufren, pues dice el Señor que más le agrada y estima la misericordia que el sacrificio.

Si no somos misericordiosas seremos miserabilísimas, pues Dios nuestro Señor no se compadecerá de nosotras y como dijo el apóstol Santiago: Se hará juicio sin misericordia contra el que careció de ella (Sant 2,13).

¡Oh dichosos los misericordiosos, a quien el Padre de las misericordias librará de sus miserias!

Y no sea motivo para enfriarnos en usar de misericordia las antipatías, las ofensas, etc., pues, como dice el Señor, si amamos sólomente a quien nos ama, ¿qué recompensa tendremos? (Mt 5,46).

Con mayor motivo y tranquilidad debemos usar de misericordia con las que nos son más antipáticas, pues entonces sólo nos mueve el espíritu sobrenatural que nos hace ver a Dios en nuestras hermanas.

También debemos practicar las misericordias corporales como dice nuestra santa Regla: Si una madre ama y alimenta a su hija carnal ¡con cuanta mayor diligencia no debe la hermana amar y alimentar a su hermana espiritual!

Ayúdense mutuamente, procurando descargar a las demás y escoger para sí lo peor y más trabajoso.

Las que tienen más ocasiones de ejercitar esta misericordia son las enfermeras, que deben mirar a Cristo en las enfermas y tratarlas como las trataría el mismo Jesús.

En la parábola del buen Samaritano, que propuso el Señor para explicar quién es nuestro prójimo, tienen las enfermeras un perfecto modelo de caridad y compasión con las enfermas.

No se quejen nunca de sus impertinencias y no amarguen con un semblante serio y descontento la cruz, ya bien pesada, que el Señor pone sobre sus hombros. Bastante tienen las pobreticas con sus dolores y enfermedades, que quizás, si los tuviéramos nosotras no los sabríamos llevar con tanta paciencia y resignación.

Son los miembros dolidos de Cristo que debemos tratar y mirar con cariño, delicadeza, amor y reverencia; son almas muy amadas del Señor y probadas en el crisol de la tribulación.

En un miembro enfermo están puesto todos los sentidos del cuerpo, aunque sea muy pequeño, como un dedo, y el mal insignificante. Todos los miembros se olvidan de sí mismo para atender y aliviar la parte enferma.

Oh si nos amásemos y nos mirásemos como miembros, primero de la sana Iglesia y después de esta pequeña grey eucarística, cómo seríamos un solo corazón y una sola alma y nos olvidaríamos de nosotras por atender a nuestras hermanas, sin que nos mueva en esto el afecto natural, sino el Señor.

Dice el padre maestro Avila: Cuando vuestra carne os dijere: qué le debo yo a aquel para hacerle bien y cómo le amaré y usaré de misericordia habiéndome él hecho mal a mí y siéndome muy antipático, responded que quizás la oyéades si la causa de vuestro amor fuera el prójimo, mas pues es Cristo, el cual recibe el bien al prójimo hecho y el perdón al prójimo dado, como si a él mismo se diera, ¿qué parte puede ser para estorbar el amor y buenas obras, el ser el prójimo quien fuere o hacerme el mal que quisiere, pues yo no tengo cuenta con él sino con Cristo?

Así nuestro amor al prójimo será perfecto, sólido y estable y usaremos con él misericordia con espíritu sobrenatural, que es el que nos hará dignas de las promesas del Señor. Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia (Mt 5,7).

CAPÍTULO VI

BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN, PORQUE ELLOS VERÁN A DIOS

Artículo 1

CASTIDAD. PUREZA DE INTENCIÓN

Todas las cosas son limpias para los limpios
(Tit 1,15)

El alma de la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, cercada de las espinas de la mortificación y penitencia, debe ser un verdadero lirio donde Jesús-Hostia se recree, ya que el Esposo celestial entre lirios se apacienta.

Casta en el cuerpo teniendo a raya sus apetitos, mortificando los sentidos y guardando con esmero la modestia exterior.

La modestia no es castidad, pero la guarda, y fomenta y una virgen ha de ser siempre moderada y compuesta en su exterior.

Su andar debe ser pausado, grave y callado. Sus posturas y movimientos compuestos, su hablar dulce y manso, su risa moderada y su alegría sin exceso. Su conversación ha de ser comedida y nunca acompañada de gestos y movimientos de rostro y manos y sus ojos de ordinario bajos y modestos no mirarán fijamente el rostro de nadie. Mucho menos se ha de mirar a personas fuera del convento, máxime siendo de distinto sexo. Sobre la guarda de la modestia han de trabajar las superiores con incansable celo, pues todo es poco

para conservar con todo su perfume y hermosura, la flor y perla preciosa de la castidad.

Sea la Virgen Santísima el modelo de pureza que nos propongamos imitar, para que así como el Señor se recreó en su purísima alma, se recree y deleite entre sus víctimas adoradoras.

Y para ser más puras y agradables al Esposo divino las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía deben revestirse de esa pureza de intención que nos hace en todo ver a Dios y juzgar las cosas por el lado bueno.

¡Qué nobleza de sentimientos manifiesta un alma que todo lo juzga bien y a través de todo mira a Jesús! En las penas y alegrías, en lo dulce y amargo, en lo fácil y difícil dice como el discípulo virgen elevándose sobre esas miserias y fantasmas que aterrorizan y hace temblar las almas materiales: ¡*El Señor es...*!

No nos paremos como el cuervo en los cuerpos corrompidos, no nos entretengamos en mirar las faltas e imperfecciones de nuestras hermanas; una vez más levantemos nuestra mirada más alto, pongamos los ojos en sus cualidades y virtudes, que si nuestro ojo es puro y candoroso siempre las encontraremos.

Es también impropio de un alma consagrada a Jesús Sacramento, de un alma espiritual, pararse en mirar la hermosura corporal que hoy es y mañana no es, criticando los defectos físicos de que no somos culpados, pues Dios nos hizo y no nosotros nos hicimos. ¡Qué materialismo indica esta manera de proceder!

El alma pura, el ojo simple e inocente no se para en esto sino que mira al interior que es donde reside la hermosura de la hija del Rey.

No permitan las superiores que entre las religiosas haya esta manera de hablar propia de los mundanos y materialistas.

¡Qué hermosa es un alma hecha a imagen y semejanza de Dios! ¡Por qué al amar a nuestra hermana no nos extasiamos contemplando la hermosura de su alma en vez de pararnos en mirar hito a hito la fisionomía de su cuerpo, cosa tan impropia y contraria a la modestia religiosa!

Si tu ojo es puro, todo tu cuerpo será iluminado. A medida que purifiquemos nuestros juicios y manera de mirar, nos santificaremos y espiritualizaremos.

Dice san Gregorio Niceno: La pureza es como una atmósfera transparente que permite ver todo cuanto abraza el horizonte.

Pero lo que Jesús más aprecia y estima en sus esposas son los afectos del corazón y le excitan a divinos celos cuando los ponen en las criaturas.

Solo el esposo tiene derecho al amor de su esposa y la que reparte su corazón entre Dios y las criaturas es esposa infiel que oirá ciertamente del Señor aquel terrible «no os conozco» (Mt 25,12).

Mire mucho la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía donde posa los afectos de su corazón; si en el corazón de Jesús fuente de toda pureza, o en las criaturas, que por muy puras que sean, siempre nos dejan empañadas, presa y atada el alma si no las amamos sólo por Dios y para Dios.

Dice un piadoso autor: La conversión y trato, aún con personas del mismo sexo, es un grande enemigo de la castidad, porque de ahí suele nacer cierto cariño y afición que aunque al principio parezca buena y espiritual y lo sea, más tarde viene a degenerarse y convertirse en peligrosa si no está el alma muy sobre sí.

San Buenaventura aconseja al religioso que ande alerta con esas aficiones aunque se trate de personas virtuosas y recatadas y aunque la afición sea puramente espiritual, porque de lo contrario, si no hay vigilancia, el diablo sacará partido y saldrá con la suya.

Artículo 2

CLAUSURA

Entraron con el Esposo a las bodas y se cerró la puerta (Mt 25,10)

En la guarda de la clausura sean delicadísimas tanto la superiora como las oficiales encargada de su custodia y observen con exactitud cuanto ordenan nuestras sagradas Constituciones en el capítulo XIV, artículo 147 y siguientes.

No sean descuidadas y remisas porque la clausura no es papal y no obliga bajo pecado, teniendo en cuenta cuanto la encarecen y recomiendan nuestras sagradas Constituciones, amenazando gravemente a las superiores transgresoras.

La superiora que esto permitiere, admitiendo en la clausura a alguien sin la debida licencia sea privada de su cargo (art. 154).

El voto de clausura es el que convierte nuestras comunidades en un verdadero paraíso en la tierra, donde nuestro divino esposo sacramentado se deleita viviendo en medio de nosotras como en su propia heredad que quiere tener bien cercada para que los transeúntes no toquen sus frutos ni pisen su tierra. Por este voto sagrado nos vemos, por dicha nuestra, reservadas del mundo; la santa clausura es la defensa mejor que podemos poner a tan dañoso enemigo.

Vivimos en el mundo como si no viviésemos pudiendo decir con san Pablo: "Mortua sum..." Estamos muertas y nuestra vida está escondida en el sagrario donde no tenemos otra ocupación y preocupación que adorar y consolar a nuestro divino Esposo, prisionero de amor.

En el recinto santo de la clausura vive el alma más cerca de Dios y se siente amada de él y con el amparo y protección de su divina Madre y madre nuestra, como la paloma del diluvio que no encontró en toda la tierra un sitio para posar sino plantas, nos refugiamos en estos palomarcitos eucarísticos, bajo su manto celestial, para conso-

lar y acompañar día y noche con nuestras continuas adoraciones a Jesús, su Hijo amado, en compañía de los ángeles, cultivando con especial esmero la azucena fragantísima de la castidad que nos haga semejantes a ellas, para que seamos dignas custodias de Jesús Sacramentado.

La Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe amar tanto su encerramiento, evitando visitas inútiles con los del mundo, que solo la obediencia y caridad tendrán fuerza para ponerla breves momentos en comunicación con él, acordando de aquella hermosa máxima: *La clausura es la concha que guarda la perla preciosísima de la castidad.*

Así la vida de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, olvidada de cuanto existe, recogida en esta cárcel bendita que ella misma escogió, se desliza dulcemente en torno del tabernáculo, donde preso también de amor está Jesús, Esposo amantísimo de nuestras almas. Y cuando la obediencia la aleje de su retiro, siga prestando sus adoraciones, amores y alabanzas a tan adorado Señor que nada de la tierra sea capaz de atraerla ni ocuparla fuera de Dios.

Las religiosas no están obligadas a guardar la clausura en los casos establecidos por las sagradas Constituciones, artículo 165, en que está permitido salir.

En estos y otros casos en que las religiosas se vean en la necesidad de abandonar la clausura material, han de encerrarse en sí mismas de tal modo, por medio del recogimiento y modestia, que nada ni nadie atraiga su atención, y mirando no vean y viendo no miren.

Tan enclaustrado ha de hallarse su espíritu en la celda u oratorio de su corazón que las cosas exteriores pasen a su alrededor sin que de ellas de aperciba.

Feliz la religiosa que sabe vivir siempre con Dios que habita en lo íntimo de su corazón.

Dichosa el alma cuya unión con su divino Esposo es tan constante y familiar que la impide vivir un instante fuera de él.

A esto eleva la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía el voto de la clausura.

Artículo 3

CONFESIÓN

La confesión de necesidad para el pecador y de utilidad para el justo, es un medio excelentísimo para la santificación de las religiosas, pero en la forma que la Iglesia lo dispone y no de otra.

Nuestras sagradas Constituciones dicen: Para que la pureza de intención resplandezcan en la Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, mediante la adquisición de nuevas virtudes procurarán confesarse sacramentalmente al menos una por semana (art. 178).

Las superiores procuren con solicitud proveer la comunidad de confesores, ordinario, extraordinario y "ad casum", procurando escoger de los sacerdotes más ejemplares, de mucha virtud, buen entendimiento, discreción y prudencia que sepan cumplir perfectamente con sus obligaciones.

Sin un motivo de necesidad, que la superiora no debe procurar ni averiguar ni prohibir, sujetarse todas al confesor de comunidad para evitar los inconvenientes que resultan de tener confesor particular o de recorrer a unos y otros.

Dice san Alfonso María Ligorio que una religiosa con su Regla, Constituciones y su superiora no necesita más confesor que para recibir la absolución.

Particularmente guárdense de mezclar otras palabras fuera de las que se relacionan con el bien de sus almas como dice la sagrada Regla. Tengan en cuenta lo que dicen nuestras sagradas Constituciones sobre este particular: Procuren no decir nada superfluo en sus confesiones que deben ser breves, claras y sencillas.

Confiesen sus faltas con sencillez y humildad, sin llevar allí los defectos de sus superiores y hermanas, sino únicamente sus pecados y faltas. En este santo tribunal no se tratan más que los asuntos propios sin mezcla de defectos ajenos.

Una religiosa fiel a su Regla y Constituciones, unida a sus superiores, que atiende solamente a su alma sin mirar lo que va y lo que viene, no necesita mucho tiempo en sus confesiones y ojalá que en los ratos largos pasados con frecuencia en los confesionarios no profanemos tan santo sacramento y convirtamos en daño propio y ajeno lo que el Señor instituyó para nuestro remedio y provecho.

Tengan en cuenta que la misión de los confesores no es visitador para reformar las cosas de comunidad, sino solo y exclusivamente para las cosas de la propia conciencia.

Aviven la fe considerando en el confesor la persona de Jesucristo. Sean prudentes, guarden en su corazón las impresiones buenas o malas que reciban de los confesores, porque serán responsables delante de Dios de los malos efectos que esto sucede producir en las demás y evitarán muchas turbaciones en sí y en las otras y gozarán de constante y verdadera paz.

A los toques de confesor las religiosas se irán al coro, donde pedirán a Dios luz y gracia para hacer una buena confesión.

Como la confesión semanal está prescrita por las sagradas Constituciones no necesitan pedir permiso; solo lo harán cuando alguna haga alguna confesión en otro día distinto del de comunidad o con algún sacerdote particular.

Al acercarse el momento de entrar en el confesionario, se persignarán y dirán el "confiteor" y con las manos juntas dicen acercándose a la ventanilla: "Ave María Purísima. Jube donne benedicere". Recibida la bendición del confesor, se acusará humildemente de las faltas cometidas contra Dios, contra el prójimo y contra sí misma; escucharán con atención las exhortaciones del confesor y la penitencia impuesta y postrada humildemente dirá el acto de contrición con todo el dolor y propósito de la enmienda mientras le da la absolución.

Terminada la confesión, volverá al coro para cumplir la penitencia con fervorosa contrición, renovando el dolor de sus pecados y dando gracias a Dios por haber sido renovada con su preciosa san-

gre; rezará la penitencia con los brazos en cruz y renovará los votos postrada.

Al salir del coro después de confesada procure encontrarse con la superiora y pídale perdón de rodillas diciéndole: "Madre perdóneme por amor de Dios". La superiora responderá: "Nuestro Señor nos perdona a todas".

Además el día de confesión, en el recreo con gravedad y compostura, pídanse perdón unas a otras en la forma acostumbrada, especialmente las compañeras de oficio, las enfermeras a las enfermas y así sucesivamente.

Se confesarán por orden, principiando por las postulantes, novicias, hermanas conversas siguiendo las profesas por su orden y la última la superiora.

Artículo 4

SENCILLEZ Y SINCERIDAD

He aquí un verdadero israelita en quien no hay doblez ni engaño (Jn 1,47)

Es propio de las almas puras la sinceridad, virtud tan amada del Señor.

¡Qué encantos tiene un alma verdadera y leal que dice lo que siente sin doblez ni engaño como si la astucia y malicia no penetrara en su corazón!

Aquí se nos pueden aplicar las palabras del Señor: Si no os hicieréis como niños no entraréis en el reino de los cielos (Lc 18,17), no os será permitido ver a Dios como a los puros de corazón.

Dios es la verdad y el alma doble está lejos de Dios.

Una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe ser un alma clara, límpida y transparente como el cristal, aunque tenga que imponerse sacrificios, puesta sola su mira en agradar a Dios que conoce nuestras más íntimas intenciones y a quien no podemos ocultar nada.

Dios aborrece y detesta un corazón doble y mentiroso.

Quizás nos exija esto muchas ocasiones de sufrir grandes desengaños, malas interpretaciones y duras humillaciones, pero ¿qué importa? Dios y no las creaturas nos han de juzgar.

No olvidemos nunca que el día del juicio no podremos ocultar ni disimular nada y mejor es confundirnos y humillarnos aquí, que al fin y al cabo esta vida es para sufrir, y podamos allí gozar de la luz de una conciencia recta y leal.

Un alma verídica y sincera no está lejos del reino de Dios por muchos defectos que la acusen, pues no conserva en su alma el veneno que puede darle la muerte y echa de su corazón el humor que manifiesta su enfermedad, facilitando su cura.

¿Cómo podrán vivir las almas cerradas y dobles? ¡Qué martirio y pesadelo, qué angustias e intranquilidades la atormentarán!

Huya de nuestras comunidades tan horrible pestilencia y que las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía, almas sanas, libres y nobles, llenas de sencillez y claridad que aunque padezcan otras enfermedades, al parecer más serias, si el alma es sincera y verídica no hay que temer.

Mucha humildad se necesita para esto, pues un carácter franco y leal por lo mismo que no sabe ocultar nada, tiene más a manifiesto sus faltas e imperfecciones, pero si el corazón doble puede disimular sus faltas ante los hombres no puede hacerlo ante Dios que es el que nos ha de juzgar y penetra lo más recóndito del corazón.

Cuando Jesús empezó su vida pública y reunió algunos discípulos, encontró a uno de estos, a Natanael y le dijo: Hemos encontrado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley a Jesús de Nazaret. Respondió Natanael. ¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena? (Jn 1,45-46).

A primera vista parece esto como una injuria y desprecio de Jesús y como tal lo juzgaría una simple creatura. Quizás otros sentirían lo mismo, pero lo disimulaban y daban muestras de respeto y admiración de Jesús que se decía ser el Mesías.

Jesús debía haberse mostrado como sentido y agraviado de las palabras de Natanael, y, sin embargo, cómo ama y se complace en un corazón recto y sencillo le alabó públicamente diciendo: He ahí un verdadero israelita en quien no hay doblez ni engaño (Jn 1,47).

En cambio aborrecía los escribas y fariseos y los maldecía porque eran hipócritas y fingidos, cosas abominable a los ojos de Dios.

No se desanimen los que por su carácter franco y sincero tengan que sufrir humillaciones y desengaños de las creaturas, ni les parezca que las de condición cerrada y doble tienen mejor criterio y opinión entre sus superiores y hermanas, pues Dios, y no los hombres, nos ha de juzgar y lo que delante de Dios seamos, eso somos.

Dice el Espíritu Santo: El que habla y obra con doblez, fingimiento y equivocaciones es aborrecido.

Dijo David en los salmos: ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién morará en su santo cielo? El inocente de manos y limpio de corazón, el que no recibió su alma en vano, ni trató a su prójimo con engaño (Sal 24,3-4).

Y pues ninguno manchado puede entrar en el cielo a ver a Dios, procuremos suma pureza y limpieza para que alcancemos esta dichosa vista.

CAPÍTULO VII

BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS, PORQUE ELLOS SERÁN LLAMADOS HIJOS DE DIOS

Artículo 1

MISIÓN Y CARIDAD FRATERNA

Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros como yo os he amado (Jn 15,12)

El Señor quiere que por la unión y caridad de unos con otros se conozcan sus discípulos.

Nuestras sagradas Constituciones dicen: Las religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía se deben honrar, estimar y amar santamente en el Señor, ya que por la gracia santificante la Comunión eucarística y la compañía perpetua con Jesús Sacramentado forman una sola familia donde todos los miembros no son sino un solo corazón y una sola alma para amar el mismo Padre, servir los mismos intereses y aspirar a la misma patria celestial (Art. 221).

Así conservarán la unión y la paz en nuestras comunidades, mereciendo ser llamadas hijas de Dios, pues Dios es caridad y el que permanece en la caridad en Dios permanece y Dios en él.

Si conservamos la unión y caridad, que es la raíz de una paz duradera y real, el Señor nos mirará como a hijas predilectas, regalándonos y enriqueciéndonos con sus dones y dándonos cada día más su espíritu de verdaderas hijas suyas.

Quiere el Señor que amemos al prójimo con el mismo amor con que le amamos a él. Y así como Cristo nos amó puramente por Dios y para Dios, de igual manera quiere que nuestro amor al prójimo sea por Dios y para Dios.

Nuestras comunidades deben ser un cenáculo, recinto de paz y amor, y esto lo conseguiremos conservando la perfecta unión de unas con otras y con nuestras superiores.

Si cada una mira en su hermana a otro Cristo y la ama y estima como al mismo Dios, se conservará la paz y encontrará Jesús Sacramentado sus delicias entre nosotras, pues nadie aprecia y estima tanto como este amor y unión por él tan recomendada el mismo día que instituyó la Sagrada Eucaristía.

Una de las principales señales en que se verá si Dios ama nuestro Instituto con amor privilegiado y singular es en que nos dé la gracia y unión de caridad de unas con otras, como vemos que las dio y comunicó en la primitiva Iglesia a aquella gente que tenía las primicias de su espíritu.

Así dice san Juan, el discípulo del amor: Si nos amamos unos a otros, señal es que mora Dios en nosotras y nos ama mucho (1Jn 4,12).

Si donde están congregados dos o tres en nombre del Señor, dice que él está allí en medio de ellos (Mt 18,20). ¿Qué será donde están unidas y congregadas tantas almas en su nombre y por darle culto en el Sacramento de su amor?

Si entre nosotras hay esta unión y caridad, esta religión será un paraíso en la tierra y las religiosas ángeles, porque comenzarán acá a gozar de aquella paz y quietud de la que ellos gozan, pues allí no hay pleitos, envidias, contiendas, ni desensiones ningunas.

La unión y caridad de unas con otras debe procurarse con mucha diligencia y no permitir lo contrario, para que unidas espiritualmente entre sí puedan mejor emplearse en el servicio del Señor y bien de las almas, y sin esta unión no podrá el Instituto regirse ni conservarse mucho tiempo.

Dice san Bernardo, hablando con sus religiosas: ¿Qué cosa os podrá venir y suceder de fuera que os pueda turbar y entristecer si acá dentro os va bien y unidos gozáis de paz y caridad?

Mientras nosotras fuéremos lo que debemos y anduviéramos muy unidas unas con otras, ninguna persecución de fuera nos podrá dañar, antes nos ayudará para mayor bien y acrecentamiento nuestro, como las persecuciones de los primeros tiempos del cristianismo lo fueron para la santa Iglesia que con ellas se robusteció y fortificó.

Procuren ser muy exactas y fieles en la obediencia, porque ella traba y une las religiosas entre sí, hace de muchas voluntades una, y de muchos pareceres uno, porque quitada la propia voluntad y el propio juicio de los particulares, queda una voluntad y un parecer común de la superiora que a todas une, y unidas las súbditas con sus superiores quedan unidas entre sí.

Dice un piadoso autor que los antiguos para significar la unión solían poner un jeroglífico, que era como una vihuela con muchas cuerdas que por razón de estar entre sí concordes y templadas, con la prima hacían una melodía suavísima.

Así nuestras comunidades, con tantas cuerdas templadas, con la prima, que es la superiora, hacen una suavísima consonancia y armonía a los oídos de Jesús Sacramentado que se deleitará entre sus adoradoras. Mas así como en la vihuela una sola cuerda que se destemple o se roce, se pierde y deshace toda aquella consonancia y armonía, así también en esta pequeña grey eucarística una sola que se destemple y no concorde con la superiora hará que se pierda la consonancia y armonía de esta unión.

Habemos de tener tanta estima de esta unión y caridad y la habemos de procurar con tanto cuidado, como si de ella dependiese, como efectivamente depende, todo el bien de la Congregación.

Oh, qué ciertamente Jesús desde el sagrario hará por nosotras al Eterno Padre aquella oración que hizo a la despedida, la noche de su pasión: Padre Santo guarda este pequeño rebaño que me diste para consuelo y compañía de mi soledad en este divino Sacramento y haz que estas almas privilegiadas y escogidas que llamaste a tributarme

amor, adoración y reparación, sean una misma cosa por la caridad, como yo y vos lo somos por naturaleza. Guárdalas y asístelas, Padre mío, que son la porción escogida de mi corazón eucarístico y entre ellas busco el consuelo y amor que me niegan los hombres ingratos.

Mas este amor que Jesús pide para sus víctimas no es amor seco por cumplir con la ley y salir del paso sino como aconseja el apóstol de la caridad san Juan: Hijitos míos no amemos sólo con la lengua y con palabras, sino con obras que ese es el verdadero amor (1Jn 3,18).

Lo que pide la unión y caridad fraterna es que haya ejercicio de todas las virtudes, porque lo que la impide y hace guerra es la soberbia, la envidia, la ambición, la impaciencia, el amor propio, la inmortificación y otras cosas semejantes.

La caridad es paciente, es benigna, no tiene envidia de nadie, dice el Apóstol (1Cor 13,4).

El que de veras ama a otro, desea tanto su bien y se goza tanto con él, como si fuera propio. La envidia nos hace semejantes al diablo que por envidia perdió al hombre y causó con su caída todos los males que nos atormentan desde el pecado de Adán.

Para que nuestras comunidades sean un trasunto del cielo y se goce de paz y unión, deben desterrar el más pequeño sentimiento de envidia. En el Cielo no hay envidia de que otros sean mayores y se goza uno de la gloria del otro como si fuese suya propia.

Si aún en el mundo hace el amor natural que las madres se huelguen tanto del bien de los hijos como si fueran propios, entre nosotros el amor y caridad en Dios ha de hacer que nos gocemos del bien de nuestras hermanas como si fuese propio, porque ese es el efecto propio de la caridad.

Si una religiosa quiere honra y estimación para sí, si busca el mejor puesto, si anda buscando sus gustos y comodidades, por ahí vendrá la desunión con sus hermanas. Es lo que puede hacer más guerra a la caridad.

Una de las cosas que pide esta unión y caridad y nos ayudará mucho a conservarla y llevarla adelante es que tengamos mucha estima de nuestras hermanas. Este es el fundamento en que se funda todo el negocio de la caridad, pues el amor de la caridad no es pasión, ni antojo, ni de sola ternura y sentimiento, sino es amor de razón, amor espiritual de la parte superior del alma que mira las razones superiores y eternas.

De la estima y buena opinión que tiene una de sus hermanas, nace el amarlas, honrarlas y reverenciarlas y todos los demás oficios de la verdadera caridad.

No hay cosa que tanto conserve la paz y aumente la caridad como saber una que su hermana la ama, la quiere bien y habla bien de ella.

Guardémonos de todo lo que pueda ofender a nuestras hermanas, conservando la unión entre todas sin amistad particular con ninguna, pues las amistades particulares son siempre fuentes de turbación y discordias.

Dice san Basilio que los religiosos en ninguna manera amen más a unos que a otros, porque no hagan agravio a ninguno y ninguno dé ocasión de ofensión a nadie, sino que tengan un amor y caridad común y general a todos imitando en esto la bondad y caridad de Dios, el cual envía su sol y su lluvia sobre todas de igual manera.

Es menester que una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía se guarde mucho de las amistades particulares aunque sea bajo color de bien y de virtud, pues el demonio sabe muy bien disfrazar sus engaños para hacernos insensiblemente caer en la red.

Las amistades particulares son semillero de envidias, sospechas, odios y enemistades, y no podemos conservarlas sin herir e injuriar la caridad común. Nuestro amor ha de ser espiritual y extenderse a todos como a hijos de Dios y hermanos de Cristo.

No consintamos que nuestro corazón sea cautivo de creatura alguna, sino solo de Dios para disfrutar de la verdadera y sólida paz que nos constituirá hijas predilectas del Altísimo.

Artículo 2

SILENCIO

Si alguno piensa que es religioso y no refrena su lengua, engáñase que vana es su religión (Sant 1,26)

Uno de los medios que nos ayudará para provechar en la virtud y conseguir esa paz verdadera que nos hace bienaventurados es refrenar y mortificar la lengua.

Nuestras sagradas Constituciones nos recomiendan con mucho encarecimiento el silencio, que una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe amar con predilección para conservar mejor su unión con Dios y cumplir perfectamente su sagrada obligación de adoración perpetua en espíritu y verdad.

Dicen las nuevas Constituciones: El silencio es el termómetro de la observancia regular porque si hay silencio el alma con facilidad se une a Dios y recibe la paz. Es el silencio el que conserva el fervor de la devoción (Art. 236).

Grande y excelente cosa es el silencio, porque es madre de santos y elevados pensamientos. Si una religiosa, pues, quiere ser espiritual, alma de oración, y quiere tratar y conversar con Dios, guarde silencio. Si quiere tener siempre buenos pensamientos y oír las inspiraciones de Dios, tenga silencio y recogimiento, porque el ruido y estruendo de las palabras y cosas del mundo impide y nos hace sordas para oír las inspiraciones de Dios y caer en la cuenta de lo que nos conviene.

La religiosa que quiera andar siempre muy devota y recogida, bien dispuesta y preparada para entrar fácilmente en la oración, guarde silencio.

Decía un santo: Si te apartaras de pláticas superfluas y de andar en balde, de oír nuevas y murmuraciones, hallarías tiempo aparejado para pensar cosas buenas. Mas como somos amigas de hablar, derramar los sentidos y entretenernos en curiosidades, nos falta

siempre para la oración.
Decía un santo: No era menester reformar una casa y toda una religión cada una atiende al negocio a que ha venido a Cuando hay silencio, entonces son las quejas, los corrillos, la religión, que no ha, las amistades particulares, que se fomentan con murmuraciones y familiaridades, perdiendo tiempo y haciéndolo esas conversaciones y otros mil inconvenientes, muy impropios de almas perder a otras la oración y llamadas a imitar la vida escondida y consagradas a Jesús el sagrario.

No hay cosa más dulce y sabrosa para un alma espiritual que andar callada y recogida, y aunque a un alma disipada parezca esto vivir triste, no se gozará, pues lo que satisface y da verdadero contento al corazón es el tratar y conversar con Dios.

La alegría verdadera no está en lo exterior, sino en lo íntimo del corazón. Así como el oro y el metal fino no es lo que se halla en la superficie de la tierra, así la verdadera alegría y contento no está en lo que muestra de fuera, hablando, riendo y conversando con unas y con otras, sino en las venas y entrañas del corazón.

En un mundo y levantado sobre todas ellas, está el verdadero gozo y contento.

La religiosa que dé tanta paz al alma como andar una recogida pues no hay nada en mucho hablar hay siempre faltas e intranquilidades. y hablar poco, en este hablar cosas indiferentes y ociosas, ¿qué dire-

Pero si esto son murmuraciones y críticas? Según doctrina del Apóstol, mos de las murmuraciones aborrecidos de Dios.

los que murmuran de la Iglesia que mayor y más grave es el pecado de la fama y buena opinión que la hacienda.

Mayor estima la entra aconseja a las religiosas: Siempre habéis de

San Buenaventura

hablar del ausente como si estuviera presente. Entiendan todas las hermanas que tienen con nosotras guardadas las espaldas. Sean todos en nuestra boca buenos y honrados, y entienda el mundo que por nuestro dicho nadie ha de perder ni ser tenido en menos.

¡Qué ejemplo tan admirable nos da en esto Jesús! Nunca le vemos murmurar de nadie, y sí muchas veces defendiendo a los culpables como la Magdalena, la mujer adúltera y todos los pecadores que acudían a él.

Judas le traicionó. Había ya acordado con los príncipes de los sacerdotes entregar a su divino Maestro y Jesús aunque lo sabía no le denuncia ni habla de eso con nadie. Le admite en su compañía para no llamar la atención de los demás discípulos y para hacerle caer en la cuenta de su error, le habla en la última cena de manera que los demás apóstoles no entiendan su falta y su pecado y una vez salido del cenáculo para realizar sus malvados designios Jesús no habla más de él.

¡Oh si nosotras supiéramos imitar a Jesús disimulando y ocultando las faltas y defectos de nuestras hermanas!

Y no sólo nos tenemos de guardar de murmurar sino evitar oír la murmuración, pues según doctrina de los teólogos, el que oye al que murmura y no le resiste peca mortal o venialmente según la gravedad de la culpa.

Debemos tener en tanto la honra y estima de nuestro prójimo que no nos impidan el volver por ella sin respetos humanos ni la pusilanimidad, pues si amamos al prójimo como lo manda el Señor, mi hermana es otro yo, y debo hacer con ella y su honra lo que quisiera hicieran conmigo.

Hay tantas faltas y pecados en el mucho hablar que con razón nos es tan recomendado el silencio, y sin saber callar no sabremos lo que es vida espiritual, serena y tranquila.

Dice el sabio que el que guarda su boca y su lengua, de angustias guarda su alma.

Si sabemos callar convenientemente como exige nuestra vocación evitaremos esas angustias y rebosaremos de tranquilidad, paz y alegría que sólo conocen las almas recogidas y concentradas en Dio.

CAPITULO VIII

BIENAVENTURADOS LOS QUE PADECEN PERSECUCIÓN POR LA JUSTICIA, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

Artículo 1

DE LA PACIENCIA Y RESIGNACIÓN

*En el mundo tendréis grandes tribulaciones,
pero tened confianza: yo he vencido al mundo
(Jn 16,33)*

Esta vida es lugar de tribulaciones, persecuciones y luchas, y sin ellas no podremos jamás llegar al cielo. Si nos persiguen e injerían, antes persiguieron e injuriaron a Jesús y no es el discípulo más que su Maestro, ni un alma adoradora más que el Señor a quien adora.

Hay cosas en verdad muy difíciles de sobrellevar, pero así será mayor nuestro mérito.

Todo cuanto nos acontece es permitido por Dios y ningún hombre, ni el mismo demonio puede hacernos más daño que el que el Señor le permita.

Amemos el sufrir, apretémonos fuertemente contra la cruz, sea la cruz nuestro consuelo de aquí en adelante como es nuestra fortaleza.

Cuando en su bondad el Señor nos envíe alguna prueba, una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía, víctima de Jesús Sa-

cramentado, ha de exclamar con san Andrés: ¡Oh cruz dulce, tanto tiempo deseada y preparada ahora para mi alma que con tanto amor suspiro por ella!

Más delicias se encierran sin comparación en una lágrima vertida a los pies de Jesús Sacramentado, cuando el alma perseguida de las creaturas e incomprendida busca consuelo sólo en el sagrario, que en todos los placeres mundanos.

¡Qué suaves son y cuán llevaderas las cruces que envía el Señor cuando hay paz el alma! El reino de Dios está dentro de nosotras, y aunque haya perturbación y guerra al exterior, cuando reina la paz en la conciencia, hay tranquilidad en el interior.

Nosotras, que formamos una legión de víctimas eucarísticas, busquemos esa paz y abracemos la cruz que será para nosotras consuelo y tranquilidad.

Jesús va adelante, rastro de sangre deja a su paso, lleva la cruz para darnos ejemplo y nos anima con sus palabras. No nos desanimemos ni acobardemos con los juicios de los hombres, ni pongamos en ellos nuestros descanso, que sus juicios son vanos y movibles.

Los males y tribulaciones nos asemejan a Jesús y hacen subir de quilate nuestra virtud, poniéndonos en aptitud de recibir muchas mercedes y gracias del cielo.

El alma a quien el Señor dé parte de su cruz, de sus injurias y de su pasión toda entera, a esa le hace la mayor honra que le puede hacer en el mundo.

¡Oh si entendiéramos bien esta verdad!

¡Oh si miráramos la honra que Dios nos hace cuando nos envía males y tribulaciones! ¡Cuánta paz tendríamos y qué bien recibiríamos todas las penalidades de la vida! ¡Cómo bendeciríamos la mano que nos hiere y la lengua que nos maldice, el corazón que nos aborrece y la cabeza que maquina el modo de hacernos mal!

Si entre los ángeles y santos del Cielo pudiera haber envidia, la tendrían ciertamente de los justos que son afligidos y atribulados en esta vida, porque con esas tribulaciones merecen lo que ellos no pueden merecer.

¡Oh qué bien tan grande nos hace el Señor cuando nos envía tribulaciones! En esto muestra querernos bien y es la mayor y más señalada prueba de cariño que nos puede dar, la prenda más cierta y segura que tenemos entrada en su divino Corazón, pues porque nos ama nos prueba y regala para que hagamos asiento en la virtud. La virtud que no se prueba es de pocos quilates y poco valor, mientras que la muy probada es de mérito exquisito, mérito que acrecienta el derecho a nuevas gracias y a nuevas recompensas.

Valiendo, pues, tanto el padecer, ¿cómo tiene tan pocos amadores aún entre las esposas del Crucificado?...

No la despreciemos nosotras que somos víctimas, amémosla con fervor de espíritu; amemos las enfermedades, desprecios y humillaciones, vengan por donde vinieren; no nos quejemos jamás de vernos perseguidas o menospreciadas; sea nuestro consuelo en toda tribulación aquella sentencia del Apóstol: Lejos de mí gloriarme en otra cosa fuera de la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo (Gal 6,14).

Artículo 2

PRUEBAS Y TENTACIONES

Padre mío, no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal (Jn 17,15)

Las pruebas y tribulaciones de fuera no son nada si las comparamos con aquellas que dentro de nosotras sentimos. A las primeras se las resiste con todas las fuerzas unidas, pero tratándose de éstas las fuerzas están lánguidas y decaídas, pugnan en combate mutuo las potencias del alma, combate temible que el Apóstol describe en

estos términos: No hago el bien que quiero, mas el mal que aborrezco (Rom 7,15).

Me gocé en la ley del Señor según el hombre interior y veo en mis miembros otra ley que repugna a la ley de mi espíritu (Rom 7,23).

Estado es este desolador para mi alma fiel, y guerra temible en que el miedo y discordia de las pasiones la dejan aturdida, confundida y humillada.

De ahí es que temblemos sin cesar temiendo sucumbir. Esto tenía a la vista el mismo Apóstol cuando exclamaba: ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rom 7,24).

Es verdad que si no esperáramos en la misericordia Dios nuestro Señor y no nos animáramos con el ejemplo de tantos santos que sintieron tan horriblemente esta lucha de las pasiones contra la conciencia, el alma se desesperaría sin remedio.

Sin embargo, debemos animarnos y acudir confiadamente a Jesús Sacramentado, que nos está mirando y recreándose de vernos resistir, conservándonos fieles en medio de tantos enemigos.

Dice san Agustín: La vida del hombre justo en la tierra es pelea y no triunfo, y así oímos ahora voces de guerra cuales son las que da el Apóstol sintiendo la repugnancia y contradicción que la carne tiene a lo bueno y la inclinación tan grande que tiene a lo malo. Pero la voz del triunfo oírse después cuando este cuerpo corruptible y mortal se revista de incorrupción e inmortalidad. Y la voz de triunfo que entonces se oirá, será la del mismo Apóstol: ¿Dónde está muerte, tu victoria? ¿Dónde tu aguijón? (1Cor 15,55).

No nos espantemos ni atemorizamos de nuestras luchas; esta vida es tiempo de guerra y pelea y espantarse de las tentaciones es como si el soldado se espantara del sonido del tiro y del cañón y se quisiese volver de la guerra.

Dice san Gregorio que el tener tentaciones no es sólo cosa de hombres, sino muy propias de hombres espirituales y que tratan de virtud y perfección.

Y san Agustín como muy versado en esta prueba y pelea añade: En los buenos, que tratan de virtud y perfección, apetece la carne contra el espíritu, pero en los malos que no tratan de eso no tiene la carne contra quién apetece, porque no hay espíritu que la contradiga ni pelee contra ella.

No hay, dice san Juan Climaco, más cierta señal que los demonios han sido vencidos de vosotros que ven que os hacen mucha guerra. Por eso os la hacen, porque os habéis revelado contra ellos y os habéis salido de su jurisdicción.

El Señor permite siempre las tentaciones para nuestro bien y provecho. Quiere Dios que sean tentados y atribulados en esta vida los buenos y escogidos, porque esta vida es un camino, o por mejor decir un destierro, por donde andamos caminando y peregrinando hasta llegar a nuestra patria celestial. Y para que no nos entretengamos, ni detengamos, quiso el Señor que esta vida fuera llena de trabajos y tentaciones, para que no pongamos nuestro corazón y amor en ellas ni tomemos el destierro por la patria.

Dios nuestro Señor pone amargura en las cosas de esta vida, para que los hombres se aparten de ellas y todo su corazón lo pongan en el cielo, pues los trabajos que nos fatigan y aprietan en esta vida, hace que nos volvamos y acudamos a Dios nuestro sumo y único bien.

Consolémonos y animémonos a pelear que aunque la tentación al principio nos parezca un león terrible, si peleamos varonilmente puesta nuestra confianza en Dios, hallaremos después en eso mismo una dulzura y suavidad muy grande.

No desfallezcamos, que por este mar tempestuoso han navegado todas las almas que han arribado al puerto de la santidad. Poco importa que no conozcamos el rumbo que llevamos, ni dónde nos arrastrará esta corriente impetuosa. Cristo es el piloto que conduce la barca y ésta no podrá perecer. Él conoce el derrotero y nos llevará a las ignotas playas del amor divino, y allí, después de probadas y purificadas como el oro en el crisol, tendremos por descanso el Corazón divino de Jesús.

Entonces, al sentir sus inefables caricias nos parecerá que hemos sufrido poco por su amor, y que la paga es mayor que el trabajo, y la bonanza más deliciosa que horrible fue la tormenta.

Oh bienaventurados, mil veces dichosos los que sufren trabajos y persecuciones, porque su recompensa es eterna y su gozo en el cielo donde veremos y gozaremos de Dios es indecible e inexplicable.

PENSAMIENTOS QUE SE MOVEN
A SERVIR Y AMAR A DIOS SIEMPRE

... el castigo y la ira de Dios porque pagó y otro el
"¡Quiero ser eternamente dichoso! Y recibiré tanto castigo
por mi pecado mortal."

... busca de
... a vuestro
... mi
... ofensas
... a ver

CUADERNOS DECIMOTERCERO

... (Mt 10, 14)
... (Mt 12, 26)
... cuando no existió
... condici-
... y loca cuando
... la mucha soberbia y dabanza de los hombres...
... el corazón miseric-
... en misericordia
... hablaban

PENSAMIENTOS QUE ME MUEVEN
A SERVIR Y AMAR A DIOS SIEMPRE

Sufriré el castigo y la ira de Dios porque pequé contra él.

¡Pequé y verdaderamente delinqué! Y no he recibido tanto castigo como mi pecado merecía.

Oh Jesús mío dulcísimo que vinisteis al mundo en busca de pecadores y con tanta misericordia y amor me trajisteis a vuestro santuario para que adorándoos en espíritu y en verdad expiara mis gravísimos pecados, y os desagravié de las innumerables ofensas que recibí en vuestro sacramento de amor *de aquellas almas a vos consagradas*. Amén.

Quien me confesare delante de los hombres, yo le confesaré y honraré delante de mi Padre y de sus ángeles (Mt 10,34).

Quien me siguiere estará donde yo estoy (Jn 12,26).

¡Oh Salvador mío dulcísimo que me llamasteis cuando no existía y de la nada tomasteis esta miserable y *pobre Víctima*... conduciéndola a vuestro santuario!... y me sufristeis ingrata y loca cuando alucinada por la mucha soberbia y alabanza de los hombres... *estime* como propios los bienes que recibí de vuestro corazón misericordiosísimo "gratis date". ¡Perdóname Jesús mío! ten misericordia de mí y olvida mi maldad.

J.M.J.¹

MIS VOTOS

26-XI-42

Yo, Sor Trinidad del Sagrado Corazón de María, (*renuevo*) *hago voto y prometo* a Dios Todopoderoso, que adoro con toda mi alma en el Santísimo Sacramento; a la bienaventurada Virgen María nuestra dulcísima madre, patriarca san José, nuestro padre san Francisco, madre santa Clara y todos los santos; a nuestra reverenda madre General; de observar la Regla de religiosas pobres de santa Clara, dada a ella por el bienaventurado padre san Francisco, todo el tiempo de mi vida (o por ... años), viviendo en obediencia y entrega de mi voluntad en la santa Iglesia Católica Romana y sus legítimos² y superiores, sin propio y en castidad, adorando al Santísimo Sacramento en reparación, expiación y desagravio por los pecados e ingratitudes de las almas consagradas en unión con Jesús, víctima divina en el santo sacrificio de la misa, y de María Santísima, nuestra madre, guardando la clausura establecida en las presentes Constituciones aprobadas por su Santidad Pío XII.

Sor Trinidad del Purísimo Corazón de María

¹ Esta fórmula de renovación o misión de los votos está escrita en un papel pegado al principio de este cuaderno.

² Tacha la palabra *delegados*.

ESPÍRITU Y VIDA DE LAS CAPUCHINAS CLARISAS DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS

Yo, Sor Trinidad del Sagrado Corazón de María, (*renuevo*) *hago voto y prometo* a Dios Todopoderoso, que adoro con toda mi alma en el Santísimo Sacramento; a la bienaventurada Virgen María nuestra dulcísima madre, patriarca san José, nuestro padre san Francisco, madre santa Clara y todos los santos; a nuestra reverenda madre General; de observar la Regla de religiosas pobres de santa Clara, dada a ella por el bienaventurado padre san Francisco, todo el tiempo de mi vida (o por ... años), viviendo en obediencia y entrega de mi voluntad en la santa Iglesia Católica Romana y sus legítimos² y superiores, sin propio y en castidad, adorando al Santísimo Sacramento en reparación, expiación y desagravio por los pecados e ingratitudes de las almas consagradas en unión con Jesús, víctima divina en el santo sacrificio de la misa, y de María Santísima, nuestra madre, guardando la clausura establecida en las presentes Constituciones aprobadas por su Santidad Pío XII.

Yo, Sor Trinidad del Sagrado Corazón de María, (*renuevo*) *hago voto y prometo* a Dios Todopoderoso, que adoro con toda mi alma en el Santísimo Sacramento; a la bienaventurada Virgen María nuestra dulcísima madre, patriarca san José, nuestro padre san Francisco, madre santa Clara y todos los santos; a nuestra reverenda madre General; de observar la Regla de religiosas pobres de santa Clara, dada a ella por el bienaventurado padre san Francisco, todo el tiempo de mi vida (o por ... años), viviendo en obediencia y entrega de mi voluntad en la santa Iglesia Católica Romana y sus legítimos² y superiores, sin propio y en castidad, adorando al Santísimo Sacramento en reparación, expiación y desagravio por los pecados e ingratitudes de las almas consagradas en unión con Jesús, víctima divina en el santo sacrificio de la misa, y de María Santísima, nuestra madre, guardando la clausura establecida en las presentes Constituciones aprobadas por su Santidad Pío XII.

Yo, Sor Trinidad del Sagrado Corazón de María, (*renuevo*) *hago voto y prometo* a Dios Todopoderoso, que adoro con toda mi alma en el Santísimo Sacramento; a la bienaventurada Virgen María nuestra dulcísima madre, patriarca san José, nuestro padre san Francisco, madre santa Clara y todos los santos; a nuestra reverenda madre General; de observar la Regla de religiosas pobres de santa Clara, dada a ella por el bienaventurado padre san Francisco, todo el tiempo de mi vida (o por ... años), viviendo en obediencia y entrega de mi voluntad en la santa Iglesia Católica Romana y sus legítimos² y superiores, sin propio y en castidad, adorando al Santísimo Sacramento en reparación, expiación y desagravio por los pecados e ingratitudes de las almas consagradas en unión con Jesús, víctima divina en el santo sacrificio de la misa, y de María Santísima, nuestra madre, guardando la clausura establecida en las presentes Constituciones aprobadas por su Santidad Pío XII.

Yo, Sor Trinidad del Sagrado Corazón de María, (*renuevo*) *hago voto y prometo* a Dios Todopoderoso, que adoro con toda mi alma en el Santísimo Sacramento; a la bienaventurada Virgen María nuestra dulcísima madre, patriarca san José, nuestro padre san Francisco, madre santa Clara y todos los santos; a nuestra reverenda madre General; de observar la Regla de religiosas pobres de santa Clara, dada a ella por el bienaventurado padre san Francisco, todo el tiempo de mi vida (o por ... años), viviendo en obediencia y entrega de mi voluntad en la santa Iglesia Católica Romana y sus legítimos² y superiores, sin propio y en castidad, adorando al Santísimo Sacramento en reparación, expiación y desagravio por los pecados e ingratitudes de las almas consagradas en unión con Jesús, víctima divina en el santo sacrificio de la misa, y de María Santísima, nuestra madre, guardando la clausura establecida en las presentes Constituciones aprobadas por su Santidad Pío XII.

Yo, Sor Trinidad del Sagrado Corazón de María, (*renuevo*) *hago voto y prometo* a Dios Todopoderoso, que adoro con toda mi alma en el Santísimo Sacramento; a la bienaventurada Virgen María nuestra dulcísima madre, patriarca san José, nuestro padre san Francisco, madre santa Clara y todos los santos; a nuestra reverenda madre General; de observar la Regla de religiosas pobres de santa Clara, dada a ella por el bienaventurado padre san Francisco, todo el tiempo de mi vida (o por ... años), viviendo en obediencia y entrega de mi voluntad en la santa Iglesia Católica Romana y sus legítimos² y superiores, sin propio y en castidad, adorando al Santísimo Sacramento en reparación, expiación y desagravio por los pecados e ingratitudes de las almas consagradas en unión con Jesús, víctima divina en el santo sacrificio de la misa, y de María Santísima, nuestra madre, guardando la clausura establecida en las presentes Constituciones aprobadas por su Santidad Pío XII.

Yo, Sor Trinidad del Sagrado Corazón de María, (*renuevo*) *hago voto y prometo* a Dios Todopoderoso, que adoro con toda mi alma en el Santísimo Sacramento; a la bienaventurada Virgen María nuestra dulcísima madre, patriarca san José, nuestro padre san Francisco, madre santa Clara y todos los santos; a nuestra reverenda madre General; de observar la Regla de religiosas pobres de santa Clara, dada a ella por el bienaventurado padre san Francisco, todo el tiempo de mi vida (o por ... años), viviendo en obediencia y entrega de mi voluntad en la santa Iglesia Católica Romana y sus legítimos² y superiores, sin propio y en castidad, adorando al Santísimo Sacramento en reparación, expiación y desagravio por los pecados e ingratitudes de las almas consagradas en unión con Jesús, víctima divina en el santo sacrificio de la misa, y de María Santísima, nuestra madre, guardando la clausura establecida en las presentes Constituciones aprobadas por su Santidad Pío XII.

Yo, Sor Trinidad del Sagrado Corazón de María, (*renuevo*) *hago voto y prometo* a Dios Todopoderoso, que adoro con toda mi alma en el Santísimo Sacramento; a la bienaventurada Virgen María nuestra dulcísima madre, patriarca san José, nuestro padre san Francisco, madre santa Clara y todos los santos; a nuestra reverenda madre General; de observar la Regla de religiosas pobres de santa Clara, dada a ella por el bienaventurado padre san Francisco, todo el tiempo de mi vida (o por ... años), viviendo en obediencia y entrega de mi voluntad en la santa Iglesia Católica Romana y sus legítimos² y superiores, sin propio y en castidad, adorando al Santísimo Sacramento en reparación, expiación y desagravio por los pecados e ingratitudes de las almas consagradas en unión con Jesús, víctima divina en el santo sacrificio de la misa, y de María Santísima, nuestra madre, guardando la clausura establecida en las presentes Constituciones aprobadas por su Santidad Pío XII.

SU ORIGEN

Dios en su infinita santidad e inescrutables designios, suscita a través de los siglos ordenes y congregaciones religiosas, cuyos miembros se dedican según las necesidades de los tiempos, a hermosear el vastísimo y bellísimo campo de su Iglesia.

En el siglo actual, Jesús siente necesidad de reparación y desde el sagrario busca como ahora en Getsemaní almas amigas que le acompañen y consuelen en su soledad.

¡Jesús está muy solo!... Los hombres, aun los que se dicen cristianos, embebidos con los cuidados y ocupaciones terrenas, se descuidan de su principal obligación, se olvidan de Dios y lo desprecian.

Una de esas almas amantes y celosas del honor y gloria del Señor, que por dicha nuestra aún existen en el mundo, sintió en su corazón esta amargura del Corazón eucarístico de Jesús que le pedía reparación.

Era el año de 1912, del 18 al 20 de marzo...

Se celebraba en la iglesia de las capuchinas de Granada el centenario de la virgen eucarística santa Clara de Asís. Llegó la hora de hablar Jesús... ¿qué le negarían en esos momentos las hijas de su seráfica esposa, que con intrepidez varonil de forma confiadamente en sus virginales manos para confundir a sus enemigos?

Jesús habla... pide... quiere que las Clarisas Capuchinas le adoren perpetuamente en el Santísimo Sacramento.

Un alma le escucha y resuella a vencer todos los obstáculos por dar gusto a su Dios, pone manos a la obra. Quiere convertir aquella comunidad en su palomar de adoración.

No lo comprendía bien empero. No era eso lo que pedía y quería Jesús. No bastaba que aquella comunidad se consagrara al culto eucarístico. Jesús pide más, pide mucho más.

El eminentísimo señor cardenal Casanova, entonces arzobispo de Granada, con espíritu profético e inspirado por Dios, la manda que salga de su convento, constituyéndola fundadora del nuevo Instituto.

Lo que usted quiere hacer, le dijo con paternal bondad, es de mucha gloria de Dios y no debe reducirse a un solo convento. Sálgase y extienda por el mundo esas almas reparadoras, esos tronos eucarísticos.

Pero, ¿cómo dejaría aquel convento, para ella tantos años tabor de delicias? Sólo la obediencia a su prelado le da valor y emprende con fe y entusiasmo el nuevo camino del calvario.

El año 1925 salen 12 religiosas al santuario de la Virgen de los Dolores de Chauchina, donación del eminentísimo señor Cardenal y empiezan la nueva vida de adoración y reparación.

Su Eminencia quiere extender la obra y funda el año 1930 el monasterio de Berja, en el santuario de la Virgen Santísima de Gádor. El 24 de septiembre, festividad de la Virgen Santísima de las Mercedes, Su Eminencia celebra de pontifical en la inauguración del nuevo convento y en un transporte de entusiasmo dice al pueblo: Os traigo lo mejor de lo mejor de mi Diócesis.

Luego dice a las monjas: Cuando este convento esté lleno iremos a otra parte, lo que no pudo cumplir por llamarle a sí el Señor unos meses más tarde cuando se dirigía a Roma para presentar personalmente las nuevas Constituciones al Santo Padre.

Bajo el amparo y protección de la Virgen Santísima de Gádor se siguen formando las almas para repartir por toda España, para atravesar mares y fronteras y con celo seráfico abrasar las almas en el fuego eucarístico, haciendo conocido el amor que no es amado.

Después de duro y serio examen la santa Iglesia aprueba el nuevo Instituto y como madre amorosa, entrega a sus miembros las almas inocentes de los niños para que al calor de la Eucaristía y bajo el manto de María se formen sus tiernas almitas y el día de

mañana evangelicen el mundo con su buen ejemplo y su fervor eucarístico mariano.

La santa Iglesia aprobó las sagradas Constituciones el día 31 de octubre de 1942, el mismo día y año que nuestro santísimo padre el Papa Pío XII consagró el mundo por primera vez al Inmaculado Corazón de María en el mensaje radiofónico a la nación portuguesa.

¿No será esto un presagio de la futura misión del nuevo Instituto? Con la sagrada Eucaristía preparó el señor por medio de un ángel a los pastorcitos de Fátima para la próxima revelación de Corazón Inmaculado de María. Antes que la Virgen Santísima en la cueva de Iria enseñe su Corazón Inmaculado y pida reparación por las amarguras y ultrajes hechos contra él, les enseña el ángel a desagraviar al Santísimo Sacramento y a adorarlo en todos los sagra-rios donde es desconocido.

La Eucaristía y el Inmaculado Corazón de María tienen entre sí relaciones tan íntimas que es un absurdo quererlos separar.

Llegó la hora que "ab aeterno" existía en la mente de Dios de consagrar el mundo al Corazón Inmaculado de María, consagración que queda incompleta sin la reforma de costumbres, sin la consagración personal de cada individuo reformando su vida según las normas de la Ley de Dios.

La consagración está hecha; ahora hace falta el apostolado y la oración para realizar ese complemento, y una vez más quiso la Virgen escoger almas eucarísticas, que al formar en las niñas las futuras madres cristianas, hagan triunfar el Corazón Inmaculado de María en las familias, presagio seguro de un pronto y absoluto reinado de Cristo en la sociedad y en el mundo entero.

SU ESPÍRITU

Las religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios observan la primera Regla de la madre santa Clara teniendo por característica la adoración perpetua al Santísimo Sacramento.

Comprende el Instituto parte de vida contemplativa y parte de vida activa.

Es su principal misión reparar y desagraviar el Corazón eucarístico de Jesús en el Sacramento de su amor, orar por las necesidades de la santa Iglesia e intenciones del Sumo Pontífice y ayudar a los sacerdotes y misioneros con sus oraciones y sacrificios, apartadas con la comunicación con el mundo para conservar más puras sus almas y más agradables al Esposo de sus almas, el Cordero sin manilla.

Guardan para este fin la clausura establecida por la santa Regla. Pueden salir para cambiar de convento y en otros casos mencionados en las sagradas Constituciones.

La santa Regla permite la salida y entrada de las hermanas que se dedican al servicio externo, como se deduce de las palabras de la Madre que ordena refiriéndose a dichas hermanas: No se detengan fuera del monasterio sino el menos tiempo posible que exija la necesidad; y procuren andar modestamente y hablar poco, de manera que sirvan de edificación a quien las vea (Regla propia de santa Clara, 24).

Aquí nos da la madre santa Clara la regla que debemos observar en nuestros viajes y salidas del monasterio.

La misma Santa, como consta en las Crónicas de la Orden, salió un día a visitar el convento de Nuestra Señora de los Ángeles y tener allí una comida con el seráfico padre san Francisco, y su hermana santa Inés de Asís vino de su monasterio donde era abadesa a visitar a la Santa en su última enfermedad.

De todo lo cual se colige que a pesar de la clausura tan rigurosa que guardaban y ordena la santa madre en su Regla les estaba permitido salir en casos razonables y de necesidad.

En la perfecta observancia de la santa Regla y Constituciones se funda la perfección de una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que debe esmerarse en cumplir las antiguas austeridades, imposibles en nuestros tiempos, con la completa y total renuncia de su voluntad y de sus gustos naturales, en un desprendimiento total y absoluto de todo, que pueda satisfacer la naturaleza, dispuestas a la menor señal de la obediencia a dejar alegre y generosamente patria, familia, convento, a ir a tierras extranjeras, misiones, etc.

Para seguir de cerca a Jesús, que diariamente tiene expuesto en el Santísimo Sacramento, no deben olvidar la doctrina del divino Maestro: El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mt 16,24).

Sin embargo, las sagradas Constituciones prudentemente prescriben algunas penitencias exteriores, necesarias para domar nuestra carne y sujetar las pasiones, como los ayunos prescritos por la santa Regla, disciplinas, los maitines a media noche, etc., a imitación de nuestro seráfico padre san Francisco y santa Clara, que aún en su lecho de muerte castigaban ásperamente su cuerpo causa de nuestros pecados.

El mundo perece, sus pecados atraen el castigo de Dios justamente airado contra el hombre que viola sus preceptos y para detener la ira de Dios, Jesús busca víctimas que uniendo sus sacrificios al sacrificio de la Cruz, con su vida de oración y penitencia detengan la justicia de Dios.

Las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios deben ser los pararrayos del mundo que perpetuamente postradas a los pies de Jesús Eucaristía atraigan las bendiciones del Cielo a la santa Iglesia, nuestra madre, que se ve perseguida de los mismos que profesan su fe.

Con la Sagrada Eucaristía, a imitación de nuestra madre santa Clara, debemos confundir a los enemigos de Dios, atraer las almas a Jesús y derramar por todas partes, con el óleo suavísimo de la oración y sacrificio, la luz, el calor y el consuelo, que en vano buscan las almas que no conocen a Dios.

VIDA ACTIVA

Las Religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía, según las normas de las nuevas Constituciones, se dedicarán a la enseñanza y educación de las niñas pobres. No deben guardar para sí solas el fuego eucarístico, sino esparcirlo a su alrededor, formando las almas de las niñas, abrasándolas en el amor de Dios para que el día de mañana sean los apóstoles de sus familias y de la sociedad con la palabra y particularmente con el buen ejemplo de una vida profundamente piadosa e irreprochable.

En el principio de la Orden Franciscana estando el seráfico Patriarca indeciso sobre la vida a que debía dedicar sus frailes, si solamente a la vida de oración y al retirar o juntar la oración al apostolado envió uno de sus frailes a consultar este asunto a la madre santa Clara, que después de pedir luz al cielo le contestó: No ha sido solo para provecho propio, sino para utilidad de la santa Iglesia, que Dios por medio de vos fundó la Orden.

Eso es lo que repite la santa madre a sus hijas: No os puso el Señor en el campo de su Iglesia para vuestro único provecho. Sed útiles a tan santa madre que en estos tiempos más que nunca necesita cooperadores en su apostolado.

Además de los asilos y orfanatos, se dedicarán más tarde, cuando el aumento de personal lo permita, a las misiones extranjeras y cuidado de los leprosos en las mismas, por ser ésta una característica muy franciscana, como se refiere en la vida del Serafín de Asís que al principio de su conversión limpiaba con sus propias manos las llagas asquerosas de los leprosos, consiguiendo con dulzura y humildad convertir sus almas a Dios.

La Congregación consta actualmente de 8 casas siendo 4 en España: Berja (Almería), Granada, Santa María de Melias y Sobra-

do del Obispo, en Orense, y cuatro en Portugal: Braga, Porto, Lisboa y Laveiras (Caxias). Tienen escuela en Sobrado del Obispo y Santa María de Melias; escuela y casa de trabajo en Laveiras.

Quiera el Señor enviarnos muchas almas generosas y sacrificadas con buena vocación que llenen nuestros claustros y puedan las Capuchinas Clarisas Eucarísticas poblar el mundo, levantando en todas partes del globo troncos de amor a Jesús Eucaristía, atrayéndole por medio del Corazón Inmaculado de María las almas de los niños que reformen el mundo con su buen ejemplo en el fiel cumplimiento de la ley de Dios, y gocemos en breve de esa paz que tanto anhelamos y no podremos disfrutar mientras los hombres no reconozcan a Dios y le amen como a su dueño real y absoluto.

¡Adelante! A orar y trabajar para que pronto triunfe el Corazón Inmaculado de María y haya un solo rebaño y un solo Pastor dentro del gremio de nuestra santa madre Iglesia.

A.M.D.G.

**LAS BIENAVENTURANZAS APLICADAS
AL ESPÍRITU DE LAS RELIGIOSAS
CAPUCHINAS CLARISAS DE LA SAGRADA
EUCARISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS,
PARA MEJOR
COMPRENSIÓN Y OBSERVANCIA
DE LAS NUEVAS CONSTITUCIONES**

*Señor, ¿a quien iremos? Tú tienes
palabras de vida eterna (Jn 6,68)*

(Véase otra redacción de leste apartado. en las pp.75-99)

CAPITULO I

BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU, PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS

[1. POBREZA]

No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra (Mt 6,19)

Para hacernos dignas de la promesa concedida a esta primera bienaventuranza, las religiosas Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios que profesan la primera Regla de nuestra madre santa Clara, están obligadas a la observancia de la más estricta pobreza.

Nuestro seráfico padre san Francisco la llamaba su esposa y quería que sus hijos la amaran como a una madre.

Siempre nos aconsejó y amonestó con la palabra y el ejemplo a que perseverásemos en la santa pobreza, y no contento con esto nos escribió muchas cartas para que después de su muerte en ninguna manera nos apartásemos de ella. Y como el Hijo de Dios que en cuanto vivió en el mundo nunca la quiso abandonar, así su siervo Francisco, cuyas pisadas seguí, nunca jamás se apartó de ella.

«Por tanto, con las rodillas en tierra, del alma y el cuerpo inclinado, encomiendo a todas mis hermanas presentes y futuras a la santa madre Iglesia romana, al Sumo Pontífice y particularmente al señor cardenal protector que nos fuere dado para que por amor de aquel Señor que pobre fue puesto en el pesebre, pobre vivió en el mundo y quedó desnudo y colgado en la cruz, siempre aliente, favorezca y haga perseverar en la santa pobreza que al Señor prometimos a esta pequeña grey que el Padre Eterno engendró en su santa Iglesia» (Testamento de santa Clara, 7).

En nuestra santa Regla y Testamento de la seráfica Madre, tenemos las más perfectas normas de la santa pobreza según el espíritu del santo

Evangelio sin necesidad de recurrir a fuentes extrañas.

Ningún elogio más digno se puede tributar a esta virtud que el ejemplo del Hijo de Dios, que bajó del cielo, donde como Dios gozaba suma felicidad, a desposarse con ella, que cual hermosa doncella, según la bellísima parábola de nuestro seráfico padre san Francisco, estaba en el desierto abandonada, desconocida y despreciada de los hombres.

Las reglas del mundo son diametralmente opuestas a las reglas de Dios; en concepto del mundo las riquezas son el fundamento de la grandeza; a los ojos de Dios la pobreza es el fundamento de la santidad.

No debemos contentarnos con cumplir el voto de pobreza, que consiste en la renuncia por amor de Dios del dominio de los bienes temporales, sino aspirar a la perfección de la virtud alegrándose de carecer aun de lo necesario a imitación Jesucristo participando de su pobreza.

Y qué ejemplos nos ha dado el Señor en todas las edades, en todas las cosas que son materia de pobreza, porque escogió pobre Madre, pobre Patria y un pobrísimo portal para nacer, siendo reclinado en un pesebre; ejerció pobre y despreciable oficio, ganando el sustento con el trabajo de sus manos el que era dueño absoluto de todo lo creado. Su alimento era pobre y no tenía casa propia ni donde reclinar su cabeza.

Escogió discípulos pobres, amó los desprecios, huyó las honras, desapropióse de su voluntad y de sí mismo con excelentísima pobreza interior. Murió desnudo en una cruz y recibió de limosna la mortaja y sepultura.

Pone la pobreza por fundamento para ser su discípulo y para animarnos a ella nos hace herederos de la vida eterna que vale incomparablemente más que todos los reinos y riquezas de este despreciable mundo.

Y cómo no abrazamos la pobreza de espíritu, pues la abrazó nuestro divino Maestro y tales premios se alcanzan con ella. Arrojémonos confiadamente en sus manos que no nos faltará su providencia ni dejará de cumplir su palabra: Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt 6,33).

Procuren las religiosas ser fieles a Dios y a su Regla y Constituciones y despreocupadas del día de mañana; dedíquense solamente a su divino servicio que el Señor si hace falta hará milagros; si no los hace sea su gozo completo al sentir los efectos de la santa pobreza y tendrán la dicha y el honor de asemejarse a su divino Esposo.

El tesoro de una Capuchina Clarisa debe estar en el cielo y usar de las

cosas de la tierra por estricta necesidad, buscando y pidiendo las cosas más pobres y despreciables.

Si son fieles al Señor, él les hará sentir ese amor a la santa pobreza y desprendimiento de las cosas de la tierra, haciéndolas comprender el fin más elevado y noble para que fueron criadas, porque si Dios es nuestra única posesión miraremos con desprecio y desdén lo que los mundanos llaman riquezas y comodidades, que el Apóstol compara muy acertadamente al estiércol y a la basura.

No seamos tan mezquinas y apocadas que quieran comparar y elegir un manjar delicado, un hábito, una pluma, una mesa, un libro y mil y una niñerías a que miserablemente pegamos nuestro corazón que ha sido creado para Dios, no queramos comparar esas nada al Rey del cielo y tierra, que aunque chicas son impedimento para unirnos perfectamente al Esposo divino de nuestras almas.

Cuiden de las cosas que para su uso les conceda la santa obediencia, pero con desprendimiento y libertad de espíritu, pues ya que dejamos lo mucho no nos atemos ahora con hilillos que nos hacen esclavas de pequeñas aficciones, que nos impiden el rápido vuelo a la santidad.

Si le niegan alguna cosa no se ofendan como quien realmente no tiene derecho a nada, antes bien, gócese de carecer de ella; si se la dan recíbanla con gratitud como el pobre recibe una limosna. Las cosas de su uso mírenlas como propiedad de Dios y cosas consagradas a su servicio.

No retengan en las celdas cosas fútiles o inútiles, sino solamente aquellas cosas necesarias que no desdiga de la pobreza y siempre bajo la dependencia de su superiora.

No se quejen ni murmuren de sus superiores sino les conceden lo que piden para su uso, porque se exponen a que la superiora, para condescender con su debilidad y poca virtud, les conceda lo que en conciencia debía negarles y entonces dichas súbditas no pueden excusarse en la presencia de Dios que cuentan con permiso y pecan contra la virtud de la pobreza.

Repasen con frecuencia revista a sus celdas y cosas de su uso, y si encuentran algo superfluo o a que siente alguna afición, entréguenlo sin demora a la superiora, a la que no deben ocultar nada de cuanto tienen a su uso.

Debiera la religiosa portarse de tal manera en el simple uso de las cosas aún necesarias, que pudiera su superiora, sin darle cuenta, quitárse-

las y disponer de ellas sin que le asomara la menor turbación.

¿Tiene el pobre derecho a quejarse porque su bienhechor le despojó de un traje que caritativamente le había prestado? ¿Se quejó o resistió Jesús cuando injustamente le despojaron los soldados de sus vestidos y los repartieron entre sí?

No se apropien nada para sí y tengan en cuenta que cuanto más chica y de menos valor es la cosa a que nos aficionamos más indignas y mezquinas nos mostramos.

Con cosas pequeñas nos vamos atando y se contentaría el demonio por vernos entretenidas con estas niñerías porque más daño le hace una alma generosa que camina a pasos agigantados a la santidad, que mil almas de una virtud común que se contenta con evitar lo que es pecado.

La Capuchina Clarisa para llenar el fin de su vocación debe vivir desprendida sin prenderse a su patria, familia, a un convento, celda u oficina, a un hábito, un libro, un velo, etc., mas vivir como peregrina y extranjera en este mundo donde no tenemos patria fija, ni posesión segura y estable.

2

DEL DESPRENDIMIENTO DE LOS PARIENTES

He venido a separar al hijo de su padre y a la hija de su madre... (Mt 10,35)

La herencia del verdadero pobre de espíritu está en el cielo, donde Dios es nuestro Padre, María nuestra madre y los bienaventurados nuestros familiares.

Si el apego a los parientes no acarrea grave daño no nos hubiera amonestado con tanto ahínco Jesucristo a desasirnos de ellos. Nos dice terminantemente que quien no lo antepone a sus familiares no merece ser su discípulo.

En otro lugar nos dice: A nadie llaméis padre en la tierra; uno solo es vuestro Padre que está en los cielos (Mt 23,9) En el negocio de nuestra

santificación no tenemos enemigos más terribles que nuestros propios familiares.

En este mundo la patria de una Capuchina Clarisa es la santa Iglesia romana; su pueblo natal la Congregación, donde ha renacido a una vida más perfecta por la vocación religiosa; sus padres, sus superiores; sus hermanas las religiosas, que hacen su profesión, y sus parientes todas las almas redimidas con la preciosísima Sangre de nuestro Señor Jesucristo, que nos debe interesar más que mediando la carne y la sangre.

Una grande obra de misericordia es enterrar a los muertos recomendada por nuestro Señor y, sin embargo, cuando aquel joven del santo Evangelio le pidió que le dejara ir [a] enterrar a su padre, sabida es la contestación de Jesús: Deja a los muertos que entierren a sus muertos (Mt 8,22).

Es muy difícil, a no mediar una virtud muy sólida y arraigada, que cuando se trata de remediar a los parientes nos mueva un amor sobrenatural, como nos recomienda Jesús amemos a nuestros hermanos.

No se puede ser feliz, ni santificarse una Capuchina Clarisa que tiene repartido su corazón entre Dios y su familia.

Era conveniente que, para su mejor formación, a lo menos los primeros 20 años las Religiosas vivan lejos de su tierra natal y de la familia, para evitar distracciones y abusos, a no ser que el consejo lo vea muy conveniente y después que la Religiosa haya dado pruebas de sólida y arraigada virtud.

Cuando la santa obediencia las llame de un convento a otro, con espíritu libre y magnánimo no se entretengan a dar cuenta de ello a sus familiares ni mucho menos en despedidas que no aprovecharán nada al espíritu.

Las superiores pueden disponer de una religiosa, lo mismo de votos temporales que de votos perpetuos, sin dar ninguna razón a sus familias, pues la Congregación tiene absoluto derecho sobre las religiosas desde el momento de su consagración a Dios por la profesión.

Desde el instante que pronuncian sus votos, y según frase del Apóstol, dan muerte al hombre viejo, empiezan a vivir una nueva vida y hacen parte de los miembros de una nueva familia según el espíritu del Instituto.

Imagínense las religiosas que han nacido en medio de esta familia eucarística, donde Jesús por solo su amor y misericordia nos ha traído, y

háganse desentendidas de todo lo que existe fuera del Instituto como de cosas extrañas y desconocidas.

Amen [a] todas las almas y encomiéndelas al Señor para que todos se sometan a sus leyes y triunfen en todas partes nuestra santa madre Iglesia, pero con amor espiritual sin mezcla de carne y sangre.

Dentro del vastísimo campo de nuestra santa madre Iglesia amen con particularidad el Instituto a que el Señor las ha llamado, porque aunque todos son buenos y excelentísimos el mejor para nosotras es el de la congregación de las Capuchinas Clarisas Eucarísticas. Este aprecio, amor y estima a nuestro Instituto debe ser muy recomendado a nuestras religiosas porque amándolo se cumplen con fidelidad los deberes que él impone y se aleja la peligrosa tentación de disgusto o arrepentimiento.

En él debemos encontrar nuestro lleno y buscar todo el cariño y afecto de la familia cuyo padre es Jesús Sacramentado y la madre la Virgen María.

Para eso, procuren conservarse unidas íntimamente con sus superiores y entre sí, sin distinción de caracteres, nacionalidad o condición; somos hermanas todas las Capuchinas Clarisas, tenemos un mismo fin, profesamos una misma Regla y Constituciones, vestimos un mismo hábito, debemos ser todas un solo corazón y una sola alma, aunque las distancias que nos separan sean muy grandes y muy distinta la misión a que pertenecemos.

Así se conservará el Instituto en unión y caridad sin que echemos de menos a nuestros parientes y familiares de los que está expresamente prohibido aún hablar entre sí. No refieran nada sobre su nacimiento, nobleza o condición de su familia, que dan origen a turbaciones.

Es igualmente conveniente que no vivan en la misma casa dos hermanas o parientes. Pueden verse cuando convenga, bien sea por traslados, en el capítulo, cuando se reúnan a hacer ejercicios espirituales, etc., pero nunca habitualmente.

OBEDIENCIA

Obedeced con simplicidad de corazón como obedecierais a Cristo (Ef 6,5).

Y porque la perfección de la pobreza de espíritu exige el desprendimiento de nuestra propia voluntad, las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios debe esmerarnos en llegar a la perfección de la virtud de la obediencia, pues por ella damos a Dios lo mejor que tenemos y más aprecia el hombre, su propia voluntad y juicio.

Tengan siempre delante de los ojos el ejemplo de nuestro divino Maestro que se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

La obediencia es la que nos une más con el fin de nuestro Instituto, porque ella es la que nos dice y manda que se ejercite en las cosas que se ordenan para conseguir su fin.

Poco le servirá a una religiosa hacer mucha oración y penitencia y ejercitarse en todas las demás virtudes sino deja su propia voluntad y sigue la voluntad de Dios manifestada claramente, sin temor de engaño por sus legítimas superiores.

La perfecta obediencia es el camino más breve y más seguro para conseguir la perfección.

Si no procuran con ahínco conservar el espíritu de obediencia, sumisión y perfecta unión a sus superiores, no podrá conservarse ni durar mucho tiempo en el Instituto, pues según el mismo santo Evangelio, todo reino dividido será destruido (Mt 12,25).

No miren la persona de la superiora, sino a Dios a quien representa, y obedezcan con sencillez y docilidad, teniendo un mismo querer y no querer con ella conformando así su voluntad con la de Dios. No juzguen sus mandatos, aunque le parezcan desatinados y mucho menos guárdense de murmurar de sus disposiciones, pues el Señor suele castigar estas faltas muy severamente aún en esta vida.

El perfecto obediente no espera la orden, sino que procura adivinar el deseo de su superiora para ponerlo inmediatamente por obra sin dilaciones ni tardanzas, con alegría y docilidad.

Las súbditas que están siempre dispuestas y contentas con todo lo que manda la superiora, ya sea agradable o desagradable, fácil o dificultoso, honroso o humillante, hacen a Dios el más grato y sublime sacrificio que puede ofrecerle el hombre sobre la tierra y forman aquí las delicias del Señor.

¡Con qué complacencia y amor mirará Jesús a una Capuchina Eucarística que en nada obra según sus gustos y caprichos! Nosotras que le adoramos en el Sacramento del amor en las horas de adoración que pasamos a sus pies meditamos ejemplos de obediencia que allí nos da Jesús.

Baja desde el cielo a las palabras de la consagración con la misma prontitud a un sacerdote santo o malo. De uno y de otro se deja coger libremente. Si le exponen en un trono magníficamente adornado bueno y si encierran en un sagrario no respira. Le llevan y le traen, le sacan y le encierran, le llevan a las habitaciones de un enfermo, se deja recibir de un corazón en pecado mortal, le consumen y le vuelvan a encerrar en el sagrario, le consumen y le privan de las delicias de vivir en una iglesia más etc. ¿Qué dice Jesús? ¿Qué hace?

No se queja, no murmura, no da señales de vida, parece un ser manipulado que no siente y carece de voluntad.

¡Que otro modelo quiere una Capuchina Clarisa Eucarística para practicar perfectamente la obediencia que le exige su dulcísimo Esposo desde el sagrario, siendo ella la víctima de adoración que él nos pide!

Sean muy puntuales a todos los actos de comunidad, haciéndose cargo que el sonido de la campana es la voz de Dios que las llama. A no estar impedidas por legítima causa, acudan con presteza, dejando la letra comenzada, pues estas primicias las aprecia el Señor como los capullos de la flor.

Con la misma indiferencia deben dejar una ocupación por otra, si lo ordena la superiora, convencidas que no han venido a la religión a hacer esto o lo otro, sino a servir al Señor según su voluntad.

«Las hermanas que son súbditas acuérdense que por amor de Dios negarán sus propias voluntades y así quiero que obedezcan a su madre como libre y voluntariamente prometieron al Señor» (Testamento de santa Clara, 10).

El Instituto de las Capuchinas Clarisas Eucarísticas debe distinguirse por un espíritu de total renuncia de su propia voluntad y juicio y por la unión y caridad entre sí.

Esta es la verdadera adoración en espíritu y en verdad que nos pide y agrada a Dios y le honra la renuncia de nuestra propia voluntad y juicio en que le reconocemos como a nuestro dueño real y absoluto.

Desapropió Jesús de su voluntad diciendo que dijo que no vino a hacer su voluntad y que no ha querido hacer nada por sí, sino lo que viese hacer a su Eterno Padre, con tal perfección y desnudez de espíritu, que tomó por precepto y mandamiento el morir por los hombres al ver que aquella era la voluntad y complacencia de su Eterno Padre.

La verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe dejar con presteza todo lo que tenga entre manos a la menor insinuación de su superiora, como quien tiene más en cuenta la obediencia que todo lo demás. Esta es aquella verdadera p. de [...] que nos hace dueños del Reino de los cielos.

Y para que esta obediencia les sea más suave y no carga pesada e insoportable, amen a su superiora como a una madre mirando en ella a Dios a quien representan, un Dios suavísimo y amabilísimo, cuyo yugo es suave y su carga ligera, para que obedezcan con amor y alegría, sin los cuales no hay perfecta obediencia.

Respeten y veneren su superiora como representante de Dios y si alguna se rebela con sus órdenes y les falta al respeto con desedificación de las demás, sea severamente reprendida y castigada para evitar relajación en un punto tan delicado de nuestras Constituciones.

Guárdense de mostrar enfado o tristeza por lo que se ordena, de manera que dé motivo a que la superiora deje de mandar. Si les repugna y es contra su naturaleza, no es falta sentirlo, al contrario, si lo disimulan interior y exteriormente puede ser causa de un vencimiento grande y de un acto de virtud heroica. Y si la obediencia es dificultosa, si una alma tiene fe ¡qué paz! ¡qué satisfacción! ¡qué consuelo poder decir al Señor!: Señor yo no vine aquí por mi gusto, no hago en esto mi voluntad propia, tú me trajiste aquí, tú me lo has mandado. De tu cuenta corre ayudarme, defenderme y cumplir en mí tu palabra de hacer canten victoria al obediente.

Un santo padre de la Iglesia dice que la obediencia es una excusa delante de Dios, es navegación segura y camino que durmiendo se pasa.

Así como el que va en un navío sentado y durmiendo va caminando y no tiene que tener cuidado de su camino, porque el piloto lo tiene; así el religioso que vive bajo la obediencia sin trabajo ni cuidado, va caminan-

do al cielo y a la perfección, porque velan por él sus superiores. No es poco sino mucho pasar el golfo de este mundo en brazos y hombros ajenos, pues esa es la merced que hace Dios a la religiosa que vive debajo la obediencia que toda la carga la eche a cuestras de las superiores y ella va descansada y descuida de si seria mejor esto o lo otro.

4

LA VIDA COMÚN

No queráis atesorar riquezas para vosotros en la tierra (Mt 6,19)

La perfecta observancia de la pobreza evangélica, ese vivir sin propio que manda la Regla y nuestra Constitución y prometimos en la fórmula de nuestros votos, sería un imposible en esta vida mortal sujeta a tantas necesidades sin una perfecta y acabada vida común, que consiste en que todas las religiosas tengan el mismo régimen en la comida, vestido, habitación, muebles, etc., todas conformes, sujetas a una mesa común, sin la menor dispensa ni privilegio en favor de nadie, a no ser que una enfermedad u otra causa razonable lo exija³.

Esta vida común es la personificación del espíritu de pobreza, por eso las superiores estén firmemente obligadas a mantenerla con solicitud y todas las religiosas a observarla con puntualidad, huyendo toda singularidad sin una necesidad manifiesta, participando en común bajo la dependencia de su superiora de todos los trabajos y regalos de cada religiosa en particular.

En el hábito guarden perfecta y completa uniformidad, para lo cual se ordena que en cada casa haya una habitación espaciosa y bien ventilada para ropería con cajones acomodados para guardar la ropa de todas las religiosas.

³ Tacha: y en este caso la vida común puede tenerse por firme, porque sabido es que la excepción confirma la regla

Esta oficina debe estar cerrada a llave y cuidar de ella una religiosa de las mayores, de buen espíritu y amante de la santa pobreza.

Esa religiosa, que debe ser nombrada por el consejo para cada casa, llevará la dirección de dicha oficina, teniendo a su cargo dos o tres religiosas jóvenes que turnarán por semanas en el lavado, planchado y demás cuidado de la ropa, para que las religiosas se puedan entregar libremente al cumplimiento de sus oficios.

Ella dará cuenta a la superiora de las necesidades de cada religiosa y dirigirá el corte de hábitos, tocas, esclavinas y todo, que para perfecta comodidad sometiéndose fielmente a los detalles del hábito común.

Y esto a ninguna sea permitido por ningún motivo mas que a la ropera nombrada a las encargadas bajo su dirección.

Procuren guardar igualmente completa uniformidad en el dormitorio, ropa de la cama, utensilios de las celdas, etc.

Ninguna se atreva a quejarse del corte, costura, etc., y si alguna se atreve a hacerlo, sea amonestada como la superiora vea conveniente, pues sólo a la ropera con la superiora debe cuidarse o cambiar, renovar alguna prenda que sea necesaria.

Lo mismo en las oficinas de sacristía, refectorio y cocina, las oficiales mayores o encargadas deben cuidar de sus respectivas ropas en la misma forma que la directora de la ropería.

CAPÍTULO II

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS, PORQUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA

2

HUMILDAD

Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas (Mt 11,29)

La vida de nuestro divino Esposo desde el pesebre hasta nuestros días en el Santísimo Sacramento, es un dechado de perfecta humildad y mansedumbre, lo que no ha cesado de predicarnos con la palabra y el ejemplo.

El ejemplo de Jesús debe movernos más que la esperanza en sus divinas promesas.

¡Qué alma amante no se sentirá movida a humillarse al ver a Jesús, Hijo de Dios reclinado en un pesebre, envuelto en pobres pañales, desconocido y desechado de los hombres!

La Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios contemple frecuentemente a Jesús, su divino Esposo, todo dulzura, amabilidad, humildad en la casita de Nazaret sujeto a María y José y empleado en un vil oficio de carpintero.

Entre allí con fe y humildad y mírelo todo con los ojos de su alma. ¿Qué ve? Jesús, Sabiduría infinita. Déjense enseñar de un pobre oficial en una carpintería que le dice con amor cuando a su orgullo le duele que la enseñen o la corrijen, porque en realidad de verdad no lo hizo bien. ¿Sabes tú más que yo? Quizás reciba una instrucción de otra hermana con menos talento y aptitudes, pero si mira a Jesús ¿Sabía él menos que

san José y la Virgen Santísima?

Le duele porque nos anteponen una más joven, quizás recién profesada, llevando ella quizás muchos años en religión, de menos talento, o desea cargos, dignidades, etc... Entre entonces en aquella santa casita, morada de paz y felicidad. ¿Quién gobierna allí? ¿Quién obedece?

Según el dictamen humano, Jesús, siendo Dios Eterno, Sapientísimo, Poderosísimo, debía ser la cabeza, pero son muy distintos los juicios de Dios de los nuestros.

Allí el primero es el último. Y Jesús no se queja ni murmura, ni lo siente como injusticia. Es esa la voluntad de su Padre Celestial, hace falta para nuestro ejemplo y Jesús como un mansísimo Cordero, todo dulzura, humildad y afabilidad vive allí a las órdenes de José y María. Y nuestra dulcísima Madre, Santísima, Sapientísima, con qué humildad y rendimiento se sometía a san José. No le hirió ni se disgustó, porque el ángel avisó a san José sin decirle a ella nada cuando le manda huir a Egipto y sin recibir la orden directamente de Dios con entero rendimiento de juicio que es hijo de una perfecta humildad, deja su descanso, su casa, su patria y se pone en camino.

Allí no hay ambiciones, ni rencillas, ni puntillas de honor, ninguno desea ser, todos están contentos en el puesto que el Padre celestial les ha destinado y así reina la paz, la unión, la caridad.

No se crean nunca con capacidad o derecho de algo. ¿Tenía Jesús derecho a morir en una cruz? ¿Era eso lo que Jesús merecía?

Pero una Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía debe particularmente pararse en el ejemplo de Jesús en la Eucaristía, que perfectamente adoran y es el modelo que nos debemos proponer imitar.

Qué humildad y qué pequeñez la de Jesús, escondido, oculto bajo las apariencias de un poco de pan en un estrecho sagrario, sin aparatos ni lucideces, con una humilde lámpara por compañera

La verdadera Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía y de la Madre de Dios, fiel a su promesa de adoración, si se acerca a Jesús en el Sacramento, él le hará sentir y comprender esa vida de humildad práctica que nos manda aprendamos de su Corazón.

¿Qué somos nosotras sino la nada y el pecado? ¿Por qué entonces nos ensoberbecemos y creemos algo? ¿Qué merecemos más que el infierno sino contáramos con los méritos de Jesús? ¿Por qué entonces pretendemos puestos elevados, dignidades etc.? Si merecemos el infierno y esta-

mos compenetradas de ello, nos parecerá una delicia el último lugar de la casa del Señor que no se puede comparar a ninguna dignidad mundana.

¿Qué mayor dignidad podemos aspirar que la de ser esposas de Jesús, adoradoras y reparadoras de su Corazón eucarístico, de recibir diariamente en nuestros corazones al Rey del cielo y comunicar con él íntimamente?

Suelen los santos apellidar la humildad base y fundamento de las virtudes.

Para ensalzarla y recomendarla a los hombres descendió del cielo el Hijo de Dios, anonadándose a si mismo y tomando la forma de siervo. Decía san Agustín refiriéndose a los ejemplos de Jesús: Si esta medicina no ataja nuestra soberbia, ignoro qué medio puede haber más eficaz para curarla. El mismo santo dice: Cuando tú te humillas el Señor desciende hasta unirse contigo; si te ensoberbeces huye de ti. Si quieres ser santo sé humilde; si quieres ser muy santo sé muy humilde. Dios se complace en las almas humildes y en ellas obra sus maravillas.

Ya lo dijo la Divina Madre: Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava... ha hecho en mi cosas grandes el que es poderoso (Lc 1,48-49).

La humildad por grande que sea no puede causar temor de menoscabo alguno, mas por el contrario, mucho da que recelar la más ligera altivez de ánimo porque puede precipitarnos en un abismo de males.

Las Capuchina Clarisa de la Sagrada Eucaristía que tiende a santificar su vida, no debe permitirse más ambición que la de ser empleada en los más viles oficios del convento y debe ofrecerse espontáneamente a su superiora para ser empleada en las faenas más pesadas y repugnantes a la naturaleza.

Reciban con humildad y alegría la corrección o amonestación que caritativamente le hace su superiora u otra religiosa prudente, virtuosa y experimentada, pues dice el Espíritu Santo: El aborrecer la corrección es indicio manifiesto de hombre pecador.

Recíbanla con humildad interior y exterior y aunque se juzguen inocentes no se disculpen y pida humildemente perdón. Más inocente era Jesús y ¿qué dice de él el Evangelio cuando lo juzgaban y acusaban? Dos palabras: Jesús callaba.

Amen y siéntanse agradecidas a quien las reprende, pues les ayudan a conseguir el fin a que han venido a la religión, que es corregirse y enmendarse.

La religiosa imperfecta no ama, sino antes aborrece a quien la avisa de sus defectos y le dice la verdad.

Algunas suelen decir claramente cuando las andan corrigiendo y avisando, que las andan persiguiendo y tienen ojeriza de ellas y se desconfían. Tales religiosas no podrán progresar jamás en la virtud.

Dice san Gregorio: Estamos tan llenos de soberbia y la tenemos tan arraigada que no podemos oír nuestras faltas ni recibir la reprensión, porque nos parece que aquello es desestima nuestra y caso de menos valer; y como nos toca en lo vivo que es nuestra honra, luego saltamos y en lugar de agradecerlo lo tomamos por agravio, por injuria y por persecución.

2

LA MANSEDUMBRE Y MODESTIA

Eis aquí el Cordero de Dios (Jn 1,29)

Las Capuchina de la Sagrada Eucaristía que adoramos perpetuamente al dulcísimo Jesús en el Sacramento de su amor, el mansísimo y divino Cordero que con su dulzura y encantos atrae y cautiva las almas, debemos resplandecer por una dulce modestia que nos hace amadas de Dios y sirve de mucha edificación al prójimo

Tengamos presente las palabras de nuestras sagradas Constituciones: Procuren que todo su porte sea humildad y modestia. Eviten mover los ojos y la cabeza ligeramente y sin necesidad. Que su modo de hablar sea dulce y modesto. (Art. 230 y 233).

Debemos guardarnos mucho de palabras picantes, que son muy contrarias y muy perjudiciales a la dulzura y benignidad. Algunas suelen decir las por gracia, pero si a cualquier gracia en boca de la religiosa la

llama san Bernardo blasfemia y sacrilegio, ¿a las que son contra la caridad, cómo las llamará?

Estas gracias son muy indignas de las religiosas y deben estar muy lejos de una Capuchina Clarisa. Nuestra boca, que todos los días es posada del Cordero mansísimo Jesús, debiera al abrirse no destilar más que perlas preciosas, palabras dulces y divinas, encendidas en amor divino y bien de las almas. Dice el Señor que las palabras dulces y afectuosas son panal de miel y dulzura del alma.

Guárdense de hablar de apodos o referir coplas que toquen a falta o descuido de alguna.

Si de las palabras ociosas tenemos que dar cuenta a Dios, ¿qué será de las que tocan a nuestros hermanos? ¿qué será de las perniciosas?

Debemos guardarnos también de porfiar y contradecir. Al siervo de Dios no le conviene porfiar sino ser dulce y manso con todos, dice el Apóstol.

La que porfia, fuera de la desedificación que en eso da causa, pierde la paz y se siguen de ahí muchos inconvenientes.

A imitación de nuestro divino Maestro, seamos más dulces y afables con las más débiles e imperfectas, haciéndonos todas a todas por ganarlas todas a Cristo.

Algunas veces una palabra dulce y afable dicha con oportunidad y espíritu de caridad, puede ser causa de llamar al interior a alguna de nuestras hermanas, que quizá no era causa de mucha edificación, y moverla a mudar de vida.

Una Capuchina Clarisa modesta en su porte, afable en su trato, servicial con todas, es un estímulo para sus hermanas y le puede hacer más provecho que los sermones más elocuentes.

Cuando nos ocupemos en algún servicio de caridad debemos [hacerlo] con buen modo, con blandura y suavidad en nuestras palabras, para que las demás entiendan que hacemos aquello con caridad y les sea grato nuestro servicio. Esta es la sal que dice san Pablo que ha de hacer gustoso y sabroso todo lo que hacemos.

No demos nunca respuestas sacudidas y ásperas a nuestras hermanas, aunque estemos muy ocupadas y tengamos mucho que hacer.

Por el contrario, si nos pide alguna algún favor que por nuestras ocupaciones no podamos atender, sea nuestra respuesta tan buena, dulce y agradable que ella se vaya tan contenta como si la atendiésemos. Si no

podemos por carecer de permiso, digámosle amablemente: Ahora mismo voy a pedir permiso.

Si alguna por debilidad humana falta a esto repárelo enseguida pidiendo humildemente perdón a la hermana ofendida. No hablen nunca a voces y desde lejos.

Si nos ofendemos o herimos de alguna, devolvámosle dulzura y cariño. ¿Qué mansedumbre la de nuestro divino Esposo en el tribunal de Caifás cuando recibió una bofetada del criado del Pontífice: Si he hablado mal, dime en qué y si bien, ¿por qué me hieres? (Jn 18,23).

Como dicen nuestras sagradas Constituciones, art. 233, no se toquen unas a otras, ni por juego, ni por señal de amistad.

Todo nuestro porte y modales deben respirar modestia y mansedumbre.

Cierto que esto es difícil a nuestra naturaleza y exige un espíritu heroico de mortificación.

Nuestro andar sea moderado, ni ligero ni demasiado lento, evitando todo ruido; en el convento y siempre que la necesidad no la pida, conservemos nuestros ojos bajos, evitando de querer verlo y oírlo todo.

Quid ad te? ¿qué te importa a ti lo que va y lo que pasa no viniste a santificarte? Pues entonces adelante mirando solo a Dios y no queriendo saber mas cosas que del cielo.

Cuando se sienten no se recuesten cómodamente sobre la silla, a no ser que una enfermedad o la avanzada edad lo exijan. No crucen los pies ni los tengan muy separados uno del otro, evitando todo movimiento ligero y poco modesto.

Pregúntese cada una así misma ¿qué posición tomaría en mi lugar la Virgen Santísima?, ¿con qué modestia, recogimiento y comportamiento andaría, se sentaría, sin reír nunca a carcajadas, ni levantar la voz? Aunque en nada se hacía singular y aparentemente parecía una mujer como otras, sin embargo su modestia y su dulzura la denunciaban de tal modo que cautivaba los corazones y era la alegría y admiración de la gente de Nazaret.

INDICE

CUADERNO OCTAVO

Introducción	9
A modo de recordatorio	11

VIAJE AL EXTRANJERO

1. Granada, 15 de julio de 1933	13
2. Granada, 16 de julio de 1933	16
3. Madrid, 19 de julio de 1933	20
4. Madrid, 20 de julio de 1933	24
5. Madrid, 22 de julio de 1933	27
6. Madrid, 23 de julio de 1933	30
7. Madrid, 30 de julio de 1933	33
8. Salamanca, 2 de agosto de 1933	36
9. Braga, 6 de agosto de 1933	40
10. Braga, 12 de agosto de 1933	43
11. Braga, 15 de agosto de 1933	45
14. Braga, 22 de septiembre de 1933	53
15. Braga, 4 de octubre de 1933	56
16. Braga, 21 de noviembre de 1933	60
17. Braga, 22 de diciembre de 1934	63

CUADERNOS NOVENO Y DECIMOTERCERO

Introducción	69
--------------------	----

CUADERNO NOVENO

Código para las Capuchinas Clarisas de la Sagrada Eucaristía y Madre de Dios	73
--	----

LAS BIENAVENTURANZAS APLICADAS AL ESPÍRITU DE LAS RELIGIOSAS CAPUCHINAS CLARISAS DE LA SAGRADA EUCHARISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS, PARA MEJOR COMPRENSIÓN Y OBOBSERVANCIA DE LAS NUEVAS CONSTITUCIONES

Capítulo I: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos	77
---	----

Artículo 1: Pobreza	77
Artículo 2: Desprendimiento de los parientes	82
Artículo 3: Obediencia	85
Artículo 4: La vida común	89

Capítulo II: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseeran la tierra	93
--	----

Artículo 1: Humildad	93
Artículo 2: La mansedumbre y modestia	97

Capítulo III: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados	101
---	-----

Artículo 1: La mortificación	101
Artículo 2: Ayuno y abstinencia	106
Artículo 3: Oficio divino, oración y demás actos de piedad ..	108

Capítulo IV: Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos	115
---	-----

Artículo 1: Observancia de la sagradas Regla y sagradas Constituciones	115
--	-----

Artículo 2: La sagradas comunión	118
Artículo 3: Celo por la salvación de las almas	120
Capítulo V: Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia	123
Artículo 1: Vida activa	123
Artículo 2: De las obras de misericordia	126
Capítulo VI: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios	131
Artículo 1: Castidad. pureza de intención	131
Artículo 2: Clausura	134
Artículo 3: Confesión	136
Artículo 4: Sencillez y sinceridad	138
Capítulo VII: Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios	141
Artículo 1: Misión y caridad fraterna	141
Artículo 2: Silencio	146
Capítulo VIII: Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos	149
Artículo 1: De la paciencia y resignación	149
Artículo 2: Pruebas y tentaciones	151
CUADERNOS DECIMOTERCERO	
Pensamientos que me mueven a servir y amar a Dios siempre	157
Mis Votos	158

ESPÍRITU Y VIDA DE LAS CAPUCHINAS CLARISAS DE LA
SANTÍSIMA EUCARISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS

Su origen	161
Su espíritu	165
Vida activa	167
LAS BIENAVENTURANZAS APLICADAS AL ESPÍRITU DE LAS RELIGIOSAS CAPUCHINAS CLARISAS DE LA SAGRADA EUCA- RISTÍA Y DE LA MADRE DE DIOS, PARA MEJOR COMPENSIÓN Y OBOBSERVANCIA DE LAS NUEVAS CONSTITUCIONES	
Capítulo I: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos	171
1. Pobreza	171
2. Del desprendimiento los parientes	174
3. Obediencia	177
4. La vida común	182
Capítulo II: Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra	182
1. Humildad	182
2. La mansedumbre y modestia	185
Índice	188